

A woman is shown from the waist down, wearing a red dress with white polka dots and red high-heeled shoes. She is pulling a silver rolling suitcase. The background is white.

*¿Se puede huir
del amor?*

¡Cógetele!

Sandra Parejo



¡Cógetelo!

Sandra Parejo

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: ¡*Cógetelo!*

© Sandra Parejo

Enero 2015

Diseño de portada y contraportada: Alexia Jorques

Edición y maquetación: Alexia Jorques

<http://alexiajorques.wordpress.com>

info.alexiajorques@gmail.com

Prólogo

En esta novela ligera, encontrarás un estilo modesto que pretende evadiros a una historia de amor que os hará reír y llorar junto a Martina. Una joven profesora de primaria con el corazón roto y con una vida tranquila, que ha logrado conseguir con mucho esfuerzo, a la que no está dispuesta a renunciar.

Esta historia es digna de cualquier mujer sencilla con una gran corazón y no mucha suerte, hecho que parece que está a punto de cambiar.

Te envolverá y no podrás dejar de leer hasta el final, por eso es la novela perfecta para evadirse de los problemas cotidianos, durante un fin de semana o cualquier ratito tranquilo.

Dedicatoria

A Jordi, por ser mi gran apoyo y darme alas con todos mis sueños y locuras.

A mis pollitos Álex y Carla, lo mejor de mi mundo, por ser tan fuertes ya desde tan pequeños.

A mi mami Ana y a mis hermanos: Mingo, Susi, Evi, Ani y Miguel Ángel. Porque sin ellos, no sé quién soy.

A mis suegros Josep y Paqui, y a mi cuñado Xavi.

A Susana C., por ser mi fiel lectora, redactora y sobretodo mi amiga.

A mis tres amigas forever, Ángela, Natàlia y Neus, porque os quiero. Y a Jordi F. por su paciencia y critica.

A Carmen I., a Cristina P., y a mi cuñado Jordi G., por ser mis primeros lectores y darme sus grandes opiniones.

A Alexia Jorques por todo su trabajo con la portada y maquetación, pero sobre todo por ayudarme a despegar.

A los que formáis parte de mi vida... Vosotros sabéis quienes sois.

Y a todos los que os decidáis a leerla y me ayudéis a dar un empujón más.

Índice



[Prólogo](#)

[Dedicatoria](#)

[Índice](#)

[Semana 1](#)

[Semana 2](#)

[Semana 3](#)

[Semana 4](#)

[Semana 5](#)

[Semana 6](#)

[Semana 7](#)

[Semana 8](#)

[Semana 9](#)

[Semana 10](#)

[Semana 11](#)

[Semana 12](#)

[Semana 13](#)

[Semana 14](#)

[Semana 15](#)

[Semana 16](#)

[Semana 17](#)

[Semana 18](#)

[Semana 19](#)

[Semana 20](#)

[Semana 21](#)

[Semana 22](#)

[2 semanas más tarde...](#)

[Agradecimientos](#)

[SANDRA PAREJO](#)

Semana 1



Solo entrar por la puerta de la escuela, Angélica me aborda:

—Recuerda que hoy celebramos mi cumpleaños en *La Casita*. Sé puntual, a la una salimos con Emma y Lucía.

Dicho esto, desaparece por el pasillo haciendo ruido con sus altos tacones y me deja con la palabra en la boca.

En lo primero que pienso es en la pereza que me da ir, estoy cansada y hoy que es viernes, aún más. Además, sufro con tan solo pensar que me costará un dineral el dichoso menú del exclusivo restaurante... Pero qué le vamos hacer, es su cumpleaños y ¡ella manda!

Me paso la mañana entre clase y clase. Por suerte, me corre el tiempo tan rápido como siempre y a la una, Angélica, Emma y Lucía me vienen a buscar por mi aula.

—¡Vamos, lenta! —me dice Angélica.

—¡Voy! —contesto disimulando mi pereza mientras cojo el bolso.

—He pensado que podemos ir andando, no está muy lejos de aquí —dice Lucía.

—Buena idea —añade Emma.

De ese modo, nos dirigimos hacia nuestro destino caminado entre las elegantes calles del barrio de Sarriá de Barcelona, donde trabajamos en una de las mejores escuelas privadas de educación infantil y primaria de la zona.

Llegamos al exclusivo restaurante y yo sigo pensando en mi cansancio, pero como no tengo ganas de amargar a Angélica, decido cambiar de actitud.

La cumpleañera y yo somos amigas desde hace dos años y puedo decir que desde el primer día lo intentó, fue unos meses después que la deje ser mi amiga... mi única amiga en Barcelona durante mucho tiempo.

Sabía que merecía una oportunidad, ella siempre me hacía reír y además, siempre estaba pendiente de mí para que saliera y comiera, ya que son dos de las cosas que suelo hacer poco.

Con Emma y Lucía es un poco diferente. Las considero también mis

amigas, pero tengo claro que así es y será, siempre y cuando yo no esté con ningún chico, cosa que dudo que vuelva a suceder. Y por lo tanto, puedo estar tranquila porque no hay peligro.

Las cuatro nos conocemos desde mi primer día en la escuela donde trabajamos. Después de mi ruptura con Rubén, decidí cambiar de aires, buscando trabajo e instalándome en una gran ciudad, con la intención de tener pocas oportunidades de conocer a nadie, pero sobre todo, de no volver a conocer a ningún hombre.

Cuando entramos al restaurante, un camarero nos acompaña a una mesa situada en un rincón. Por suerte, Angélica había hecho la reserva unas cuantas semanas antes, ya que este se ha convertido en uno de los locales de moda de Barcelona y está siempre muy animado.

El local está hasta los topes y solo queda a nuestro lado una mesa libre con un letrero de “reservado”, así que nos sentimos unas privilegiadas y empezamos a pasárnoslo bien.

—Qué bien chicas, ¡ya es viernes! —exclama Angélica eufórica— ¿Qué plan tenéis para el fin de semana?

—Yo me iré con mi nuevo y flamante novio a la Costa Brava, sus padres tienen una pequeña casita cerca de la playa a la que no suelen ir mucho, cosa que nos garantiza una perfecta y maravillosa intimidad —contesta Emma.

—Vamos, que te espera un buen fin de semana de sexo desenfrenado, ¿eh? —aclara Angélica por si a las demás nos ha quedado alguna duda.

Y ante ese comentario, todas nos reímos.

—Pues yo acabaré de pintar el piso, parece mentira que me case en menos de un mes y aún no tenga nada listo —continúa explicándonos Lucía.

—Eso te pasa por querer cambiar los colores de las paredes en el último momento, yo lo veía estupendo tal y como os lo entregaron los de la promotora —añado.

—Lo siento, pero me recordaba a un hospital —se defiende Lucía.

—¡Eres una exagerada! —respondemos las tres a la vez.

—Pues yo he quedado con mi gente de siempre para celebrar mis dolorosos treinta años y creo que también vendrá Félix, el DJ que os conté que me besó el otro día, y también algún amigo más, ¿eh, Martina? —nos explica Angélica muy emocionada.

—¡Uf! A mí déjame tranquila... —me avanzo a su invitación.

—¿Por qué? ¿Es que acaso tienes algún plan que no nos quieras

explicar? —pregunta Emma un poco irónica.

—Pues no. Supongo que mañana saldré a correr, prepararé las clases de la semana siguiente... —intento explicarme, pero las tres me miran mal.

—Deberías ser algo más arriesgada, tal vez salir al cine algún día... —se mofa Lucía.

Y justo cuando me están abucheando por mi plan, entran los de la reserva de la mesa de al lado provocando que la vergüenza se apodere de mí por completo, ya que parecemos desesperadas al ver a cuatro tíos trajeados... Por suerte, ellos también sonríen, todos menos el que entra el último...

De repente, Lucía reconoce a uno de los hombres del grupo y pone su semblante más serio al saludarlo con un movimiento de cabeza. Sin decir ni una palabra, todas entendemos que debemos aparentar seriedad por no poner en evidencia a Lucía.

—¿Quién es ese? —no puede resistir a preguntar Angélica.

—Los otros no lo sé, el moreno con gafas es Pablo, un compañero de trabajo de mi querido futuro marido, Néstor —nos informa Lucía remarcando esas últimas palabras.

—¡Ah! —contestamos las demás sin mostrar mucho interés, cosa que a mí me decepciona por la poca información y por los pocos comentarios que hacen ellas sobre los cuatro tipos que acaban de entrar.

Entonces, nos disponemos a hablar en un tono mucho más bajo que antes.

A pesar de ello, los tipos de la mesa de al lado parecen divertirse cuando nos miran y sonríen... pero no todos. El chico que entró el último, solo mira un segundo y con un semblante serio, aparta la vista rápidamente, aunque yo me doy cuenta... y en ese momento creo morir. ¡Qué guapo! ¿Pero soy la única que nota que ese tío está cañón?

Dudo si realmente no han visto entrar a ese moreno de ojos verdes, con las facciones de la cara muy marcadas, perfectamente afeitado y que lleva un traje que le queda como un guante.

Los calores que me entran me asustan, no quiero preguntarlo en ese momento porque estoy segura de que la calma de nuestra mesa terminaría en ese mismo instante, ya que ellas me conocen y saben que nunca suelo mostrar ningún tipo de interés por un hombre.

Y es que he de reconocer que me interesan muy poco después del duro golpe que me lleve con mi primera y única relación con mi exnovio Rubén,

la cual duró cinco años.

Finalmente, ha sido una comida agradable entre risas y miradas discretas a los comensales de la mesa de al lado, que pasado un rato, parecía que se hubieran olvidado de nosotras y hablaban muy serios.

De pronto, nos damos cuenta de lo tarde que es, solo faltan quince minutos para que comiencen nuestras respectivas clases.

Cuando nos levantamos, los tipos de la mesa de al lado vuelven a reparar en nosotras, pero tan solo nos dedican un educado “*adiós*” de una forma más elegante que la que han usado al llegar... El único que ni se inmuta es el más guapo, que sigue concentrado en su plato tranquilamente. Eso hace que me irrite conmigo misma y me vuelva a reafirmar en mi promesa de que ningún hombre volverá a hacerme daño nunca más.

Como vamos justas de tiempo, salimos corriendo hacia la escuela y ninguna vuelve a hacer ningún comentario sobre la comida, ni sobre aquellos hombres.

Por fin, son las cinco y ya puedo irme a casa pero, como siempre, soy la última en salir.

Tal y como sucede cada viernes, todos mis compañeros salen corriendo para no desperdiciar ni un solo minuto del fin de semana. Yo, en cambio, suelo recoger tranquilamente e ir paseando hasta los ferrocarriles para ir a casa. Odio las prisas que todo el mundo parece tener los viernes.

A la mañana siguiente, después de desayunar, salgo a correr como cada sábado por el magnífico parque de la Ciutadella, ya que es una de las pocas cosas que me gusta hacer por la ciudad.

Cuando acabo de correr, paro como es habitual en la cafetería que hay en el parque, allí trabaja Carlos, el camarero y dueño del local. Lo conozco desde que empecé a salir a correr por allí. Él siempre se mostraba agradable y cada semana me hablaba un poco más.

—¡Hola, Carlos!

—¡Hola, guapa! ¿Te sirvo tu zumo de naranja natural?

—Claro que sí —le contesto agradecida.

—Vaya, no me gusta que pidas siempre lo mismo. Intuyo que nuestra conversación tendrá el mismo final de siempre —me dice con su bonita sonrisa.

—Hay cosas que es mejor no cambiar, Carlos —añado entre pequeñas

carcajadas.

—Tal vez tengas razón.

Carlos es un chico bastante atractivo, aunque para mi gusto, demasiado hablador. Es muy rubio, según él, por sus orígenes nórdicos, aunque con ese acento catalán no me lo acabo de creer. Tiene los ojos azules y siempre lleva esa barba de pocos días que le sienta de maravilla. Está separado y tiene dos niños pequeños a los que no suele ver mucho porque la madre se los ha llevado a otra ciudad situada a unos quinientos kilómetros de distancia, con su nueva pareja.

Carlos siempre tiene ese aire triste que fue lo que me acabó de convencer para dejarle ser mi amigo.

—Tu zumo, ¡guapa!

—Gracias, Carlos. ¿Cómo están tus niños?

—Pues no lo sé... Esta semana he intentado llamarles, pero cuando la madre de mis hijos escucha mi voz, cuelga de inmediato.

—Lo siento, Carlos, debe de ser muy duro para ti.

—Sí, lo es. Pero ahora ya está en manos de la justicia y espero que en breve se arreglen las cosas.

—Ya verás cómo se arreglarán, porque te lo mereces, eres un buen tipo.

—No seré tan bueno cuando no quieres salir nunca a cenar conmigo.

—¿Ya estamos con estas otra vez? —le pregunto sonriendo.

Él ataca, pero no lo hace de forma grosera. Incluso creo que a veces, lo hace solo para subirme el ego.

—¡Tengo que intentarlo! —se defiende.

—Carlos, ya sabes que esto es lo más parecido a una cita que puedo tener con un hombre. Y que sepas, que lo que tengo contigo, no lo tengo con ningún otro chico.

—Bueno, visto así, me siento afortunado... y prefiero esto que nada.

—Así me gusta...

De ese modo, entre risas desenfadas, seguimos hablando hasta que decido que ya es hora de volver a casa.

El domingo lo paso tranquila, preparando las próximas clases, comiendo algo y durmiendo mucho.

Semana 2



El lunes salgo temprano de casa y, extrañamente, llego demasiado pronto al barrio donde esta mi escuela. La distancia, entre mi casa y mi trabajo, me obliga a tener que salir con mucho tiempo de antelación ya que suelo tardar más de una hora en llegar, si el transporte público me lo permite. Pero prefiero vivir en un barrio donde puedo permitirme vivir sola ya que, si quisiera vivir en la zona donde trabajo, me quedaría sin sueldo para pagar un piso y además, me vería obligada a tener que compartirlo, cosa que no deseo por nada del mundo.

Por algún milagro que desconozco, el transporte público parece que hoy ha ido más rápido de lo habitual. Por eso decido entrar en una preciosa y antigua cafetería situada en la Rambla de Sarriá para tomarme un café.

Cuando abro la puerta de la cafetería noto un escalofrío que me estremece y enseguida entiendo el porqué. Enfrente, caminando hacia mí viene él... el chico serio del restaurante del viernes. Nos cruzamos en la puerta, él sale y yo entro... Le miro —seguro que con cara de embobada—, no dice nada, pero por lo menos me mira. «¡Uuuuaaaaauuuu!». Aspiro la fragancia que ha dejado a su paso y rápidamente intento tranquilizarme. Seré tonta, mira que ponerme nerviosa por ese antipático.

Entro casi temblando, como si hubiese visto a un fantasma. La chica que está sirviendo en la barra me mira con cara de cómplice y de comprensión al darse cuenta de mi tonta reacción.

No había querido volver a pensar en él porque no me interesan los hombres y ahora, me siento verdaderamente estúpida por no poder controlar esta emoción absurda.

Sacándome de mis pensamientos, la camarera me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí —contesto, y sonrío para disimular mis tonterías.

—¿Qué te pongo?

—Un café con leche, descafeinado de sobre y con sacarina, por favor.

Me lo bebo rápidamente. Quiero marcharme de allí, no quiero que vuelva entrar y termine por desmayarme allí mismo.

Ese día me siento intranquila y extrañamente feliz.

El martes decido no pasar por la Rambla donde está la cafetería a la que fui ayer. Prefiero ir directamente a la escuela, aunque sé que lo más probable es que no vuelva a verle, pero tampoco quiero subestimar al destino, por si acaso.

Al mediodía, las chicas y yo decidimos salir a comer porque Lucía quiere hablarnos de su boda y no le apetece compartirlo con el resto del claustro en la mesa del comedor. Por eso, durante nuestro descanso, decidimos salir a comer algo rápido a un restaurante muy próximo a la escuela.

Lucía está como cualquier novia en los meses previos a la boda, es decir, histérica. Se queja de que no tiene tiempo, de que su prometido no se involucra, de que sus padres y sus suegros la agobian, y la lista continúa.

Desconecto más o menos a la mitad de las quejas, me siento intranquila y tengo una extraña sensación.

De repente me doy cuenta del porqué.

En una mesa del fondo hay dos hombres y una mujer comiendo y para mi sorpresa, uno de esos hombres es él... el chico serio. Me quedo paralizada e intento disimular para que las chicas no lo noten, aunque creo que mi nerviosismo llama la atención de él, que me mira durante un breve segundo, suficiente para que me ponga tan roja como mi blusa y para que mis adorables amigas se den cuenta de que algo me está pasando.

Sin disimular ni un pelo, las tres se giran en busca del motivo por el cual yo me he ruborizado y todas me miran con la boca abierta. Es entonces cuando volvemos a retomar la conversación que no tuvimos el viernes.

—¿Ese es el chico que estaba el otro día en el restaurante de *La Casita*? —pregunta Emma.

—Sí, igual de estirado y prepotente que el otro día —añade Angélica.

—¿Te gusta ese tío? —me pregunta Lucía con mala cara.

Jolín, no sé qué contestar. No sé qué decir a estas tres lobas que le quitarían la piel a cualquiera que no les guste, y ese chico no les gusta nada. Yo quiero e intento justificarme con uno de mis firmes argumentos de siempre, tan drásticos y convincentes como suelen ser, pero no suena

ninguno en mi cabeza, y eso me hace sentir bastante estúpida, hasta que al final contesto:

—Ni siquiera le he reconocido —miento.

—Pues justamente, ese es un engreído. Y sí, será atractivo, pero no vale la pena un tío tan estirado —añade Angélica.

Se crea un incómodo silencio que Lucía decide romper con otro comentario sobre su estresante boda. Cosa que en el fondo agradezco, porque estaba empezando a sentir una tensión horrible.

Cuando nos levantamos dispuestas a marcharnos, no soy capaz de volver a mirar hacia aquella mesa, así que no le vuelvo a ver. Ahora ya tengo dos premisas inamovibles: no pasar por la Rambla del barrio y no salir a comer nunca más fuera de la escuela.

Hoy, miércoles, ha sido un día tranquilo, tengo una buena sensación y me siento bien. Voy caminando a paso ligero hacia los ferrocarriles que me llevarán de nuevo a casa para huir de aquel barrio, tras haber triunfado sin ver a ese antipático. Se me dibuja incluso una sonrisa en el rostro al ver la estación tan cerca.

De repente, un coche frena para que yo pueda cruzar y cuál es mi susto más que sorpresa que, al volante de un precioso Audi gris —del cual no veo el modelo y por no ver, no veo ni la calle que pretendía cruzar— está él... el chico serio, esperando a que yo pase, siguiéndome con la mirada. Sé que va con alguien, me parece que es una chica, pero no puedo volver a mirar, solo sé que su mirada es igual que siempre... fría.

En ese instante creo morir. Noto como mis pasos son irregulares y del todo patosos. Me muero de vergüenza, de impotencia y de todo. Jolines, ¡pero si ya estaba casi a salvo! Y de repente, veo su coche desaparecer calle abajo.

Hoy, jueves, ya no sé cómo afrontar el día. Tengo claro que no debo pasar por la Rambla, que no debo salir a comer fuera de la escuela y que no debería cruzar... ¿calles? ¡Dios!. ¡Qué absurda me siento! Pero tengo miedo de verle de nuevo y de volver hacer el ridículo habitual en mí.

No entiendo de dónde ha salido ese chico, que de la noche a la mañana veo cada día, para hacerme sentir más insegura e intranquila de lo

que ya soy por mí misma. Empiezo a pensar que puede tratarse de algún tipo de castigo divino o algo parecido.

Por suerte, el día acaba bien y no le veo, ni el viernes y por supuesto, tampoco el fin de semana.

Semana 3



Hoy empieza una nueva semana y lo hago de forma tranquila, hasta que el director del colegio me llama a su despacho.

—Martina, necesito que me hagas un pequeño favor personal. Tendrías que pasar a recogerme un par de paquetitos en la oficina de mensajería que hay en la Rambla.

—¿En la Rambla? —consigo decir únicamente.

No me puedo creer que me esté pidiendo que haga de chica de los recados, y encima me pida que me dirija a la Rambla, donde mis principios de la última semana me prohíben ir.

—Sí, a la Rambla de Sarriá. Eres a la única persona de la escuela a la que le puedo pedir este favor personal, confío tanto en ti... —dice con voz zalamera.

Y ya no quiero —ni puedo— decir más.

Salgo en mi hora de trabajo personal en dirección a la Rambla. Intento ir con mil ojos porque creo ver a ese chico serio en todos lados, pero consigo llegar a la oficina de mensajería sin peligro.

La chica de la oficina me hace esperar un muchísimo rato y me va haciendo firmar distintos papeles por cada paquetito que me va entregando a cuentagotas. Yo no entiendo nada, pero como no sé qué decir, aguanto hasta que, según ella, ya está todo y me puedo ir con mi cara de tonta y mis diez paquetes en las manos.

Por suerte, los paquetes me tapan la cara y me alegro porque así pasaré desapercibida. Qué ilusa, como si yo fuera una persona importante para alguien.

Pero es tal la obsesión de solo querer llegar a la escuela y tirarle todos los paquetes al chiflado del director, que debería haber mencionado que eran diez en vez de un par de paquetes.

Salgo por la primera calle que veo y de repente, cuando llego a la esquina —y siguiendo mi mala suerte habitual—, choco bruscamente contra alguien.

Todos los paquetes caen al suelo. No sé si son frágiles o no, pero me importa un pepino. Al final, pierdo el equilibrio al intentar salvar alguno y yo también caigo; pongo mi mano y qué dolor, me he hecho mucho daño.

Estoy cabreada conmigo, con la bruja de la oficina de mensajería, con el idiota del director y con quien sea que me haya cortado el paso.

Me duele tanto la mano como el corazón, que hasta se me cae una lágrima. La persona con la que choco se agacha rápidamente y me habla a poca distancia de mi cara.

—¡Eh! No llores, ¿te has hecho mucho daño? Déjame que te ayude a levantarte... Te llevo a que te miren esa mano, se está empezando a hinchar.

Escucho una voz grave de hombre que no quiero ni mirar de lo enfadada que estoy.

Tengo claro que no quiero que me toque ningún tío, así que abro los ojos con la intención de levantarme e irme, pero mi gran sorpresa es que es otra vez él... el chico serio, y vuelve a hablarme y a mirarme, aunque ahora lo hace de una forma diferente a las anteriores.

—Hacía días que no te veía. ¿Me estás evitando? —dice con una media sonrisa.

No puedo creérmelo y soy incapaz de pronunciar ni una sola sílaba. Creo que incluso empieza a asustarse con mi reacción.

Entonces, se dirige ahora a la persona que va con él.

—Ve hacia la oficina, la acompañaré para que le miren la mano. Volveré lo antes posible.

Escucho cómo la otra persona le dice algo como que no tarde ya que hoy viene no sé quién de no sé dónde, y que es muy importante que esté en esa reunión.

Entonces, él recoge todos mis absurdos paquetes y con la otra mano me coge del brazo... y ese contacto me deja cao. Hacía mucho tiempo que no sentía el roce de un hombre, y no sé qué sensación estoy sintiendo ahora mismo.

Algo dentro de mí me dice que salga corriendo pero, por otro lado, estoy como hipnotizada y me dejo llevar por él... el chico serio que toma las riendas de mi absurda mañana.

Saca su teléfono y le escucho hablar con alguien, a quien pide el favor de que me atienda urgentemente.

Durante el camino, ninguno de los dos decimos nada.

Llegamos a una clínica cerca de donde estamos y que es de un doctor

amigo suyo, por lo que puedo ver y oír. Yo le explico la situación al doctor y a este se le escapa una risa floja, al muy estúpido.

—Bien, te haré unas placas para comprobar que no tengas nada roto.

—De acuerdo —respondo.

Me voy con el doctor para hacerme las pruebas y cuando regreso a su consulta la encuentro vacía, y una extraña sensación me recorre. Él ya no está, se ha ido y yo suspiro aliviada.

Me pongo a pensar en cómo he llegado hasta aquí y noto cómo empiezan a caer las lágrimas por mis mejillas otra vez, estoy un poco tontorrón. De repente, escucho unos golpecitos en la puerta y tan solo espero que sea el doctor y que me deje marchar ya.

Pero no es el doctor, es él... el chico serio. No se ha ido y me mira con cara de susto.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho el doctor? ¿Por qué estás llorando? —me pregunta preocupado.

Pero en ese momento entra el doctor.

—¿Qué pasa Javier? —le pregunta.

El doctor toma asiento relajadamente.

—No es nada grave. Las placas son correctas. Solo se trata de un pequeño esguince, deberás tener cuidado con la mano durante unos días, tomar un antiinflamatorio y ponerte bastante hielo. Ahora te haré un vendaje para inmovilizar la mano, ¿de acuerdo? —añade el doctor.

Yo solo asiento.

El chico serio espera pacientemente mientras me vendan la mano y de tanto en tanto, atiende alguna llamada a su móvil.

—Bien, ¡esto ya está listo! Voy a por la medicación que deberás tomar hasta el jueves, aproximadamente —dice el doctor.

Yo solo vuelvo a asentir.

Cuando nos quedamos a solas en la consulta del doctor, el chico serio se acerca a la camilla donde estoy y sentándose a mi lado, me dice:

—¿Estás más tranquila?

Cómo no, vuelvo solo a asentir.

—Me llamo Álvaro. Siento haberte hecho tropezar.

A mí me empiezan a salir las primeras pocas palabras y digo:

—Martina, nada.

Él me mira con una media sonrisa y yo me estoy preguntando cómo soy tan tonta.

Al instante, vuelve a aparecer el doctor y me da la medicación necesaria.

—Por cierto, ¿necesitas que te dé la baja para esta semana? —nos interrumpe el doctor.

—No, gracias.

—Bien, pero si notas que empeora, no dudes en volver.

—Gracias, adiós —es lo único que me sale y me giro para recoger mis diez malditos paquetes y regresar a la escuela.

—¡Eh!, espera. Yo te ayudo con esto —dice Álvaro, y al médico le vuelve a salir esa risa floja.

Al salir a la calle, me pregunta:

—¿A dónde quieres que te acompañe?

Yo solo quiero salir huyendo, pero no puedo coger sola los paquetes y eso me hace sentir inútil, así que le digo:

—Voy a la escuela Sensat, trabajo allí.

Entonces, al ver que no digo nada más, añade:

—Perfecto, pues vayamos para allí.

Durante el camino, vuelve a tener ese semblante serio que yo recordaba. Me imagino que se da cuenta de que yo no hablo mucho, así que no me agobia y vamos en silencio todo el trayecto.

Al llegar a la escuela, deja los paquetes en la entrada y me dice:

—Me hubiese gustado conocerte en otra situación, Martina.

Me recorre un escalofrío al escuchar en su boca mi nombre.

—No importa —contesto.

—Espero que no sea nada serio y que deje de doler pronto. Recuerda que, si te molesta, deberías volver a ver al doctor Ruiz o a otro especialista. Si me llamas, estaré encantado de acompañarte —dice mientras me entrega una tarjeta con su teléfono.

—Sí —contesto recogiéndola.

—Hasta pronto, pues.

De repente, coge la mano que tengo vendada y me da un beso en ella. ¡Uf! Qué locura, mi cabeza no para de dar vueltas. Él nota mi reacción y me mira con esa media sonrisa que le sale.

—Adiós —digo con tono seguro y dándole ya la espalda.

No voy a llamarle, no voy a volver a verle y no voy a volver acercarme a él. Porque, porque... huele demasiado bien.

Cuando le veo salir de la escuela, suspiro y cojo fuerzas para entrar en

el despacho de mi querido director. Entro sin llamar, estoy cabreada y le digo:

—Tus paquetitos están en la entrada.

Con cara de mosqueo me dice:

—¿Se puede saber dónde te habías metido?

Y como es mi maldito jefe, no me queda otra que explicarle qué me ha pasado.

Durante el resto del día, mi torpeza parece ser de lo más cómica y todos se truncan en la escuela. Primero, por cómo me toma el pelo mi jefe y después, por mi tropiezo y por haber acabado en el médico.

Por fin son las cinco de la tarde y puedo huir a casa con mi manita vendada y con mi mala leche. Durante el camino, me voy tranquilizando. Por suerte, no me duele casi nada y en pocos días esto será una anécdota, incluso sonrío por primera vez en todo el día.

Al llegar a casa me empieza a molestar un poco la mano, pero es soportable. Meriendo un yogur desnatado y decido llamar a mi sobrina preadolescente —como cada lunes— para cotillear sobre el fin de semana.

—¡Hola, *tieta*!

—¡Hola, cielo! ¿Qué tal el fin de semana?

—Ha sido genial. Al final pude convencer a mami para que me dejara ir con Alexia y otras chicas de clase a una fiesta de un amigo de su hermano. El chico es muy simpático y Alexia está perdidamente enamorada. Y a mí me encanta su mejor amigo, corre en motocross y es súper guapo.

—Ajá —digo para que sepa que la sigo y así no cortar la carrerilla de su exposición.

—La verdad es que no nos hicieron mucho caso, pero cuando fui a la cocina a buscar una coca-cola, él salía y me miró.

¡Dios!. ¡Cómo me identifico con ella! Recuerdo el día que vi a Álvaro salir de aquella cafetería y creo que me sentía igual de adolescente.

—¡Qué bien! —la animo a seguir.

—Luego ya no le volví a ver. Me ha dicho Alexia que su hermano le ha dicho que el amigo de su amigo, el que me gusta a mí, ¿sabes?, se fue con una chica mayor. Pero no mayor que nosotras... sino mayor que él.

—¿Seguro? —le pregunto para que se tranquilice un poco.

—La verdad es que seguro, no. Porque el hermano de Alexia es un mentiroso y además, siempre quiere que salga con él, y yo no quiero. Es

horrible y está lleno de granos, *tieta*.

—No seas mala, Carla —digo entre risas—. Los granos se irán y pronto le quedará una bonita cara.

—Ja, ja —ríe ella irónicamente—. Cómo se nota que nunca le has visto —añade.

—¿Y qué tal todo por casa? —cambio de tema.

—El mocoso igual de pesado.

El mocoso es mi sobrino de dos años, hijo de mi hermana Lara y de su segundo exmarido. Carla, en cambio, es hija de su primer exmarido. Este diablillo se pasa el día incordiando a todas las niñas del mundo, en especial a su hermana, a la que lleva por el camino de la amargura.

—¿Y mami?

—Hablando por teléfono con un nuevo ligue. ¿Te conté lo del último? —me pregunta con su tono de bruja.

—¿El de la tienda de electrodomésticos?

—No, el último, último. Pues resulta que lo conoció por internet y le estuvo enviando unas fotos de un tío cañón.

—¿Sí? —pregunto intrigada. La verdad es que me encantan estos cotilleos de los ligues de mi hermana mayor.

—Sí, yo misma le decía a mami que quedara con él. Así que, quedaron en el bar de Charlie y cuando llegó, no era el chico de la foto, sino que en todo caso debía de ser su padre, si es que no era su abuelo.

—Pero qué exagerada eres —la increpo.

—De verdad, *tieta*. Le dijo que era él de joven, pero según mami, hace más de treinta años que no era joven. Evidentemente, salió corriendo de allí sin mirar atrás.

—Ja, ja —me troncho de cómo me cuenta las cosas la enana, que ya no es tan pequeña y pronto cumplirá catorce añitos.

—¿Y las clases?

—Bien, estoy estudiando para un examen de historia que tengo el miércoles.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Lo tengo controlado.

—Ya me imagino.

—Y tú, ¿cómo estás?

No lo puedo aguantar y le explico mi día. Omito que a ese chico ya lo había visto antes, porque si me pongo a explicarle la verdad, se dará cuenta

de que estoy igual de loca que ella.

—¿Y te duele?

—No —miento.

—*Tieta*, debo dejarte, aún tengo que estudiar, ducharme, secarme el pelo y planchármelo para mañana.

—Muy bien cielo, te quiero.

—Y yoooooooo. Adiós.

Cuelgo con esa maravillosa sensación que siento siempre que hablo con mi sobrina. Al rato, ceno una manzana y me voy a la cama a leer.

Me empieza a doler la mano muchísimo y casi no lo puedo soportar. Y estar así hace que me acuerde de él... del chico serio... de Álvaro, más de lo que quiero.

Me duele tanto que no puedo ni dormir. Veo cómo me pasan las horas y a las cinco es la última vez que miro el reloj.

Suena el despertador, «¡Oh, no!». Son las siete, me levanto sin pensar en mi mano pero cuando me incorporo, veo las estrellas al apoyarla. Entonces me acuerdo de mi mano y acto seguido, del torpe que se puso delante. Vuelvo a estar enfadada.

Me meto en la ducha tras tapar mi mano vendada. Después, desayuno un café con leche y salgo a coger los ferrocarriles para ir a trabajar.

Cuando llego a la escuela, mis compañeros se asustan con mi cara y yo pienso que habría que verlos a ellos cuando solo han dormido dos horas.

Cuando por fin llega la hora del patio, Lucía entra rápidamente a mi aula, cierra la puerta y me mira con cara pícara.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—¿Y a ti? —me responde.

—No estoy de humor, así que mejor nos vemos a la hora de comer.

—Tengo algo que contarte.

—¿Ahora qué pasa con tu boda? —le pregunto desesperada.

—No es mi boda.

—¿Y entonces? —le vuelvo a preguntar más desesperada.

—Ayer estuve hablando con Néstor.

—¿De la boda?

—No, cállate. Resulta que sé quién es el chico con el que chocaste.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y creo que tú también.

—Sí, un torpe. ¿Y qué más?

—Pues te cuento. Ayer cuando llegó Néstor a recogerme, me dijo que en la oficina habían tenido un día de locos.

—Lucía, el día de tu chico en la oficina no me interesa nada.

—Cállate y déjame continuar —me dice perdiendo un poco los nervios.

—*Buuff* —bufo mientras pienso que esto va para largo y que debo hacer mil cosas antes de que los peques vuelvan del recreo.

—Continúo... Resulta que ese día venían todos los directivos de las diferentes delegaciones de su empresa a una reunión anual para reunirse con su jefe.

—Lucía, de verdad...

—Escucha —me riñe y sigue contándome—. Pues llegaron todos los directivos, excepto el jefe, que no llegaba. Después llegó su adjunto y les comunicó que en breve llegaría el dichoso jefe, que le acababa de surgir un imprevisto y que no tardaría mucho más. Entonces, pasó el rato y como no llegaba, los directivos estaban que se subían por las paredes. Ya sabes que estos se creen que su tiempo es oro y no solo por lo que les pagan.

—Lucía, al grano. Ya.

—Pues verás, a las dos horas apareció tan tranquilamente el jefe que esperaban y les explicó que se había tropezado con una chica, que esta se había hecho daño y que había tenido que acompañarla al médico para cerciorarse de que estaba bien. Los directivos, que también entienden de faldas, comprendieron el plantón y entre risas, retomaron la reunión que debían de haber empezado mucho antes.

No añade nada más, está todo entendido. Yo me quedo sin palabras y ella lo nota.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—De que le interesas.

—No digas tonterías, me hice daño de verdad —digo enseñándole mi mano vendada.

—Sí, pero podría haberte dejado en la consulta y salir corriendo a su importante reunión, y no esperarte como un buen chico y acompañarte aquí después.

Disimulo mis emociones, ya que algo dentro de mí se ruboriza y me

hace sentir muy pero que muy bien.

—Pero debo decirte una cosa —añade con mala cara.

Empiezo a pensar que ahora me va a contar que está felizmente casado y que tiene cuatro preciosos hijos o que está a punto de casarse con la modelo más guapa del mundo, o...

—Eoooo, ¿me escuchas? —me mira con cara de circunstancia.

—Sí, dime, ¿y ahora qué?

—Néstor dice que también tiene poco trato con las mujeres por algún motivo que desconoce, aunque él intuye que es gay.

—¿Gay? —casi me atraganto con mi propia saliva.

—Mira, no sé. Yo no le conozco, pero cuando el río suena, agua lleva. Y además, las veces que le hemos visto ni nos ha mirado, con lo monas que somos nosotras.

—Lucía, gracias por la información. Pero a mí, la vida de este chico me importa bastante poco y no creo que le vuelva a ver —le digo una mentira a medias, porque tengo claro que no le voy a volver a ver, pero no me importaría saber algo más de su vida. Qué se le va a hacer, soy una cotilla.

Se acaba el recreo y los niños entran corriendo a la clase.

Durante el día, me sigue molestando la mano y cada vez que me duele, me acuerdo de él... y del comentario de Lucía sobre su supuesta homosexualidad. Bueno, si lo es, mucho mejor, estaré más tranquila. Sé que no hay peligro aunque lo sea, o no lo sea, pero está bien si lo es.

El día pasa rápido entre clase y clase y por fin, es la hora de marcharme a casa para descansar, porque he arrastrado durante todo el día el sueño de esta noche pasada.

Cuando salgo por la puerta veo un coche mal aparcado y me recuerda al que conducía Álvaro el día en que crucé a ritmo patoso la calle. Y así es, al momento veo como baja del coche y se acerca hacia mí, con esa mirada sería tan suya.

—¡Hola! —me dice cogiéndome de mi mano vendada y dándome otro beso en ella como el de ayer.

—¡Hola! —consigo responder.

—¿Cómo va esa manita? —me pregunta con dulzura.

—Bien.

—¿No te molesta?

—No —miento y pienso en la maldita nohecita que he pasado.

—Qué bien, me alegro. Estaba preocupado pensando en que tal vez hubieses pasado una mala noche. Estuve pendiente del teléfono, por si llamabas y necesitabas que te acompañara a la consulta de Javier.

—He estado bien —vuelvo a mentir.

—Perdona que haya venido a verte aquí, pero es que no tenía tu teléfono.

Ni lo vas a tener, pienso en voz baja.

—Ya que estoy aquí, ¿quieres que te acerque a algún lado?

—No, gracias. No vivo cerca precisamente.

—No importa, estaré encantado de acompañarte.

—No... Debo irme. —Y me giro dejándole ahí.

Sin mirar atrás, camino decidida hacia los ferrocarriles. Quiero llegar a casa para poder dormir y no pensar en nada hasta mañana.

Al día siguiente, vuelve a sonar el despertador y con cara de sueño, repito el ritual de ducha y café con leche.

Esta noche he podido dormir un poco más, pero desde las tres hasta las cinco de la mañana ha sido misión imposible, el dolor era insoportable.

En la escuela todo está muy tranquilo. Lucía no vuelve a hablar de Álvaro y las demás tampoco le mencionan, aunque sé que a estas alturas ya estarán al corriente sobre quién fue el torpe que me hizo caer.

Cuando llegan las cinco salgo con cierto miedo. No quiero volver a ver el coche de Álvaro en la puerta, pero por suerte, no hay ni rastro. Respiro..., aunque no sé si de alivio o decepcionada, y me riño a mí misma.

Por la noche puedo dormir de once a dos de la madrugada. Después, el dolor me despierta y se queda conmigo hasta las siete, que veo como empieza a sonar mi despertador.

Hoy jueves, hemos quedado para comer con Susana, una excompañera de la escuela, en un restaurante bastante cercano al colegio, donde hay una terraza muy agradable en la que durante estos días de frío, cuando sale el sol, se está genial.

Como siempre, decidimos ir paseando. Al llegar a la terracita, veo de lejos a Álvaro sentando en una mesa con dos tipos más. Él también me ve y rápidamente, se levanta y se dirige hacia nosotras. Me mira con su mirada

sería y noto que solo me mira a mí; ni a Lucía, ni a Emma, ni a Angélica, ni a la despampanante Susana. Cosa que las chicas responden con sus caras largas.

Me coge mi mano vendada antes de decir nada y me vuelve a dar un beso en ella. Observo cómo los dos hombres que le esperan en la mesa nos miran y cómo los ojos de mis amigas se les salen de las orbitas.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —dice al fin.

—Hola, ¡bien! —respondo.

—¡Eh! ¿Por qué demonios tienes estos dos dedos tan lilas?

Intento ocultar mi mano, pero él me mira muy serio, mucho más de lo normal.

—Te duele, ¿verdad?

—No —miento un poco.

—Sí le duele —añade Angélica.

Yo la miro con cara de asesina, ¿qué pretende esa loba?

—A las cinco te recojo y te llevo a la consulta de Javier.

—No hace falta.

—A las cinco.

Y esta vez es él quien me deja con la palabra en la boca, se gira y vuelve a sentarse con aquellos dos hombres.

Les pido a las chicas sentarnos en el interior del restaurante, para evitar así verle la cara a ese mandón. Ellas asienten, creo que tienen mucho que preguntarme.

Cuando estamos acomodadas, empieza el ataque de las preguntas sin darme apenas tregua.

—¿Qué te traes con este tipo? —pregunta Emma.

—Nada —intento defenderme.

—Entonces, ¿qué le pasa a él contigo? —pregunta Angélica.

—Es gay —añade Lucía.

—Ese tipo no es gay, solo hay que ver cómo la mira —dice Susana, que hasta el momento ha estado calladita.

De pronto, nos damos cuenta de que Álvaro entra en ese mismo comedor con los dos hombres y pasa por nuestro lado siguiendo al camarero. Cuando está a mi altura, me dice flojito casi al oído:

—¡Hasta las cinco!

Le miro con cara de asesina, pero él ya se ha alejado. Los hombres que le siguen me miran y me dicen:

—Que aproveche, señora.

Yo intento dibujar una sonrisa, pero odio que me hayan llamado señora.

Conseguimos quedar lo bastante escondidas de la mesa de Álvaro y esos dos hombres —lo que me hace estar más tranquila— y al fin, podemos retomar nuestras conversaciones típicas de una comida entre amigas.

Susana nos explica cómo le va en su nuevo trabajo como directora en un colegio público y nos cuenta lo diferente que es a nuestro colegio de niños acomodados, a los que yo adoro.

Un rato después agotamos nuestro tiempo, salimos corriendo hacia la escuela y retomamos las clases de la tarde.

Cuando me doy cuenta ya son las cinco, pero no quiero que los niños se vayan a casa. Sé que Álvaro debe de estar esperándome en la puerta y no sé si salir corriendo, o no salir. Además, esta sensación en la barriga no me gusta nada.

Las tres brujas de mis amigas parecen no tener prisa por marcharse hoy y me miran con cara de pícaras, a lo que respondo con una mirada poco amigable.

Respiro hondo, les digo que me dejen en paz y camino con toda la seguridad que me queda hacia la puerta del colegio. Cómo no, Álvaro me espera apoyado en su coche. Se acerca hacia mí, me besa en la mano vendada y me dirige hacia su coche. Abre la puerta del copiloto, me subo, él se sienta a mi lado y arranca.

Por la ventanilla veo cómo mis supuestas amigas me despiden con la mano y con unas risitas entre burlonas y envidiosas.

Al parar en el primer semáforo, Álvaro se gira y me dice:

—Tenemos tiempo hasta las siete, Javier está en una urgencia y no prevé acabar antes. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

—No, gracias.

—¿A pasear?

—No, gracias —vuelvo a contestar.

—¿Necesitas ir a algún lugar?

Entonces, se me enciende la lucecita. No sé si a éste le va a hacer mucha gracia, pero de eso se trata, de que no le guste nada.

—Tengo que ir de compras —le indico.

—Perfecto. ¿Al centro?, ¿A Paseo de Gracia?, ¿A Puerta Ferrisa? ¿Adónde sueles ir? —pregunta casi encantado.

—A cualquier Mercadona.

—Perdona, ¿has dicho Mercadona?

—Sí, desde que tengo la mano así no he podido salir a comprar... Creo que puedes resultarme de gran utilidad y así no perderemos estas dos horas.

—Está bien, pues al Mercadona.

Sonrío interiormente, creo que he logrado tocarle un poco la moral. Veo como prepara el navegador del coche y unas calles después nos adentramos en un parking subterráneo. Bajamos del coche y le pido un carrito. Él busca en sus bolsillos una moneda y veo que no tiene cambio, pero yo no me inmuta y dejo que él lo resuelva.

Entonces, aparece una chica rubia con un niño colgado del brazo, Álvaro se le acerca con una de sus sonrisas y veo cómo a la rubia se le ilumina la cara.

—Disculpa, ¿tienes cambio? —pregunta mostrándole un billete de 20 euros.

—No, pero si quieres te puedo dejar una moneda y ya me la devuelves cuando quieras.

Y más que una simple conversación de supermercado, parece la de un pub a altas horas de la noche.

Pues vaya, me ha salido el tiro por la culata y al minuto, él aparece tirando del carro y con una mirada un tanto juguetona para mi gusto. ¿Se habrá dado cuenta de que lo quería marear?

La verdad es que no tengo que comprar mucho, pero aprovecho para coger cosas que pesan como unos packs de leche, de agua, de polvos para la lavadora, suavizante y otras cosas por el estilo.

Voy cargando el carro y él inspecciona en silencio toda mi compra.

Cuando ya no puede aguantar más, me dice:

—¿Pero qué demonios comes?

—Pues ya ves, comida —digo mientras señalo el carro.

—¿En serio existen tantas variedades de tofu, de yogures desnatados y de semillas para no sé qué?

—Me gustaría saber qué clase de comida compras tú —le ataco.

Pero parece que no tiene respuesta para mi pregunta.

—¿No compras? —le miro atónita.

—Sí y no.

—¿Cómo que sí y no? —pregunto.

—En realidad no suelo hacerlo yo.

Vale, por lista. Ahora viene cuando me cuenta que su maravillosa mujer, pareja, novia o lo que sea, se encarga de comprarle y hacerle maravillosas comiditas.

—Es Magda la que suele comprar.

«Oh, no». ¿Quién es esa? Me da igual, no me lo cuentes, por favor.

—Magda es como mi segunda madre. Trabaja para mí desde hace algunos años. Primero en Madrid, donde viví una temporada, y ahora aquí, en Barcelona.

¡Uf! Respiro un poco aliviada. Aunque a mí, qué más me da. Como si es su prometida. Entonces, me cabreo conmigo misma y le digo:

—Pues si no sabes comprar, no critiques.

A partir de entonces, se queda callado hasta el momento de pasar por caja, donde hace un amago de sacar la cartera y yo, con mi mirada de “ni se te ocurra”, le hago saber lo que pienso, a lo que él contesta:

—De acuerdo, perdón.

Son casi las siete cuando nos dirigimos a la consulta de su amigo Javier. Al llegar, resulta que aún no ha vuelto de su supuesta urgencia y es la chica de recepción quien nos informa:

—El Doctor Ruiz no tenía ninguna consulta programada desde las cinco hasta las siete y se ha marchado a casa a descansar.

—Pues haga el favor de llamarle para que venga ya —ordena Álvaro.

Él la mata con la mirada y yo lo mato con mi mirada a él, mientras pienso que a qué está jugando.

Nos hace esperar en una pequeña salita y como no puedo aguantarlo más, le pregunto:

—¿No tenía una urgencia?

—Sí, eso también creía yo.

Sé que está mintiendo y a una parte de mí le encanta, aunque la otra quiere salir corriendo antes de que sea demasiado tarde.

Pasamos cinco minutos en un extraño silencio antes de que aparezca Javier. Le da un pequeño abrazo a su amigo y a mí me planta dos besos que no esperaba. Nos hace pasar a la su consulta y me quita la venda de la mano. Pone mala cara porque no le gusta lo que ve.

—Pero, Martina, ¿es que acaso no te duele? —pregunta Javier.

—Un poco —digo.

—Pero, si esto tiene una pinta horrible con este color morado. Te haré

unas placas ahora mismo. Vamos.

A los diez minutos volvemos a su despacho, donde encontramos a Álvaro hablando por teléfono, aunque cuelga rápido al vernos entrar.

—¿Qué pasa, Javier? —pregunta algo alterado.

—Tranquilo, tan solo parece una inflamación de los tendones pero, de no haber venido hoy, se podría haber complicado mucho más la cosa.

Álvaro me dedica una mirada muy, muy seria. Sé que me está regañando, pero yo lo desafío con otra mirada aún peor.

—Por suerte, el esguince parece que ha mejorado mucho —añade Javier.

—¿Y los moratones de los dedos? —pregunta Álvaro.

—Eso puede ser debido a la misma caída, cuando se golpeó contra el suelo —aclara el doctor.

—Y ahora, ¿qué debería hacer? —vuelve a preguntar Álvaro.

—Pues lo más correcto sería coger la baja y descansar.

—Ni hablar. Mañana es viernes y durante el fin de semana ya podré descansar —replico.

—De acuerdo, eso es cosa tuya. Pero, por lo menos, prométeme que harás reposo —dice Álvaro.

Asiento y le miro diciéndole que sí, pesado.

—Ahora volveré a vendarte esa mano, para que la muevas lo menos posible y, además, tendrás que tomarte este antiinflamatorio, que es mucho más potente que el anterior que te dí. Posiblemente sientas mucha fatiga, eso te ayudará para que puedas reposar.

Ya veremos si me tomo esos antiinflamatorios, pienso. Soy muy mala enferma y odio las pastillas. De hecho, las otras que me dio siguen todavía en la bolsa tan ricamente.

—A mediados de semana tendréis que volver a venir y miraremos cómo va la cosa —dice Javier.

También pienso en que ya veremos si vuelvo, pues parece que estos dos quieran acaparar toda mi apretada agenda.

—Gracias, Javier —le agradece Álvaro.

Yo pregunto cuánto cuesta la consulta y Álvaro me echa una mirada muy parecida a la que yo le dedicado hace un rato en el supermercado, cuando le avisé de que ni se le ocurriera pagar mis compras.

Por fin nos despedimos del doctor. Ellos vuelven a abrazarse, hablan de no sé qué partida de pádel y a mí me vuelve a plantar dos besos. Qué

pesadito el doctor con las caricias.

Cuando salimos por la puerta escucho como Álvaro le dice a Javier que su secretaria es un poco bocazas y este último se parte de risa.

Subimos a su coche y le indico mi dirección, que introduce en el navegador de su flamante Audi, para que pueda acompañarme a casa con la compra. A medio camino, el muy presuntuoso dice:

—Ya sabía yo que esto no tenía buen aspecto y que me estabas engañando cuando te pregunté si te dolía.

—Habló el sincero —le ataco, y sabe perfectamente a lo que me refiero.

Un rato después, añade:

—Creo que deberías darme tu teléfono.

Yo le miro con cara de «¿ah, sí?, ¿por qué debería darte mi teléfono?». Él se da cuenta y continúa:

—Es lo justo. Tú tienes mi teléfono.

—Yo no te lo pedí.

—No, te lo ofrecí para que me llamaras si te dolía la mano y, visto lo visto, no lo has hecho. Si me das tu número, puedo llamarte yo y preguntarte por ella. Tan solo por ella.

—No —respondo con rotundidad.

Me mira con aquella sonrisa tan suya y por fin, se calla hasta que llegamos a casa.

El muy suertudo, encuentra un hueco en la calle, en el que yo pienso que no lo mete ni de coña, pero me equivoco. Bajamos la compra del coche, bueno, más bien la baja él, y nos metemos en el ascensor. Cuando llegamos a la cuarta planta, saca las bolsas del mismo y las deja en el rellano, mientras yo abro la puerta de mi pisito antes de decirle:

—¡Buenas noches!

Él pone cara de tonto. Sé que quiere entrar, pero no se lo voy a permitir. Entonces, el muy astuto dice:

—Tengo sed.

Rápidamente, mientras voy metiendo la compra al recibidor, desde donde él sigue mirándome, localizo las botellas de agua y le paso una.

—Gracias por todo —digo antes de cerrarle la puerta en las narices.

Cuando cierro de nuevo suspiro de alivio, de estupidez o de yo que sé. Menuda tardecita.

Por fin es viernes. Ha sido un día tranquilo en la escuela y consigo llegar a casa sin saber nada de Álvaro. Cuando entro ya estoy tranquila porque sé que durante el fin de semana no le volveré a ver y he conseguido no darle mi número de teléfono.

Pero, de repente, me asalta una duda. Sabe mi dirección, por lo que en cualquier momento puede venir. ¿Eso me asusta o es lo que quiero? Prefiero distraerme poniendo una lavadora y haciendo otras tareas de la casa para olvidar el tema.

El sábado no puedo ir a correr como cada fin de semana por culpa de mi mano así que, decido adelantar cosas del colegio.

Al mediodía suena el timbre. Mi corazón empieza a latir a mil por hora. Estoy horrible, voy en pijama y seguro que es él.

Insiste llamando a la puerta. ¡Pero qué pesado e insistente!, pienso. Decido abrir y que sea lo que tenga que ser, porque de lo contrario, saldrá la señora Margarita y seguro que será mucho peor.

La señora Margarita es la anciana vecina del piso de al lado. Normalmente estas señoras, con la edad que tienen, están sordas como tapias, pero a mí me ha tocado la excepción que confirma la norma. Tiene el oído más fino del mundo y cualquier ruido es motivo para tenerla en la puerta con cara de malas pulgas.

Cuando abro con cara de enfadada, me encuentro a Carlos, mi camarero favorito.

—Vaya... Menuda cara —dice a modo de saludo.

—Hola, Carlos. Adelante, pasa. ¿Qué haces aquí?

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. —Sé que lo dice porque hoy no he pasado por el parque y eso es muy raro.

—Me hice daño en la mano el lunes y por ahora, no puedo salir a correr —digo mientras le enseño mi mano vendada.

—¿Qué te ha pasado?

No sé por qué lo hago, pero le cuento todo con pelos y señales. Los encuentros, las miradas, los tropiezos, las visitas al médico, todo.

Carlos me mira con la boca abierta y me dice:

—Nena, ¡te has enamorado!

—¿Pero qué dices? La verdad es que no sé para qué te cuento nada.

Después de tomarnos una coca-cola cero, Carlos se va y yo paso el resto del día del sofá a la cama y de la cama al sofá y para hacer caso de verdad al médico, el domingo hago lo mismo.

Semana 4



El lunes a las siete de la mañana, me doy cuenta de que empieza otra semana. Me ducho, me tomo un café con leche y salgo disparada hacia la escuela.

Sopeso el fin de semana con mi dolor de mano, que parece que va disminuyendo y cada noche me deja dormir mejor. Me veo con fuerzas para enfrentarme al pesado de Álvaro —si vuelve a aparecer— y para decirle que ya estoy mejor y que me deje vivir igual de tranquila que en los últimos tiempos, y no como esta última y absurda semana pasada.

Sé que aparecerá de un momento a otro. Cuando salgo a comer, pienso que entrará por la puerta. Cuando voy de camino a la escuela o hacia los ferrocarriles, creo que pasará con su bonito coche. Cuando estoy en casa, creo que llamará a la puerta de inmediato. Sin embargo, nada de eso sucede en todo el día.

Como cada lunes por la tarde, decido llamar a mi pequeña adolescente. Así me entretengo y dejo de estar preparada para el ataque contra Álvaro.

—¡Hola, *tíeta*!

—¡Hola, cielo!

—Estoy en casa de Alexia, ha venido también el amigo de su hermano, con su amigo. ¿Sabes quién te digo? El chico guapo que corre en motocross.

—Sí, me acuerdo de él.

Y también de Álvaro, pienso para mí.

—Ahora no puedo hablar, quiero estar pendiente de lo que hacen —dice.

—¿Y qué hacen? —le pregunto intrigada.

—Están jugado a la *Play Station*, a un juego de motos que parece chulísimo.

Pobre sobrinita mía, ha caído en las garras de Cupido. Si tuviera once años más, justo veinticinco, que son los que yo tengo, no se dejaría engañar.

—*Tieta*, ¿me escuchas? —dice sacándome de mis pensamientos.

—Sí, cielo.

—Te dejo, está todo bien. *Te quierooooo*.

—Y yo a ti, adiós.

Y cuelga.

Me pongo a leer, ceno una manzana y me meto en la cama.

El martes viene a ser una continuación del lunes: sin rastro de Álvaro. Creo que por fin, ha captado el mensaje.

El miércoles empiezo a entender que no es tan fácil coincidir en un barrio tan grande con una única persona, por lo que estoy mucho más tranquila. Las chicas decidimos salir a comer a uno de los restaurantes que hay junto al parque, muy cerca de la escuela.

Necesitamos hablar, hace días que no lo hacemos. Además, Emma parece preocupada.

—¿Qué pasa, Emma? ¿Por qué tienes esa cara? —pregunto harta de su cara de palo.

—Ayer tuve mi primera discusión con Iván.

Iván es su nuevo novio, el de los padres con la casita en la Costa Brava.

—¿Y por qué? —pregunta Angélica.

—Porque yo quiero que conozca a mis padres ya y él me da largas —dice con un tono de niña buena.

—Pues si no quiere, no le agobies —defiendo al pobre chico.

—Pues no, yo quiero que los conozca.

—Para que te demuestre si esto va en serio, ¿no? —pregunta Lucía, que es igual de cabezona con los tíos.

—Pues no... —añade a la defensiva.

Entonces, al ver nuestras miradas incrédulas, continúa:

—Bueno un poco, ¿qué hay de malo en eso? —vuelve a defenderse.

—No hay nada de malo, pero si lo que quieres es que él se comprometa más contigo, debes decírselo. No pretendas ver cómo actúa en una situación trampa para comprobar si lo está dando todo, o no —le dice Angélica.

—Ya, tenéis razón. Lo pensaré y luego le llamaré para que nos veamos y podamos hablar.

—Eso es —decimos las tres con una gran sonrisa.

Lucía cambia el hilo de la conversación hacia su monotema:

—Chicas, recordad que el viernes es mi despedida de soltera. Vendrán algunas amigas mías, a algunas ya las conocéis, y también algún amigo de Néstor.

«¡Oh, no!». No me acordaba y no me apetece en absoluto. Bastante tengo ya con ir a su boda la próxima semana.

Continuamos hablando y saboreando nuestros platos hasta que nos dan casi las tres. Tenemos que salir corriendo o no llegaremos a nuestras clases.

La tarde pasa rápido y a las cinco lo recojo todo para regresar a mi dulce hogar. Pero, para mi sorpresa, me encuentro en la puerta con Álvaro apoyado en su coche, mirándome. Me quedo paralizada. ¿Qué quiere este ahora?

Se acerca donde estoy —quieta como un palo—, coge mi mano vendada y me da un beso en ella, como acostumbra hacer siempre que me ve. La próxima vez me prepararé para retirar la mano a tiempo y decirle que no lo haga más, que no me gusta. Aunque sea mentira.

—¡Hola! Siento no haber podido venir antes para saber cómo estaba tu mano. Pero he estado de viaje por trabajo y como no tengo tu número, me ha resultado imposible llamarte —dice mientras me mira como diciendo: ves, lo necesito.

—Está mucho mejor, gracias. No me duele absolutamente nada —le digo rotundamente.

—Eso lo vamos a ver ahora mismo.

—¿Perdona?

—Sí, ¿no recuerdas que tenemos una cita con Javier?

—A las siete, ¿no? —pregunto con ironía.

—No, a las cinco y cuarto. Así que si no quieres que lleguemos tarde, tenemos que ir para allí ahora mismo.

Vaya, parece que esta vez no me toma el pelo.

Me subo en su coche por la puerta del copiloto, que él aguanta con su mirada seria y cuando estoy sentada, maldigo estar otra vez aquí. Parecía que iba a conseguir una semana tranquila y va y aparece éste ahora, dispuesto a ponerla patas arriba otra vez.

No me habla durante las escasas calles que separan la escuela de la consulta. Aparca en el parking subterráneo y me dice:

—Venga, vamos a llegar tarde.

Paso de contestarle.

Cuando entramos en la consulta de Javier, este vuelve a repetir su ritual con nosotros: me planta dos besos y abraza a Álvaro.

—Y bien, ¿cómo va esta mano?

—Mucho mejor, ya no duele casi nada.

—¿Casi? —pregunta Álvaro y añade—. Creía que no te dolía absolutamente nada.

Repito mis palabras de antes.

Lo miro con mala cara para que se calle y a Javier se le dibuja una sonrisa en la boca ante esta situación, por lo que también me veo en la obligación de mirarlo con esa misma cara. Entonces, se pone serio y dice:

—Álvaro, estás perdido.

—Ni que lo digas, amigo —dice como si yo no estuviera presente.

Esto es increíble, pienso.

—Bien, volveré a hacerte las placas y me aseguraré de que todo va bien. Vamos, Martina.

Me alejo de la consulta de Javier dejando a Álvaro allí.

Por el pasillo, Javier me pregunta:

—Un tipo excepcional, ¿eh? —dice refiriéndose a Álvaro.

—Podríamos discutirlo.

Javier se ríe de mi respuesta y empezamos con las placas de manera silenciosa, por suerte para mí.

Regresamos a la consulta pasados unos minutos y encontramos a Álvaro de pie, mirando por la ventana. La verdad es que calladito, y por detrás, el chico está muy bien. Sin embargo, rápidamente lo estropea cuando se gira y abre la boca:

—¿Cómo está, Javier?

—Esto ya tiene mejor pinta, aunque debe seguir tomando la medicación y continuar con el vendaje.

Entonces, me acuerdo de la medicación en ese momento. ¿Dónde la puse?, qué más da.

Álvaro suspira aliviado y pienso que es un exagerado.

—Bien, en cuanto notes que deja de doler, quítate este vendaje —dice Javier mientras me vuelve a poner la venda—. Y si no cesa el dolor, debes

volver de inmediato.

—De acuerdo —dice Álvaro.

Y yo lo miro pensando en que el doctor me habla a mí y no a él.

Nos volvemos a despedir de Javier, y espero que esta vez por fin sea la última que lo vuelva a ver, por lo que me alegro al notar sus dos besos de despedida.

Salimos de la consulta y le digo a Álvaro:

—¿Contento?

—¿De saber que estás mucho mejor? Pues sí.

Qué tío más desesperante con sus respuestas para todo.

—Pues, gracias por todo.

—No hay de qué.

—Adiós.

—¿Es que no me vas a permitir que te acerque a casa?

—No hace falta, los ferrocarriles están aquí mismo.

—Preferiría acompañarte.

—Y yo prefiero irme ya.

Me giro y allí lo dejo pasmado. ¿Quién se ha creído, mi padre para acompañarme a todos lados?

El jueves, cuando me levanto, siento un leve dolor en la mano. Me enfado por ello y le digo muy cabreada:

—¿Por qué no te puedes curar de una vez maldita mano y así dejar que me olvide del pesado de Álvaro?

Voy a trabajar y solo espero que él no aparezca. A las cinco, salgo por la puerta y no hay ni rastro de él. Bien. Aún así, corro hasta los ferrocarriles.

El viernes, la mano me molesta un poco cuando despierto. Finalmente, decido buscar las pastillas que me dio el doctor y me tomo una.

Al mediodía, como me sigue molestando, me toma otra. Por suerte para mí, es viernes y el fin de semana podré hacer reposo.

A las cinco, las chicas y yo salimos juntas de la escuela para acabar de decidir a qué hora nos vemos esta noche. Al final me han convencido y voy a ir a la cena de la despedida de soltera de Lucía, pero después me marcharé a casa usando como pretexto mi mano, para así dormir plácidamente

mientras los demás se van a tomar copas.

Hemos quedado a las nueve en un restaurante muy de moda situado en la zona del *Eixample* de Barcelona. Yo decido ir en taxi aunque cueste un pastón, paso de ir en metro tal y como voy vestida. Me he puesto un vestido negro de *Calvin Klein* con la espalda descubierta que compré por internet y unas sandalias con un tacón de vértigo. Me siento cómoda e incluso sexy, pero al ver el vendaje de mi mano se desvanece todo mi *glamour* y vuelvo acordarme de Álvaro y de alguno de sus antepasados.

Cuando entro en el local, Emma y Angélica —que están guapísimas— aparecen con una copa de cava en la mano. Me miran eufóricas y me dicen que estoy cañón.

De repente, aparece Alberto, un compañero de la empresa donde trabaja el futuro marido de Lucía, y que siempre que coincidimos, se convierte en una lapa conmigo.

—*Uauuu...* Estás tan guapa como siempre —me dice Alberto.

—Tú también estás muy bien —miento.

—Eh, ¿qué te ha pasado en la mano? —pregunta con cara de preocupado.

—Tropecé, pero ya está mucho mejor.

—¿Cómo te va la vida? —empieza a darme conversación.

—Muy bien. Voy a ir a por algo para beber, en un rato te busco y nos ponemos al día —le vuelvo a mentir. Pero a él se le iluminan los ojos y me dice:

—Te estaré esperando.

Cuando le estoy sonriendo con una de mis grandes sonrisas, una bastante falsa, veo que Álvaro está hablando con Néstor, el futuro marido de Lucía, y me está observando con su mirada seria. Yo ni le saludo, me giro y veo a las tres brujas riéndose de mí.

—O sea, sabíais que iba a venir Álvaro y no me lo habéis dicho —les digo muy cabreada.

—Si te lo hubiéramos dicho, seguramente no hubieses venido —responde Angélica.

—Y no te lo hubiese perdonado en la vida —añade Lucía.

De repente, una mano roza mi espalda. Sé que hay tres opciones: la primera que sea Néstor, pero no tenemos tanta confianza como para que me toque así; la segunda es que Alberto haya vuelto a buscarme de nuevo, y la tercera, que sea Álvaro. Y por la sensación que estoy teniendo, sé que es él.

Delante de todo el mundo, coge mi mano vendada y la besa como siempre. La gente nos observa y los compañeros de trabajo de Néstor, encajan los hechos y comprenden al ver mi mano vendada que yo soy la culpable del caos que vivieron el día en que este decidió dar plantón a no sé que directivos.

—¡Hola! Qué agradable sorpresa. No tenía ni idea de que la prometida de Néstor fuera tu compañera de trabajo. Bonita coincidencia, ¿no crees? —me pregunta.

—No, no lo creo.

Él omite mi respuesta y me pregunta:

—¿Cómo va la mano? Te agradecería que no me mintieras...

—Bien, gracias —miento.

—¿Seguro? —insiste.

—Sí.

—¿No tomas nada? ¿Te acompaño a por algo? —se ofrece amablemente.

—Me fastidiaste una mano, no las piernas. ¿Recuerdas? —contesto con un poco de mal humor. Él, en cambio, parece impasible y casi le veo sonreír.

Un *maître* aparece por la puerta y nos indica que debemos sentarnos para la cena. Aprovecho para huir de su lado, busco a las brujas para sentarme con ellas mientras que Alberto me busca a mí para sentarse conmigo.

Una vez sentados, busco con la mirada dónde está Álvaro. Lo encuentro entre algunos compañeros de trabajo de Néstor y a su lado veo a una rubia, que no para de reír por algo que él ha dicho. No puedo ni imaginar que algo que salga de la boca de Álvaro sea divertido.

En voz baja, para que Alberto no nos escuche, Angélica y Emma me dicen:

—¿Pero cómo puedes ser tan borde? —pregunta Angélica.

—¿Perdona? —intento defenderme.

—El chico está siendo encantador contigo y tú no paras de atacarle con comentarios agresivos —dice Emma.

—¿Dónde ha quedado eso de que era un estirado, un prepotente y todas esas cosas? —las increpo.

—Lo sigue siendo, pero no contigo. ¿No te das cuenta? —dice Angélica.

En ese momento, Alberto nos interrumpe.

—O sea, que fue contigo con quien chocó el gran jefe —afirma Alberto, pues no hace falta que pregunte nada.

—Sí, tuve esa mala suerte —le digo.

—Pues no sabes la que se montó ese día en las oficinas.

—Ya me han contado algo. ¿Quieres vino? —intento cambiar de tema.

La cena termina. Ha sido un poco pesada por la compañía de Alberto, que no paraba de hablar de todos los viajes que hace con su querida madre. Además, Emma y Angélica no me han ayudado mucho a quitármelo de encima. Por otro lado, Álvaro ha estado pasándoselo genial con la rubia, que no paraba de tocarle el pelo y no lo he visto mirarme ni un segundo.

Cuando la gente se levanta para empezar a salir del restaurante para ir a la gran sala de fiestas donde acabar la noche, yo aprovecho para decirles a las brujas:

—Muchas gracias, amigas, por quitarme a Alberto de encima durante la cena —les digo irónicamente.

—Era una estrategia para poner un pelín celoso al guapote ese del jefe de Néstor —dice Angélica.

—¡Ja, ja! Pero qué tontas sois. ¿No habéis visto lo bien que se lo pasaba con la rubia? —les digo.

De repente llega Lucía, que está encantada con su fiesta, y nos pregunta:

—Chicas, ¿compartís taxi con unos amigos del colegio de Néstor?

Yo aprovecho el momento y le digo:

—Lucía, sabes que te quiero mucho, pero estoy cansada y me voy a ir ya. Sabes que me duele la mano y estoy con medicación.

—Jolines, Martina. ¿De verdad te vas? ¿Tanto te duele?

La miro con cara de pena y le digo:

—Una barbaridad —exagero, y entonces nos fundimos en un bonito abrazo.

Intento salir deprisa sin que me vea Alberto.

Llego triunfante al guardarropa del restaurante para recuperar mi abrigo. De repente, noto la misma mano que antes en mi espalda.

—Me ha dicho un pajarito que te retiras porque te duele la mano.

—No me duele, pero alguna excusa tenía que poner.

—No te creo —dice Álvaro.

—¿Me vas a volver a llevar ahora mismo a la consulta de Javier para

que me someta al polígrafo? —le pregunto un tanto cabreada.

—Por ganas no será, pero creo que es un poco tarde. Recoge tus cosas, te acompaño a casa.

—No, gracias.

—Bien, pues deja tus cosas aquí. ¡Vamos!

—Me refiero a que no hace falta que me acompañes, no he bebido ni nada por el estilo.

—¡Vamos!

Pero, ¿este de qué va? Entonces, llega mi turno y la chica me entrega mi abrigo. Cuando me giro, Álvaro me está esperando por lo que salgo rápidamente a la calle y llamo al primer taxi que veo. Por suerte, está libre y se para ante mí.

—Como ves, ya tengo con qué regresar a casa y no necesito que me acompañes en tu bonito coche. Sigue divirtiéndote. Adiós.

Triunfante, le cierro la puerta en las narices, pero entra por la otra puerta trasera y se sienta a mi lado.

Lo miro atónita. No me salen ni las palabras. Me está cabreando, y mucho.

—A la calle Josep Tarradellas número 6, por favor —le dice mi dirección al taxista.

—En marcha —contesta aquel, ajeno a la tensión que hay entre nosotros.

Alucinada por la actitud de Álvaro, miro por la ventanilla y distingo a algunos compañeros que estaban en la cena viendo nuestra escenita, y de fondo a las tres brujas, saludándome con sus malignas manos.

Durante el camino, me mira de reojo y yo pongo los ojos en blanco. Creo que sabe que estoy muy cabreada y que es mejor que esté calladito.

Cuando llegamos a mi edificio, el taxista se detiene. Álvaro le da un billete y le dice que se quede con la vuelta y a mí no me da ni tiempo de abrir el bolso.

Nos bajamos del taxi y le digo:

—No deberías dejar que se marchara, por aquí no suelen pasar muchos.

—¿Te estás preocupando por mí?

—En absoluto, era solo una apreciación.

—Bueno, ya veo que has llegado a casa y no te diré que tengo sed porque no quiero que me des otra botella de agua de litro y medio.

—Ja,ja —ríó irónicamente. ¿Qué pretende este?, pienso.

—Vamos, entra. Buenas noches —me dice.

Se apoya contra unas vallas para ver cómo entro en mi portal mientras desaparezco a través de la puerta con una taquicardia.

El sábado me levanto tarde, eso de trasnochar —aunque solo sea para salir a cenar— no me sienta nada bien.

Como no voy al parque, Carlos pasa a visitarme un rato.

—¿Cómo va esa mano?

—Pues parecía que mejor, pero estos dos últimos días me molesta un poco más.

—Esto se está alargando un poco, ¿no? ¿Has vuelto a ver al chico serio?

Y entonces le explico lo del miércoles y lo de la noche anterior.

—Vamos, que te acompaña a casa un viernes por la noche, ¿y no le dejas entrar? Estás loca de remate.

—Pero, ¿qué pretendes? ¿Tú también con lo mismo? Vale, le invito a pasar y luego... ¿qué? —digo a la defensiva.

—Y luego que pase lo que tenga que pasar, cabezona.

Seguimos un rato más hablando de aquello y de lo otro, pero no de Álvaro. Es fin de semana y quiero descansar de cuerpo y mente. Y tal y como hice el anterior: solo descanso, y mucho.

Semana 5



El lunes empiezo con las pilas cargadas pero con más de un pinchazo en mi mano. La mañana me resulta insoportable porque me molesta un montón, la medicación que me dio debe de ser floja porque no me hace ningún efecto. Cada vez que rozo la mano con algo veo las estrellas y se me desfigura la cara.

Durante la comida con las chicas, hablamos de lo estupenda que fue la fiesta de Lucía y Néstor. Pasamos el rato hasta que ya no pueden aguantar más y me preguntan:

—Y bien, ¿no nos tienes que contar nada? —empieza Lucía.

—Pues no. ¿Por qué? —pregunto.

—Es sabido por todos que el viernes te marchaste en un taxi con el guapote del jefe de Néstor —dice Angélica.

—¿Y? —vuelvo a preguntar.

—¡Que no se os volvió a ver el pelo en toda la noche! —sigue Emma.

—¿No regresó a la fiesta? —pregunto incrédula.

—¿Intentas disimular? —me suelta Angélica.

—Nooooo.

—¿Y bien? —pregunta ansiosa Lucía.

Entonces les cuento cómo fue el encuentro en el guardarropa, lo del taxi y lo que sucedió cuando llegamos a mi portal.

Ellas me miran como si les estuviera contando la historia más bonita del mundo y yo pongo los ojos en blanco y acabo con la narración.

—Que te acompaña a casa, ¿y no le invitas a pasar? —pregunta Emma incrédula.

—Pues claro que no —me defiendo.

—Estás loca de remate —me abuchea Angélica.

Vaya, otra que me dice lo mismo que Carlos. En el fondo, no sé qué se creen todos.

A las tres, cuando regresamos, el director me dice que deje de hacer la burra y me vaya al médico, que otro me sustituirá.

Sé que debo ir al médico porque este dolor empieza a ser insoportable, pero dudo sobre si volver a la consulta de Javier o ir a la mutua del colegio. Finalmente, como no me apetece pasarme la tarde haciendo cola en una sala de espera abarrotada, decido ir a la consulta de Javier que, además, queda muy cerca de la escuela.

Cuando la secretaria de Javier le informa de que estoy allí, él la hace acompañarme para que pase a su consulta. Solo verme, me vuelve a plantar dos besos y me pregunta:

—¿Va todo bien? Álvaro no me ha avisado de que ibas a venir. ¿No te acompaña hoy? —me acribilla a preguntas.

Le respondo a la primera y omito la siguiente.

—Desde hace unos tres días ha empezado a doler más que en las anteriores visitas.

—Esto no es normal. ¿Te estás tomando el último antiinflamatorio que te di? Era más fuerte que el primero.

—Lo empecé hace tres días...

—¿Cómo? —me pregunta como si no me hubiera escuchado bien.

—Pues que no lo he estado haciendo del todo bien... —reconozco.

—Pues, siento decírtelo, pero la verdad es que esto tiene mal aspecto —me regaña antes de añadir—: Vamos a ver en las placas qué puedo ver y decidimos. Acompáñame, por favor.

Le sigo por el pasillo de la consulta, está serio y no hace ningún comentario.

Después de mirar lo que debe comprobar, volvemos a la consulta.

—Deberás coger la baja para poder hacer reposo, como mínimo durante tres días. Y debes tomarte esta medicación o este dolor se volverá crónico.

—¿Crónico? —pregunto asustada. Eso no me gusta nada.

—Sí. Y ahora te lo digo muy en serio.

—De acuerdo. Dame la baja y la medicación.

—Regresa el jueves y decidimos si te doy el alta, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias. Dime cuánto te debo, por favor.

—No me debes nada, lo único que debes hacer es hacerme caso, por favor.

—Muchísimas gracias, doctor Ruiz. Volveré el jueves.

—Javier. Llámame Javier.

Me da dos besos y me da recuerdos para Álvaro, como si yo lo fuera a

ver.

Cuando su secretaria me da hora para el jueves, regreso a la escuela para contarle a mi jefe que me ausentaré durante tres días y aprovecho para despedirme de mis niños.

Vuelvo a casa preocupada, no me ha gustado que me diga que puede ser crónico.

Cuando llego a casa, y como cada lunes, llamo a mi pequeña Carla.

—¡Hola, *tieta*!

—¡Hola, cielo!

—¿Sabes que te quiero mucho? —pregunta muy zalamera.

—¿Se puede saber qué quieres?

—¿Yo? —pregunta haciéndose la ofendida.

—Vamos, suéltalo ya.

—Me gustaría ir a verte.

—¡Eso es genial! —digo loca de felicidad.

—Y...

Ahora es cuando me asusto.

—Quiero que me lleves al concierto de Justin Bieber. *Porfiiiiii...*

—¿Cuándo es?

—En dos semanas.

—Pero cielo, esas entradas deben de estar agotadas desde hace meses.

—Sí, pero a una amiga de clase le han dicho sus padres que si vende las entradas y no va al concierto, le comprarán la moto el año que viene, y ella prefiere tener la moto. Por eso me vende las entradas. ¿Las puedo comprar?

—¿Lo has hablado con mami?

—Ella dice que si tú me pagas las entradas y me llevas, me deja ir.

Y yo pienso que mi querida hermana es tan participativa como siempre.

—Pues cómpralas. Enviaré el dinero a la cuenta de tu madre mañana por la mañana. ¿Cuánto debo ingresar? —pregunto.

—Trescientos euritos.

—¿Qué? —pregunto incrédula, ¡esto es carísimo! ¡Adiós a mis pocos ahorros!

—Es que están muy bien ubicadas.

—Ya pueden estarlo, son carísimas.

Me callo, escucho su silencio y le hago sufrir un poco.

—No lo sé, Carla...

Me callo un poco más.

—Es que hay un problema —le digo.

—Jolines, ¿y ahora qué?

—Pues que no tengo ninguna camiseta de Justin.

—Pero yo te puedo dejar las mías —dice en tono suplicante.

Y ya no la hago sufrir más.

—Está bien, vayamos.

—Gracias, *tieta*, eres la mejor. Te dejo que debo llamarle y decirle que mañana se las compro.

—Adiós cielo, te quiero.

—Y *yoooo*.

Me siento feliz al saber que mi sobrina debe de estar brincando por toda la casa.

Decido comerme un yogur y poner un rato la tele. Elijo un programa de cotilleos para ponerme un poco al día del mundo del corazón, porque cuando las chicas hablan, nunca sé a quién se refieren.

Sin embargo, la calma dura poco ya que a los cinco minutos escucho que llaman a la puerta. No me puedo creer que la señora Margarita venga a quejarse del ruido del televisor, si ni siquiera lo escucho yo.

Abro la puerta con una sonrisa que se me congela al instante. Álvaro está en la puerta con una mirada muy, muy seria.

—¿Se puede saber a qué estás jugando?

—No necesito que vengas a regañarme.

—Déjame pasar —ordena en vez de pedirlo.

Y sabiendo que la señora Margarita llamará a la policía si me ve por la mirilla discutir con este pesado, abro para que pase.

Pienso en el beso que no le ha dado a mi mano.

Mirando la tele me pregunta.

—¿Ves este tipo de programas?

Yo, que no estoy para tonterías, le digo:

—¿Qué quieres?

—Javier me llamó para decirme que estabas en su consulta. Sabía que no me habías avisado y por la gravedad de la situación, prefirió avisarme. Estaba en una reunión y no he podido salir hasta ahora.

—No tenías por qué molestarte y venir hasta aquí.

—Pero, ¿se puede saber por qué no estás haciendo lo que debes?

—Mira, no tengo que darte ninguna explicación, creo que te has tomado muy a pecho lo de mi mano, pero es problema mío. No te preocupes si crees que voy a denunciarte o algo así, no lo voy hacer.

Cuando digo todo esto, me callo y me arrepiento de mis palabras. Él no pierde la esperanza y me tiende una bolsa de un restaurante muy conocido de la ciudad.

—Te he traído algo para cenar. Solo te pido que hagas reposo y si quieres perderme de vista, pórtate bien y el jueves, cuando Javier te diga que todo está correcto, no volverás a verme. No tengo miedo a que me denuncies ni nada de eso, tan solo quiero que el daño que te causé se cure tan rápido como sea posible.

—Perdóname por hablarte como te he hablado —digo en tono de arrepentimiento—. Estoy preocupada porque Javier me ha dicho que este dolor podría ser crónico y no me ha gustado nada.

—Te ha dicho que estás a tiempo de curarlo y que, con reposo y con la medicación correcta, el jueves estarás bien.

De repente, me echo a llorar.

—Eh, deja de preocuparte. No llores.

—Es que me duele muchísimo ahora mismo.

Me abraza para que deje de llorar y coge mi mano para darle el beso que aún le debe. Entonces, cuando ve que estoy más tranquila me dice:

—Voy a poner la mesa. Me quedo a cenar.

Se levanta y se dirige hacia la cocina. Le escucho moverse por ella, abriendo armarios, cerrándolos, cogiendo cubiertos y a los pocos minutos, aparece y me tiende una mano.

—Venga, cenemos algo.

Entro en la cocina y veo que ha preparado la mesita con una comida que tiene una pinta estupenda.

Cenamos mientras nos contamos un poco de nuestra vida profesional. Yo le cuento que trabajo en la escuela Sensat desde hace dos años y que estoy con mis niños de tercero.

Él, en cambio, me cuenta algo mucho más interesante. Tiene una empresa que fundó él solo en un pequeño despacho de un barrio cercano al que yo vivo. Se trata de una consultoría para empresas con problemas. Acuden a él y a su equipo para salir de baches o pozos en los que se han metido. Actualmente, tiene diferentes oficinas por toda España, parte de Europa y están empezando a expandirse por Asia. Me deja alucinada.

Cuando terminamos, él se levanta y mete todos los platos en el lavavajillas. Yo me vuelvo al sofá siguiendo su sugerencia y a los cinco minutos aparece con dos tazas. Para él ha preparado un café con leche y a mí me ha traído una tila, que bebo sin rechistar mientras miramos la tele juntos.

Cuando acabamos, regresa a la cocina para meter las tazas en el lavaplatos. Se acerca y me dice:

—Métete en la cama, me marchó. Pero antes, si quieres que no vuelva a las ocho de la mañana, dame tu teléfono. Quiero llamarte.

—Eso es coacción, ¿lo sabes?

—Sí. Dámelo —me dice con el móvil en la mano.

—Está bien.

Le doy mi número al pesadito y ya contento me dice:

—Muy amable, señorita. Métete en la cama.

Entonces, me coge mi mano vendada y me da un beso deseándome buenas noches. Veo cómo se levanta, se pone su chaqueta y sale por la puerta.

El martes, cuando despierto, ya no me duele tanto. Decido ducharme y desayunar tranquilamente.

Lo primero que hago es conectarme a internet para hacerle el ingreso a mi hermana para que Carla pueda comprar las entradas.

Sobre las once suena mi móvil. No tengo guardado el número pero inmediatamente sé que es él.

—¡Hola! ¿Cómo estás hoy?

—¡Hola! La verdad es que me duele mucho menos, aunque aún duele bastante.

—¿Te has tomado la medicación?

—Sí.

—¿Te estás portando bien? ¿Estás tranquilita?

—Sí, estoy corrigiendo unos cuentos divertidísimos que han hecho mis niños.

—Bien, me alegro de que estés más animada. Sobre las doce vendrá a verte Magda.

—¿Magda?, ¿Tu asistenta?

Sí, te traerá algo de comida que ha preparado para ti y te ayudará con

lo que necesites.

—Pero no es necesario, puedo hacerme algo yo, cualquier cosa.

—Recuerda tu promesa.

—Está bien.

—Pórtate bien, nena.

Y cuelga. ¿Me ha dicho nena? Me quedo pensativa unos segundos hasta que llaman a mi puerta.

Abro y veo a una mujer menuda, cargada con un montón de bolsas.

—¿Es usted la señora Martina? —me pregunta.

—Sí, soy yo.

—Soy Magda, el señor Álvaro me envía.

—Adelante, algo me ha dicho.

—¿Puedo pasar a la cocina?

No quiero ser grosera con esta señora, pero me parece bastante absurdo que tenga que venir a cuidarme y por eso le digo:

—Mira, Magda, no hace falta que te molestes. Te agradezco todo esto, pero puedo apanármelas sola.

—No puedo marcharme. El señor Álvaro se enfadaría muchísimo conmigo.

Sé que si hago que se marche la pondré en un apuro así que, desisto. Ella se da cuenta y empieza a moverse por la casa.

—A la una tendrá lista la comida. Ahora, ¿por dónde quiere que empiece?

—No hace falta que recojas nada, Magda.

—Puedo plancharle toda esta ropa —señala la ropa que hay en un tendedero cerca de la ventana.

—Haz lo que quieras —vuelvo a desistir.

Esta mujer es igual de pesada que su jefe.

A la una, como una rica sopa que me ha preparado. Después me tumbo en el sofá, donde me quedo dormida hasta las cinco. Cuando me despierto, veo que la casa está limpia como una patena. Magda ya está recogiendo sus cosas para irse y se acerca a mí.

—Si no necesita nada más, me voy. He dejado la cena lista para cuando llegue el señor Álvaro. Solo tendrán que calentarla.

—Gracias por todo, Magda.

—No hay de qué, es mi trabajo. —Y se marcha.

Que Magda haya preparado la cena para los dos significa que Álvaro

pretende venir de nuevo. No puedo resistirlo y decido cambiarme la ropa cómoda que llevo por algo un poco más elegante.

A las seis suena mi móvil. Es Angélica.

—¡Ey, lesionada! ¿Cómo va la cosa? —me saluda.

—¡Hola! Pues la verdad es que me he pasado el día durmiendo.

—¡Qué suerte la tuya! Yo he estado con tus demonios durante gran parte del día.

—Pero si son un encanto —le digo recordando a mis enanos.

—Lo serán para ti.

— ¿Solo me llamas para criticar a mis peques? —le pregunto cansada.

—Sí, y también para saber cómo va tu maravillosa historia de amor.

—Angélica, hoy estás muy tonta. ¿De qué maravillosa historia de amor hablas? Porque yo veo de todo, menos amor.

—Porque te empeñas en llevar esa coraza tuya tan dura. Debes empezar a confiar. Por suerte, no todos son como el cretino de tu ex.

En ese instante, llaman a la puerta. Voy a abrir, estoy irritada por las tonterías de Angélica. Cuando abro veo a Álvaro en la puerta y tiene cara de cansado, aún así, debo reconocer que está muy guapo.

Le saludo en silencio mientras sigo escuchando el sermón de Angélica. Él se acerca, me coge la mano y la besa. Después, camina hacia el comedor donde espera paciente a que cuelgue el teléfono.

—¡Eh!, ¿sigues ahí? —me pregunta Angélica al otro lado de la línea cuando nota que ya no la sigo.

—Sí, estoy aquí.

—Lo que a ti te pasa es que no estás sola. Estás con él, ¿verdad? —acierta a preguntarme.

—Vamos, déjalo ya. Si necesitas algo del colegio me llamas; sino, no vuelvas a hacerlo. El viernes te veo. Adiós.

No le doy tiempo a replicar y cuelgo entre suspiros, pensando en lo plasta que es Angélica cuando quiere.

Me quedo en silencio observando a Álvaro, que está distraído con la contraportada del libro que estoy leyendo. Y por su cara de guasa veo que se está riendo de la novela romántica por lo que, rápidamente, se la quito de las manos y me siento junto a él.

—Interesante novela —dice en un tono que no sé si es de guasa, aunque intuyo que sí.

Entonces, le contesto tan solo con una sonrisa.

—¿Qué tal va esa mano?

—Mucho mejor.

—¿Seguro? —pregunta mientras levanta una ceja para que no le mienta.

—Sí. Seguro, pesado.

—¿Y qué tal con Magda? —pregunta otra vez.

—Muy bien. Cocina fenomenal, pero no hacía falta que viniera a limpiar la casa. ¿Tan mal ves mi pisito?

—¡Ja, ja! —se ríe de mi comentario y añade—. He traído unas películas por si te aburres pero, pensándolo bien, no sé si te van a gustar... basándome en tus preferencias, claro —dice mientras señala hacia mi novela.

—¿Quieres dejarme en paz? —le pido.

En ese momento, reviso las películas que me trae. Son malísimas para mi gusto, pero hay una que sí que me gusta.

—Hace tiempo que quiero ver esta —le digo.

—Ponla... podemos verla juntos.

«Dios, ¡alerta, alerta!». Álvaro quiere ver una película en mi casa, en mi sofá. Me pongo tensa y él lo nota.

—Estoy cansado, no me apetece invitarte a salir, prefiero ver una película —se defiende.

No sé a qué se refiere con lo de invitarme a salir y me pongo aun más tensa.

—Tampoco voy a meterte mano, no sería justo, no estamos en igualdad de condiciones —bromea—. Ponla antes de que me duerma.

Hago lo que me pide, pero sigo estando muy, pero que muy tensa. Hacía mucho tiempo que no vivía esta situación.

Poco a poco, y gracias a la película, me voy relajando. Nos reímos un montón y me encanta cuando le veo troncharse. Diría que es la primera vez que le veo sonreír tan abiertamente y debo reconocer que está guapísimo.

Cuando acaba la película le digo:

—Supongo que querrás cenar lo que ha preparado Magda, ¿verdad?

—*Mmmm...* Sí, por favor —me dice.

—Pues vayamos a la cocina, anda.

Cenamos encantados la maravillosa cena que nos ha preparado Magda, que está riquísima.

Durante la cena, Álvaro me comenta:

—Mañana viajo a Bilbao y no regresaré hasta el jueves. Llegaré justo a tiempo para acompañarte a la consulta de Javier.

—No es necesario que me acompañes, puedo ir sola.

—Quiero acompañarte.

—Vale —sé que no vale la pena discutir con este cabezón.

Noto que Álvaro está cansado, pero no le comento nada hasta que terminamos de cenar.

—Vete ya... Es tarde y se ve que estás cansado.

—¿Me estás echando?

—No, tonto, pero deberías ir a descansar. Yo he dormido todo el día y ahora me siento fenomenal.

—Ya lo veo —dice ruborizándome.

Entonces se despide con su habitual beso en mi mano y lo acompaño hasta la puerta.

—Te llamo mañana, nena —añade antes de cerrarla.

Cuando me quedo sola pienso en lo que estoy haciendo. Esto no va bien, me ha vuelto a llamar nena.

El miércoles sigo estando de baja, pero ya no me duele la mano apenas. Me muero por ir a trabajar, pero no podré hacerlo hasta el viernes.

Sobre las once llega Magda cargada de bolsas de la compra.

—Pero, Magda, ¿otra vez aquí? ¿Y qué es todo esto?

—Hola, señora Martina. El señor Álvaro me pidió que viniera hoy también y que trajera lo necesario para la comida y la cena.

—Ya me imagino. Ya hablaré yo con él...

—Pero no le vaya a regañar, él solo quiere que usted haga reposo.

Sonrío a Magda que no quiere que regañe Álvaro, como si este no supiera defenderse solito.

Sobre las tres de la tarde me llama.

—¡Hola! ¿Qué tal?

—Bien, pero dime, ¿por qué has vuelto a mandar a Magda? —le pregunto un poco exasperada.

—Porque aún debes hacer reposo —responde tranquilamente.

—Ya, pero no necesito que venga cada día.

—Déjate cuidar, ya que yo no puedo estar allí.

«Ainsss», ¿qué me está diciendo? Me estoy poniendo muy nerviosa y por eso prefiero cambiar de tema.

—¿Qué tal tu viaje?, ¿estás ya en Bilbao?

—Sí, en un rato tengo la primera reunión.

Entonces, empezamos a hablar de su viaje y de lo que hace allí mientras yo me relajo escuchándolo. A los veinte minutos, nos despedimos.

—Pórtate bien, nena. Adiós.

Otra vez nena. Esto lo tengo que cortar cuanto antes, no puede ser.

El día acaba tranquilo y al fin, recibo un mensaje suyo en el móvil sobre a las diez de la noche.

*«Ya he conseguido llegar a la cama. Voy a descansar.
Buenas noches, nena».*

No le contesto.

El jueves, a la misma hora que el día anterior, Magda vuelve a aparecer por casa. Ya no le digo nada, que ambos hagan lo que quieran.

A la dos del medio día me llama Álvaro.

—¡Hola! Acabo de aterrizar en la ciudad pero no me va a dar tiempo de pasar a recogerte por tu casa para ir a la consulta de Javier. ¿Puedes coger un taxi?

—¿Por qué voy a coger un taxi, que es carísimo, si puedo ir con los ferrocarriles hasta allí? —le pregunto, ya que no acabo de entender la manía que tiene con que no coja el transporte público.

—Coge un taxi, te esperaré en la puerta —dice sin aclarar la respuesta a mi pregunta anterior.

Me cuelga el muy mandón. Decido despedirme de Magda, que no sé qué hace sacando tanto brillo al baño.

—Magda, muchas gracias por todo. Voy a recoger el alta médica y así mañana podré volver a trabajar.

—Me quedaré hasta las cinco, si no le importa —dice tendiéndome la mano.

—Claro que no.

Y tras despedirnos, salgo de casa y me dirijo hacia los ferrocarriles. No le voy a hacer caso al mandón y coger un taxi, cuando lo que me sobra hoy es tiempo y no dinero.

Cuando llego a la calle donde está la consulta de Javier, Álvaro está en

la puerta, hablando por teléfono. Pone mala cara cuando ve que llego andando y yo espero a que cuelgue para entrar con él.

—¡Hola! —me saluda y me besa, como siempre, en la mano vendada. Por suerte, hoy me quitarán la venda y espero que deje de hacer esto, que no sé si me encanta, o no.

—Hola, ¿entramos? Me muero por recoger el alta —le digo ansiosa.

Él sonrío, pone los ojos en blanco y me deja pasar primero. Cuando entramos, la secretaria de Javier nos acompaña a su consulta. Como siempre, el doctor me da dos besos y a Álvaro le planta un abrazo.

—¿Qué tal, Martina? —me pregunta Javier.

—La verdad es que mucho mejor, ya no me duele apenas.

—¿Seguro? —me pregunta mientras a Álvaro se le dibuja una sonrisa.

—Sí, seguro. ¿Es que acaso nunca me vais a creer? —digo dolida.

—Pues si ya no te duele, quitaré el vendaje y te daré el alta. Si quieres, puedo hacerla para el lunes.

—No, gracias. Mañana quiero ir a trabajar.

Entonces me quita la venda y tras una conversación de pádel en la que yo no entiendo nada, nos despedimos. Besos y abrazos como siempre.

Entonces, pienso muy ilusionada en que ahora sí que ha llegado el momento: *bye, bye*, Javier. Espero no tener que volver a verle más.

Cuando salimos Álvaro me dice:

—¡Qué bien! Ya estás mejor.

—Sí —sonrío feliz.

—Tengo el coche en el parking subterráneo.

Entonces, me paro en medio de la calle y le digo:

—Álvaro, quedamos en que si me daban el alta, ya no serías tan pesado conmigo. Así que ve tranquilo, yo me voy a mi casa.

—¿No puedo ni siquiera acompañarte?

—No pierdas el tiempo conmigo. Hazme caso.

Me mira y no dice nada.

—Gracias y adiós —digo finalmente.

Le dejo solo allí, en medio de la calle, mirando cómo huyo de él. Prefiero sentir pena por él ahora, antes que hacerlo por mí dentro de un tiempo. Es algo que debía hacer, y ya está hecho.

El viernes, cuando me levanto, salto de alegría de la cama. Por fin voy

a ir a trabajar.

Cuando llego a la escuela, los niños se lanzan como una avalancha sobre mí. Se nota que me han echado de menos tanto como yo a ellos durante estos tres días.

Cuando llega la hora de comer, las chicas vienen a buscarme para salir. Lucía no está con nosotras, ya que tiene el día libre porque mañana se casa.

Una vez estamos sentadas, Angélica empieza su ataque.

—Bruja, cuéntanos qué te traes entre manos con Álvaro.

—Escuchad, prefiero no hablar de él. No ha pasado nada entre nosotros y no va a pasar nada—me defiendo.

—Pero, ¿de verdad eres tan tonta? Se nota que está colgado por ti, ¿y vas a dejarle escapar? —añade Emma.

—Chicas, vosotras no le conocéis. Él tampoco está interesado en mí, se sentía en deuda conmigo por lo de la mano. Ahora que ya estoy bien, cada uno sigue su camino. ¿De acuerdo? —les digo intentando zanjar el tema.

—Pero, ¿por qué dices que no le interesas? —pregunta Angélica.

—Lucía me contó algo y por lo que sé, él tampoco tiene trato con otras mujeres. No sé el motivo, ni tampoco me importa. Así que, dejémoslo aquí.

Emma, que nota rápidamente que me estoy enfadado, cambia de tema veloz centrándose ahora en la boda de Lucía.

El viernes acaba como siempre, con las prisas de todo el mundo. Yo llego a casa encantada de poder descansar.

Hoy, sábado, me levanto muy pronto porque es la boda de Lucía y tengo que hacer mil cosas antes de irme. Pero lo que realmente me apetece hacer antes que cualquier otra cosa es salir a correr por el parque de la Ciutadella. Hace dos semanas que no voy y siempre me resulta muy relajante.

Después de correr durante algo más de una hora, por fin me siento desahogada y decido pasar a visitar a mi querido Carlos.

—¡Hola, Carlos! —le saludo animada.

—¡Qué bien verte por aquí! ¿Estás mejor? —me pregunta.

—Sí, por fin está todo controlado.

—Cuéntame lo último —y sin más, le cuento todo con pelos y señales.

Me gusta desahogarme con él, aunque después me diga lo mismo que las otras tres brujas que tengo por amigas.

—Martina, este tipo es un caballero, ¡cógetelo!

Me río por la expresión de cógetelo, pero vuelvo a decirle que no y, aunque pone mala cara, no me incordia más.

Entonces me dice:

—He de contarte algo —y al momento sé que se trata de algo bueno porque su cara le delata.

—Suéltalo ya, por favor.

—Sí, mi ex vuelve con mis hijos a Barcelona. Se ha separado de su novio y se instalará aquí con sus padres.

—¿En serio? Eso es genial, los podrás ver mucho más.

Me tiro encima de él y le abrazo. Me alegra muchísimo la noticia.

—¿Te ha llamado ella para contártelo?

—Sí, hecho que me sorprendió gratamente.

—Es genial, Carlos. Me muero por conocerlos.

—Pues parece que será pronto —dice con cara de felicidad.

—Álvaro, ¡perdón! Digo, Carlos... —y aunque lo corrijo pronto, ya es demasiado tarde y Carlos se troncha con mi error.

—Ay, ese subconsciente... Qué malas pasadas nos juega —se mofa.

—Que no, solo me he equivocado, perdón. Te iba a decir que debo irme ya, esta tarde se casa Lucía y aún tengo que preparar mil cosas.

—¡Es verdad! Pásalo muy bien y dale un beso de mi parte a Lucía y a su maridito —añade.

Entonces, nos despedimos hasta el próximo sábado.

Después de hacer todas las cosas pendientes que tenía, por fin empiezo a arreglarme. He decidido ponerme un vestido largo de color rojo, con escote tipo palabra de honor y cuando por fin estoy lista, cojo un taxi hasta la Catedral del Mar.

Al llegar, todo el mundo está dentro ya y entro corriendo en busca de Angélica y Emma, que están situadas justo al principio de la iglesia, en la parte de la novia.

La ceremonia, como siempre, me parece un aburrimiento, pero siento

un poco de envidia al ver lo enamorados que parecen estar Néstor y Lucía.

Cuando acaba la ceremonia, en la puerta de la catedral les tiramos arroz y pétalos de rosa y, de repente, noto que alguien me está tocando el hombro. Me giro veloz y descubro que es Alberto, que me mira sonriendo.

—¡Hola, Alberto!

—¡Hola, Martina! —me saluda y me planta dos besos.

—Tal vez nosotros seamos los siguientes —añade el muy ingenuo.

Y yo no sé si reír o llorar por lo que me acaba de decir.

Intento pedir socorro con la mirada a las chicas, cuando veo que aparece Álvaro. Entonces, me coge de la mano y me aparta hacia un lado, aunque antes saluda a Alberto.

—Buenas tardes, Alberto.

Y hablando mucho más flojo me dice junto al oído:

—Me ha parecido que pedías socorro.

Dios, qué guapo está con ese traje, es mucho más elegante que los que lleva a diario.

—Estás preciosa con este vestido —vuelve a decirme.

Sigo muda. No puedo ablandarme, no puedo.

—Tú también —por fin abro la boca y después añado—. Pero tengo que irme, Emma y Angélica me esperan.

Y salgo corriendo, volviendo a huir de él.

Los invitados nos dirigimos a un restaurante situado en las afueras de Barcelona, cerca de la playa. Durante la celebración, intento evitar a toda costa a Alberto y a Álvaro. Más tarde, me doy cuenta de que los dos están sentados en la misma mesa, separados por la chica rubia de la cena de solteros del pasado viernes y que sigue mirando con descaro a Álvaro. Me irrito con esta mujer.

Cuando llega la hora del baile, Angélica y Emma están lo suficientemente borrachas como para que les dé igual todo, así que aprovecho para despedirme de Lucía.

—Pero quédate un poquito más —me pide Lucía.

—Sí, me quedo un ratito más, pero me despido ya, por si luego no te veo —miento.

Por suerte, llegan unas primas de Lucía y la sacan a bailar, por lo que se aleja de mí. Entonces, aprovecho y me giro para escaparme de allí, cuando choco con el tronco de un hombre. Nada más olerlo, sé que es él.

—¿Nos vamos ya? —me pregunta.

—Yo sí, tú haz lo que quieras —respondo.

—Me voy contigo, tenemos que hablar —dice con su mirada seria.

Que mal suena el “tenemos que hablar”. No rechisto porque sé que hará lo que le dé la gana y no me apetece montar otra escenita como la de la cena de la despedida.

Como me he quedado muda e inmóvil, me coge de la mano y me arrastra hasta su coche. Una vez allí, abre la puerta del copiloto para que suba.

Después entra en el coche junto a mí y me dice:

—Vamos a ir a mi casa. Necesito estar tranquilo.

—No me apetece ir a tu casa —digo un poco mosqueada.

—Te lo pido por favor.

Me vuelvo a quedar en silencio. Mi cabeza va a mil y mi corazón a dos mil.

No tengo ni idea de en qué parte de Barcelona vive. Es toda una sorpresa cuando llegamos al barrio donde nos conocimos, cerca de mi escuela.

Entramos a un parking subterráneo y subimos a un ascensor. Todo pasa en silencio. Veo que marca el ático.

Cuando entro en su casa, me quedo alucinada, es como de revista. Me parece preciosa, como para mirar y no tocar nada.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta.

—No —contesto.

Entonces, no aguanta más y explota.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? ¿Por qué me evitas de esta manera?

—No me pasa nada. Tú y yo hablamos de que cuando tuviera el alta, me dejarías en paz.

—Pero, ¿tanto te he agobiado? He tratado de que estuvieras bien.

—Pero es que no tienes que intentar nada.

—Mira, Martina, me gusta tu compañía. He visto que eres diferente a las mujeres que suelen acercarse a mí y no he pensado en casarme contigo, aunque sí en pasar más tiempo juntos. Y créeme cuando te digo que eso no es muy normal en mí.

—Cuando hablas de las mujeres que se te acercan, ¿te refieres a la rubia que siempre te persigue en todos los acontecimientos?

Sobre eso último de que no es muy normal en él, debe ser al poco

trato con las mujeres que me contó Lucía, pero no comento nada.

—¿Te refieres a Silvia? Trabaja en mi empresa.

—No me importa —digo a la defensiva.

—Y, entonces, ¿por qué preguntas? —dice un tanto desesperado.

—Bueno, no importa —intento cambiar de tema—. Esta es tu opinión, pero tal vez yo no piense lo mismo, ¿no crees? Tal vez a mí no me apetezca pasar tiempo contigo —digo rotundamente.

—No he notado que no te guste estar conmigo. Reconozco que siempre que puedes huyes, y lo acepto. Eres libre y puedes hacer lo que quieras.

—No, no lo aceptas.

—No voy a discutir. Te he dicho lo que siento. Tú dirás ahora que hacemos.

—Ya te lo he dicho, tú sigue tu camino y yo el mío.

—De acuerdo. Vamos, te llevaré a casa.

—No hace falta, cogeré un taxi.

Salgo corriendo de allí, si me giro, le abrazaré... y me siento fatal.

Cuando llego a casa, me echo a llorar, nunca superaré mis miedos.

El domingo lo paso en pijama y llorando.

Semana 6



El lunes me digo que tengo que cambiar el chip, debo seguir tal y como he vivido estos dos últimos años, está claro que a mi manera, he sido feliz. Además, ahora tengo algunas amistades y todo está tranquilo.

Álvaro lo ha descolocado todo y no voy a llorar más. Tan solo espero no coincidir con él y que él decida hacer lo mismo, por favor.

Cuando llega el viernes, me doy cuenta de que he tenido una semana bastante tranquila. He estado con mis niños y he hecho alguna que otra sustitución en la clase de Lucía, que está de luna de miel en Tailandia. Además, la mano ya no me duele absolutamente nada.

Sin embargo, tengo un carácter de perros, tanto que ni Emma, ni Angélica se me acercan con tal de que no las muerda. Pero es que tampoco las soporto, siempre me recriminan que estoy dejando escapar al amor de mi vida, pero ellas no tienen ni idea de nada. Yo ya tuve una vez un amor de mi vida y fue tan horroroso que no quiero repetir.

No he tenido noticias de Álvaro durante estos cinco días, ni tampoco hemos coincidido por el barrio de la escuela. Acabo el viernes viendo una película de las que se dejó en casa y pienso que, en cuanto regrese Lucía, se las voy a dar para que se las dé a su marido y este, a Álvaro.

El sábado por la mañana salgo a correr y paso a ver a Carlos. Le cuento el desastre de después de la boda de Lucía y la semana tan triste que he tenido.

Él intenta consolarme, se nota que está de muy buen humor desde que sabe que sus hijos vuelven a la ciudad.

Por la tarde, decidido ir a comprar algo de ropa, siempre que estoy un poco deprimida me gusta renovar el vestuario, aunque no siempre puedo hacerlo.

Decido pasear por la calle Portal del Ángel, porque hay diferentes tiendas en las que siempre suelo encontrar cosas que me gustan.

Al poco rato ya no me queda presupuesto y como es temprano para regresar a casa, decido entrar en una cafetería y tomar un café con leche. Grave error.

Cuando me acomodo, noto como un chico que está sentado en una mesa del fondo me observa con cara de asombro. Pienso que es un descarado y decido ignorarlo. Pero después de pedir el café con leche, este se acerca y me pregunta:

—Perdona, pero tú eres Martina, ¿no?

No sé qué contestar. Al final asiento.

—¡Qué agradable sorpresa! No me reconoces, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Soy Lucas, Lucas Prats. Íbamos juntos al colegio de primaria, hasta que en sexto, cuando mis padres se separaron, me vine a vivir aquí.

—¿Eres Lucas? —pregunto incrédula y me alegro un montón. Lucas era un buen amigo, vivíamos muy cerca cuando éramos pequeños y casi siempre íbamos y volvíamos juntos del colegio. Pasábamos muchas tardes jugando en el parque.

Está muy cambiado, ha pasado de ser aquel niño rechoncho a un chico alto y bastante guapo.

—Sí, soy yo —confirma divertido.

Empezamos hablar sobre cómo nos ha ido la vida y yo omito los cinco años de relación con mi ex y paso directamente al hecho de que después de la carrera, y tras la muerte de mis padres, me mudé a Barcelona. Él me cuenta que es escritor y que comparte piso con los mismos amigos de la universidad.

Un rato después intento retirarme, pero él insiste en que vayamos a cenar algo, y no sé por qué acepto.

Vamos a un bar que hay en la Plaza Real y nos sentamos en una mesa pequeña. Me alegra hablar con él, pero no paro de pensar en Álvaro. No tiene sentido, pero le tengo metido en mi tonta cabeza.

—¿Sabes? Siempre estuve enamorado de ti. Cuando me mudé a la ciudad te extrañé muchísimo —dice mientras me acaricia la mano.

Pero no me asusto, pues me doy cuenta de que, aunque lo encuentro muy guapo, no siento nada con aquel contacto.

Me río y me acuerdo de cuando éramos niños. Recuerdo cómo mi

madre salía a la calle para darme la merienda y me plantaba aquel beso tan suyo en la frente.

«Cuánto te echo de menos, mami...».

Entonces, sacándome de mis nostálgicos pensamientos, Lucas insiste en que vayamos a tomar unas copas por el barrio del Raval.

Pero esta vez sí que me planto.

—No puedo más, Lucas. Ha estado muy bien el encuentro.

—Ahora podremos retomar el tiempo perdido —insinúa, pero no le hago mucho caso.

Consigo despedirme de él y regreso a casa. Recordar junto a Lucas mi infancia me pone triste y acabo pasando la noche llorando.

El domingo decido volver a salir a correr y paso a ver a Carlos otra vez.

—¿De nuevo por aquí, cariño? —sabe que estoy mal y me habla con amor.

Le cuento lo de mis compras antidepresivas, mi reencuentro con Lucas y todas las sensaciones que sentí y Carlos me anuncia:

—Debes reconocer que Álvaro ha surtido efecto en ti.

Asiento. No me queda más remedio que reconocerlo y esperar a que se me pase.

Y por ahora, ya he superado una semana sin verle.

Semana 7



El lunes vuelvo a retomar mi ritual de cambio de chip y me digo que nada de hombres mientras recuerdo mi promesa.

A la hora de comer, salimos con Lucía, que aunque está de vacaciones, se muere de ganas de vernos y de refregarnos su maravillosa luna de miel en las costas de Tailandia.

Por suerte, tiene que contarnos tantas cosas, que suspiro aliviada por no ser el foco de atención de esas tres brujas. Pero eso no dura mucho tiempo, ya que Lucía ataca de nuevo preguntándoles directamente a Emma y Angélica.

—¿Ha tenido esta cara de amargada durante toda la semana pasada?

Las dos asienten.

—Pues por lo que cuentan, la cara de Álvaro es igualita a la tuya. Ayer estuvimos con unos compañeros de trabajo de Néstor y nos contaron que Álvaro está intratable, que se encierra en su despacho y no sale ni para ir a comer —cuenta Lucía.

—Con razón no le hemos visto durante estos días —dice Emma comprendiendo de golpe la ausencia del chico.

—Mira, Martina, deberías replanteártelo —dice Lucía.

—¿Replantearme el qué? Si tú misma me contaste que él no tiene trato con mujeres —me defiendo.

—Pues parece que contigo es diferente. Sino, ¿por qué está que muerde? —añade Lucía.

—Porque tendrá otros problemas —vuelvo a defenderme.

—Pero reconoce que tú eres uno de ellos —ataca Angélica.

Suspiro desesperada pero, por suerte, es hora de volver a clase.

A las cinco, y ya de camino a casa, me encuentro con uno de mis pequeños alumnos mientras cruzo un parque infantil. Está jugando distraído mientras su padre habla con otro hombre.

—Seño... seño... mira lo que hago —dice el pequeño Nicolás jugando con unos patines.

Yo le aplaudo y me río.

De pronto, veo que el padre de Nicolás se dirige hacia mí para saludarme, me tiende la mano y me presenta a su acompañante.

—Hola, señorita Martina —dice el padre de Nicolás.

—Hola, señor Nadal —saludo mientras le tiendo la mano.

—Te presento a un gran amigo —dice señalando a Álvaro y añade—. Álvaro, esta señorita es Martina, la profesora de Nicolás.

Álvaro extiende la mano y yo también.

Me observa con su mirada seria pero yo solo intento sonreír.

Tras las presentaciones, les digo que voy con un poco de prisa y que debo irme. Entonces, me despido con un beso de Nicolás y salgo corriendo. Tengo el corazón a tope, pero he logrado escapar.

A los pocos metros, noto como una mano me aprieta y me para. Es él que, con su mirada seria, me observa fijamente. Finalmente dice:

—No soporto esto. Necesito verte.

—Álvaro, todo esto ya está hablado.

—No es cierto, quiero que me des tu verdadera opinión.

—De acuerdo, lo haré, pero no aquí ni tampoco ahora —sé que el padre de Nicolás nos está observando y no quiero montar ningún numerito.

—Pues dime dónde y cuándo.

—No lo sé... El fin de semana.

—Imposible... Inaguantable. Esta noche. En tu casa.

—Vale —acepto para acabar con esto lo antes posible.

Sigue sujetándome con fuerza y como ya está más tranquilo, me suelta, pero antes me da un beso en la mano.

No insiste en acompañarme a casa porque sabe que lo dejaré allí plantado.

Voy casi corriendo a buscar los ferrocarriles.

No sé por qué he accedido, no le quiero contar nada. Tan solo quiero llegar a casa pronto para poder meditar qué le voy a decir.

Lo primero que hago al llegar a casa es llamar a mi sobrina, como cada lunes, así también podré calmarme un poco.

—¡Hola, *tieta*! Quedan cuatro días y veintitrés horas.

—¿Para qué? —digo haciéndome la tonta.

—¿Cómo que para qué? ¿Estás loca? ¡Para el concierto del siglo!
—me aclara.

—Oye, cielo, vendrás el viernes ¿no?

—Sí, mami me llevará a la estación cuando salga del insti.
—Vale, te esperaré en la puerta de siempre, en Paseo de Gracia.
—¡Qué bien! Hace dos días que no duermo, estoy súper nerviosa.
—Pues intenta descansar, cielo, o llegarás muerta al concierto.
—El viernes nos vemos... Te quiero.
—Y yo a ti.

El tiempo ha pasado demasiado rápido. Solo puedo ducharme y arreglarme un poco. Justo al salir de la habitación, llaman a la puerta y sé que es él.

Abro y lo veo con su mirada seria.

Noto que se ha duchado y se ha cambiado de ropa y yo solo pienso en lo guapísimo que está.

Entra y me espera de pie en el comedor. ¿Está nervioso o me lo parece? No para de tocarse el pelo y aún no ha abierto la boca. Finalmente, lo hace.

—Mira, Martina, yo... te pido disculpas por lo del otro día. Sé que te abordé sin tener en cuenta tu opinión e interpreté cosas que tal vez tú no piensas, ni sientes.

Al ver que empieza con buen pie, me aflojo un poco y añado:

—Yo también te pido disculpas. Sé que a veces no soy muy agradable, pero creía que teníamos un trato.

—Acepté ese trato porque quería quedarme contigo en ese momento, fue un acto de desesperación.

—Yo no quiero tener una relación —le confieso sin tapujos.

Me mira.

—¿Ni siquiera conmigo?

—Con nadie.

—Antes de conocerte, también estaba seguro de que tampoco quería una relación.

No sé a qué se debe referir con esto, pero no sigue. Solo dice:

—¿Pero podemos ser amigos?

—Eso me parece bien, pero debo confesarte que no se me dan muy bien las amistades.

—¿Por qué dices eso?

—Tal vez algún día te lo cuente.

—Entonces, ¿amigos? —me dice.

—Amigos —afirmo.

Las cosas quedan así... y nos miramos como se supone que se miran los amigos.

Le invito a cenar algo. Improviso una cena un poco sosa, pero él no se queja. Pasamos el rato relajadamente y cuando acabamos, él es quien decide despedirse.

—Bueno, me voy. Mañana tengo un vuelo a las cinco de la mañana.

—¿Que coges un avión a las cinco y aún estás aquí despierto? —le pregunto alucinada.

—Sí, ya dormiré en el avión —dice tan tranquilo.

—¿Y adónde vas?

—Voy a Shanghái para inaugurar unas nuevas oficinas. Estaré fuera hasta finales de esta semana.

—De acuerdo. Que tengas un buen viaje —le digo ya en la puerta.

—Nos vemos cuando vuelva.

Entonces, hace eso que me encanta: Me da un beso en la mano.

El martes tengo una extraña sensación. Estoy contenta por haber hecho las paces con él y por que todo esté un poco más claro. Pero siento que me estoy engañando un poco.

El miércoles como con las chicas, al parecer Lucía ha discutido con Néstor y quiere explicárnoslo.

—Pero si a los once días de casarnos ya discutimos, ¿cómo va a ser dentro un año? Creo que mi matrimonio está en crisis.

—Es una pequeña discusión. No exageres —intento calmarla.

—Y tú, ¿por qué estas tan contenta? —me ataca Lucía.

Entonces les cuento a las chicas lo de mi reencuentro con Álvaro y lo de que hemos quedado en ser amigos. Omito alguna parte de la historia porque sino ellas me machacarán con sus opiniones.

De repente Lucía me pregunta:

—Así pues, ¿sabes que está de viaje?

—Sí, en Shanghái.

Automáticamente me pongo en alerta. ¿Por qué me dice eso?

—¿Y que está con Silvia? —vuelve a preguntar.

—¿Quién es Silvia? —pregunto delatando mi inseguridad pero

intentado disimular que no sé quién es.

—La rubia cañón que estuvo con él durante mi cena de despedida y también en la boda. Cuentan las malas lenguas de la empresa que ella está perdidamente colgada de él y que de vez en cuando, se ven a solas.

—Pues eso no lo sabía, pero tampoco tenía por qué decírmelo, ¿no?

—Ni tampoco por qué escondértelo, ¿no? —dice Emma, sembrándome aún más la duda.

—¡Pero a ella qué más le da! Solo quiere ser su amiga —me defiende Angélica.

Pero inevitablemente, me siento insegura durante el resto de la semana.

Por suerte, el viernes llega rápido y mi sobrina ya está conmigo. Cuando la recojo en la estación, me doy cuenta de lo guapa y mayor que está, de cómo la echo de menos y de la rabia que me da no poder disfrutar de ella día a día, como antes.

Decidimos ir a merendar un chocolate con nata a una cafetería de la Rambla.

Desde la ventana vemos a los mimos y nos encantan. Me pone al día de la vida de Justin Bieber, de la de su madre y de la de ella. Yo, en cambio, le cuento cosas de mi trabajo y ella se queja de lo aburrida que soy.

Cenamos unas pizzas en casa y nos pasamos la noche hablando y escuchando canciones de Justin. Mi sobrina quiere que me documente y vaya a tope al concierto.

El sábado, a las diez de la mañana ya estamos haciendo cola en el Palau Sant Jordi. No entiendo por qué hay que ir tan pronto si nuestras entradas son para asientos numerados. Pero según ella, Justin puede aparecer en cualquier momento para saludar a sus fans.

Sin embargo, esto no pasa y entramos a las cuatro al interior del recinto.

A las seis y media, con retraso para más inri, empieza el concierto.

A la tercera canción ya estoy un poco cansada. Miro mi móvil y veo que se ilumina. Es una llamada y me sobresalto al ver que es Álvaro.

Lo cojo, pero no se escucha nada, evidentemente.

Pero al segundo me llega un mensaje al móvil.

«¿Estás en un concierto de gritos a las seis de la tarde?
Acabo de llegar de Shanghái. ¿Cenamos?»

Le contesto al instante:

«Concierto de Justin Bieber con sobrina adolescente. No
puedo cenar, estaré con ella».

A los treinta segundos me contesta de nuevo.

«¿Cenamos los tres?»

Le contesto:

«No estoy segura si quiero que te conozca»

Y continúa.

«¿Te avergüenzas de mí? ¿A qué hora os recojo?»

Al final acepto.

«Es que ya sé qué opinión tendrá mi sobrina de ti. Sobre las
nueve creo que acaba. Estamos en el Palau Sant Jordi».

Contesta rápidamente.

«Os espero en la puerta norte. Besos, nena».

Intento concentrarme en las canciones y al final me lo paso genial solo
de ver la cara de felicidad de mi pequeña Carla.

Cuando acaba el concierto, me abraza loca de emoción.

—Tengo hambre —me dice.

No me extraña en absoluto, no ha comido nada en todo el día por
culpa de los nervios del concierto.

—¿Quieres que cenemos con un amigo mío?

Me mira con asombro y finalmente dice:

—¿Tienes novio?

—¡Ja, ja! —me río y le aclaro—. Carla, solo es un amigo, ¿de
acuerdo?

Ella asiente y yo le vuelvo a preguntar:

—¿Te apetece que cenemos con él?

—Claro que sí. ¿Es guapo?

—Ufff —exclamo haciéndole entender que no mucho. Pero sé que le
va a encantar.

Salimos por la puerta norte y, apoyado en su coche, le veo esperando
en doble fila con su seria mirada.

—Está allí, vamos corre —le digo a mi sobrina.

—¿Es ese?... *Tieta*, ¡pero si esta cañón! —yo vuelvo a hacer un bufido que significa que no es para tanto.

Él nos ve y camina hacia nosotras. Va vestido con ropa informal.

—¡Hola! —dice acercándose mucho a mí.

—Hola. ¿Qué tal el viaje? —le pregunto.

—Muy largo —contesta tajante pero sin dejar de mirarme.

—Esta es mi sobrina Carla. Él es Álvaro —hago las presentaciones.

Él le tiende la mano y mi sobrina se lanza y le planta dos besos. Pero mira que es descarada.

—¿Qué tal el concierto? —le pregunta.

Carla toma carrerilla y se pone hablar por los codos sobre lo maravilloso que es Justin Bieber.

Entonces intento salvar la situación y digo:

—Deberíamos ir a cenar ya, se está haciendo tarde.

—He reservado mesa en el restaurante de un amigo, espero que os guste.

Subimos los tres a su coche. Cuando arranca, sin que lo espere me acaricia la pierna y me pregunta por la mano y por mi semana. Le digo que todo ha ido muy bien y omito que me han estado comiendo los celos desde que me enteré de que la rubia pesada estaba con él. Deseo preguntarle con quién ha ido, pero prefiero hacerlo en otro momento.

Llegamos a uno de los súper-restaurantes más exclusivos de la Avenida Tibidabo, donde hay unas vistas espectaculares de la ciudad de Barcelona.

—¡Ah, no! Lo siento, Álvaro, pero yo no me puedo permitir una cena aquí. Y, además, ¿tú has visto cómo vamos vestidas? —le regaño y le señalo nuestras camisetas con la cara de Justin estampada.

—Por favor, sois mis invitadas y estáis guapísimas así.

Carla, emocionada por el lugar, desea bajar del coche cuanto antes.

—Pues a mí me parece estupendo. ¡No seas tan aguafiestas, *tieta*!

—Escucha a tu sobrina, parece muy sensata.

Noto que ya se la está ganando y si sigue así, no tardará mucho más.

Al final desisto.

Entramos en un salón precioso y nos sentamos en una mesa pequeña con unas vistas increíbles, donde degustamos una comida exquisita.

Carla está encantada con todo y le encanta conversar con Álvaro, que

responde paciente a todas sus preguntas.

—¿Y por qué eres amigo del dueño del restaurante?

—Porque sus padres y los míos son viejos amigos.

—¿Tus padres son viejos?

—¡Carla! —la regaña y añade—. Acábate el postre y descansa la lengua un rato.

Por fin hace un poco de caso, aunque solo sea porque un chico de la mesa de al lado no para de mirarla y ella opta por comportarse de forma muy seria y muy digna. Álvaro y yo nos damos cuenta y nos lo decimos todo con la mirada. Sin embargo, no tarda mucho en volver a poner en marcha su lengua.

—Jolin, *tíeta*, me quedaría contigo para siempre.

—Cielo, sabes que puedes venir cuando quieras —le digo con todo mi amor.

—¿Hasta qué día te quedas? —pregunta Álvaro.

—Hasta mañana... Imagino que sobre las cinco cogeré el tren que va hacia mi pueblo.

—¿Está muy lejos?

—No, unos cuarenta y cinco minutos de tren —contesta.

—Si quieres, tu tía y yo podemos acercarte en coche.

—No lo creo... Mi tía no pisa el pueblo ni loca —dice, y se queda tan ancha.

Álvaro me observa extrañado y yo le miro con mi habitual cara de tonta.

—Ya me gustaría que de vez en cuando viniera a visitarnos —vuelve a añadir.

Álvaro no quiere preguntar, pero sé que se da cuenta de que lo que dice mi sobrina no tiene mucho sentido.

Intento zanjar el tema.

—Álvaro, no te molestes, en tren irá bien —digo tajante.

—De eso estoy seguro. ¿Qué plan tenéis para mañana? —acierta a preguntar.

—Yo quiero ir a pasear por el parque de la Ciutadella y visitar a Carlos.

—¿Y quién es Carlos? —pregunta curioso.

—Carlos es un amigo especial de mi tía, ¿verdad? —dice Carla con una gran sonrisa.

Podría decirle que tan solo es un amigo, pero al notar cómo se ha tensado al escuchar eso de un “amigo especial de mi tía”, prefiero dejarlo con la duda.

En ese momento, sale un señor vestido de cocinero y se dirige hasta nuestra mesa.

—¡Álvaro, amigo!

—Juan, muchísimas gracias por todo. La cena, como siempre, buenísima —le dice.

Álvaro se levanta, abraza al dueño del restaurante y rápidamente, nos presenta a las dos.

—Ella es Martina y su sobrina, Carla.

Me levanto, le tiendo la mano y mi sobrina me imita a la perfección.

—Me ha encantado eso de los peta-zetas, ¡es una pasada!

Los dos hombres se echan a reír.

—Ya podemos ir, ¿me acompañáis? —le dice el cocinero a Álvaro.

—Claro que sí —contesta—. Chicas, Juan quiere enseñarme una parte nueva del restaurante. ¿Nos acompañáis?

Las dos asentimos y nos levantamos encantadas.

Seguimos a Juan por los elegantes pasillos del restaurante.

Álvaro me dice al oído:

—Esto le va encantar a Carla.

Le miro extrañada.

Al final, llegamos a una sala donde hay un grupo de unas quince personas cenando. Juan se dirige a uno de los chicos que nos da la espalda y que lleva una gorra. Le dice algo, este se levanta y viene hacia nosotras con una sonrisa. Mi sobrina se pone a chillar casi al momento y yo estoy muy emocionada.

—Ay Dios, ¡ay Dios!... si es él... ¡Me muero!

El chico, que no entiende ni papa de español, se ríe como si comprendiera lo que dice.

—*Hi Carla, How are you?*

—*Bien, fine... thank.*

—*I have been told that you're a big fan.*

—No puedo hablar y pensar en inglés... Necesito que me ayudéis, por favor —nos dice Carla.

—Dice que le han contado que eres una gran fan —traduce Álvaro.

—Dile que soy su mayor fan.

Justin la mira divertido por cómo se mueve Carla y por la emoción que desprenden sus ojos.

—¿Did you like the concert?

—Me ha encantado... Ha sido un sueño.

Y ambos continúan hablando siguiendo las traducciones de Álvaro.

Estoy que no me lo creo, Álvaro acaba de convertirla en la adolescente más feliz de la tierra y no puedo estarle más agradecida.

A los diez minutos nos despedimos, después de cientos de fotos y autógrafos, pero debemos dejar que sigan con su cena. Al salir de la sala donde estaba Justin y su equipo, Carla se abalanza sobre mí y me dice:

—*Tieta*, muchísimas gracias.

—Lo siento cielo, pero yo no tengo nada que ver con todo esto —le digo mirando a Álvaro.

Entonces se tira en sus brazos, lo besuquea y se lo agradece. Álvaro intenta apartarla y añade:

—Ha sido gracias a Juan.

Y Carla, ni corta ni perezosa, se tira a los brazos de Juan y le besuquea como ha hecho con Álvaro segundos antes.

Finalmente, nos vamos del restaurante y Álvaro nos acerca a casa.

Aparca en doble fila, anunciando así que será una parada rápida. Entonces, baja del coche para despedirse de nosotras.

Carla vuelve a tirarse a sus brazos. Está que no se lo cree... Ha podido conocer a su ídolo y jamás lo olvidará.

—Muchas gracias, Álvaro. Gracias a ti he cumplido mi sueño. Espero volver a verte pronto.

—Ha sido un placer, señorita. Yo también espero verte pronto.

Entonces, él se acerca a mí, me da un beso en la mano y me dice:

—Te llamaré.

—Gracias por esta noche.

Y nos alejamos hacia el portal.

Nos metemos juntas en la cama, hoy estamos agotadas. Carla sigue nerviosa, ha sido un día muy intenso para ella y me dice:

—*Tieta*, Álvaro es espectacular... Me cae genial. ¿Por qué no sois novios?

—Porque somos amigos.

—Pero él está loco por ti...

—¿Ah, sí? —pregunto alucinada por la afirmación.

—¿Acaso no has visto cómo te mira? —dice, aunque yo solo recuerdo que se ha ido con la rubia a Shanghái, que no me lo ha dicho y que eso es porque me oculta algo, seguro.

—Venga, intenta dormir. Es muy tarde y mañana no querrás levantarte pronto para ir a ver a Carlos —zanjo el tema.

Finalmente, se duerme y yo me quedo pensando en Álvaro, para bien o para mal.

Al día siguiente, después de pasear por el parque de la Ciutadella, llegamos al chiringuito de Carlos.

—Ey, guapetona, pero si estás muy mayor.

—¡Hola, Carlos!

—¡Qué ilusión veros por aquí! ¿Qué os contáis?

Entonces, Carla le cuenta lo del concierto, la cena con Álvaro y lo de las fotos y autógrafos de Justin.

Carlos, alucinado, me dice:

—Ya veo que ahora sois dos las que estáis enamoradas de ese misterioso chico.

Carla suspira y añade:

—Sí.

Yo la miro alucinada y me río.

Por la tarde, cuando recibo la llamada de Carla para decirme que ya está en casa, me meto en la cama. Estoy cansadísima después del fin de semana vivido con y como una loca adolescente.

Semana 8



El lunes al mediodía salgo a comer con las chicas. Lucía ya se ha vuelto a incorporar. Hablamos de nuestros fines de semana y por fin, tengo algo interesante por contar. Les cuento lo del concierto y lo de la cena.

—Chica, qué suerte, has pasado de tener los fines de semanas más aburridos del mundo a los mejores —dice Angélica sin pelos en la lengua.

—¡Qué bien! Este chico es muy majo —dice Emma.

—¿Y ya le has preguntado por qué no te dijo que se iba de viaje con Silvia? —dice Lucía alimentando mis inseguridades y desconfianzas.

—Pues la verdad es que no —le digo victoriosa.

—Claro que no, muy bien Martina, no le motes numeritos de celos tan pronto —dice Angélica.

No sé el porqué, pero cambiamos de tema y puedo dejar de pensar un rato en Álvaro.

A las cinco veo un mensaje en el móvil, es de esta mañana, pero no me acordado de mirarlo hasta ahora.

«He pensado en venir a verte sobre las siete. ¿Te apetece?».

Le contesto un rápido:

«Sí. Estaré en casa».

Y, al momento, me entra un nuevo mensaje.

«Por fin, pensé que se te había tragado la tierra y que estabas en plena huida de las tuyas. A las siete estoy allí. Besos, nena».

No le contesto. Me deja tan descolocada cuando me llama así...

Antes de llegar a casa decido pasar por el supermercado y comprar algo para preparar la cenar para los dos, ya que supongo que hoy también se quedará.

A las siete menos diez aparece Álvaro. Va vestido con un traje y lleva la corbata floja.

—¡Hola, nena!

Se acerca a mi mano y la besa... Debo reconocer que cuando hace eso

me encanta.

—¡Hola!

—He pensado que tal vez, te vendría bien un poco de mi humilde compañía después de la visita de tu preciosa sobrina. Por cierto, es un encanto de niña.

—Es un amor... Muchísimas gracias por hacernos tan felices a las dos.

—No sabía que a ti también te gustaba tanto Justin.

—No seas tonto, ya sabes a qué me refiero.

Estoy aguantándome para no preguntarle por la rubia cuando me pregunta:

—¿Qué te pasa?

Y de repente le suelto:

—¿Con quién estuviste en Shanghái?

—¿Perdona? —responde.

O no entiende mi pregunta, o se hace el tonto muy bien.

—¿Que con quién fuiste? —repito la frase más lentamente para que me conteste exactamente lo que yo quiero.

—Con unos compañeros de trabajo —responde.

—¿Solo?

—¿Esto es una escenita de celos? —me dice levantando una ceja.

Lo fulmino con la mirada, pero debo reconocer que sí, lo es. Angélica no estaría nada orgullosa de mí y hago nota mental para acordarme de no contárselo.

—Y tú, ¿has visto a Carlos estos días?

Me sorprende con la pregunta, pero le digo:

—Carlos es mi mejor amigo.

—Ya —dice.

—¿Cómo que ya? ¿Por qué no me dijiste que te acompañaba la rubia que siempre está contigo?

—¿Que siempre está conmigo?

Me está poniendo nerviosita que me responda a todo a modo de pregunta.

—Sí, la he visto más de una vez contigo.

—Silvia es una más de mi equipo y no te dije que iba con ella, como tampoco te dije que Pablo y Lorenzo también venían.

—No es lo mismo. Ellos no te tocan el pelo como ella.

—¡Ja, ja! —se ríe, mofándose de mí.

Pero cuando se da cuenta de que a mí no me hace ninguna gracia, añade:

—Las veces que has visto a Silvia conmigo ha sido en actos de amigos donde todos dejamos lo profesional para la oficina.

O sea, que cada vez que esta tipa no está en su horario de oficina, te ronronea como una gata en celo, pienso yo.

—Ja, ja —se vuelve a reír y me dice—. Mañana vuelvo a marcharme de viaje. Voy a Berlín y me acompañan Lorenzo y.... —hace un paréntesis— y Pablo.

Será cretino. Haciéndose el interesante, pero claro, le he dado razones.

—Y tú, ¿me vas a contar algo sobre Carlos?

—Es una historia un poco larga, te la contaré otro día.

—De acuerdo, pero, ¿puedo estar tranquilo por ahora?

—Que sí, pesado —me defiendo.

Y cambiamos un poco de tema.

—Volveré de Berlín el viernes para poder llegar a la cena de Nochebuena al día siguiente en *la Vall d’Aran*, junto a mi familia. ¿Dónde vas a pasar tú las Navidades?

«¡Oh, oh!» No sé si ahora le va a gustar mi respuesta.

—Con Carlos.

—¿Me tomas el pelo?

—No... Ya te he dicho que Carlos es mi mejor amigo y estos dos últimos años hemos pasado las Navidades juntos.

—Está bien. El viernes, cuando regrese, podemos celebrar juntos una cena previa de Nochebuena. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

—Tú no te preocupes por nada, le pediré a Magda que nos prepare algo.

—Estupendo... Seguramente estará riquísimo.

Después de nuestra pequeña escenita, preparo algo para cenar y cuando acabamos, él se despide y se marcha con un beso en mi mano.

—¡Buenas noches, nena!

La semana pasa rápida y tranquila. Carlos me ha dicho que él se

encargará de preparar toda la comida para estas fiestas y eso me facilita mucho las cosas. Así que, solo tengo que encargarme de corregir los últimos exámenes del trimestre.

El miércoles, antes de acostarme recibo un mensaje de Álvaro.

«¿Cómo estás? ¡Yo ya tengo ganas de que llegue el viernes!».

Le contesto al momento.

«Bien, a punto de dormirme. Yo también tengo ganas de que sea viernes y poder empezar las vacaciones de Navidad».

Le escribo esto, aunque realmente le hubiese escrito: Te echo de menos, me muero por que sea viernes para estar contigo y besarte. Y entonces, me duermo regañándome por pensar estas cosas.

El jueves salgo con los del trabajo para celebrar la cena de Navidad. Vamos a un local cutre y en cuanto podemos, las chicas y yo nos escaqueamos del grupo. Salimos corriendo a otro local de moda para tomar una copa y en el que está el marido de Lucía con otros compañeros de trabajo de la empresa de Álvaro.

Cuando me miran, algunos de ellos se tensan.

Yo me acerco a Néstor para preguntarle el motivo.

—Néstor, ¿por qué me miran así estos tipos?

—Cuentan las malas lenguas que eres la novia de Álvaro y claro, eso impone.

—Pero no lo soy, tú lo sabes.

—Pero sois muy buenos amigos, ¿no?

—Sí, eso sí. Pero...

—Eso impone igual.

Me doy por vencida, y tras acabar la primera y última copa, cojo un taxi y me voy a casa, así por lo menos, esos hombres podrán empezar a divertirse.

El viernes comienzo las vacaciones de Navidad tras despedirme de los

pequeños y de mis compañeros de trabajo, durante dos semanas.

A las cinco me llama Álvaro.

—¡Hola, nena!

—¡Hola!

—El vuelo va con retraso, espero llegar a las nueve. ¿Te importa coger un taxi e ir hacia mi casa? Te esperaré allí.

—De acuerdo.

—Por favor, coge un taxi.

Qué pesado con controlarme hasta ese extremo.

Para esa noche decido estrenar la ropa que me compré la tarde de depresión en la que me reencontré con mi viejo vecino Lucas.

Opto por un vestido negro muy abierto de espalda y me hago un recogido informal. A continuación, salgo de casa y decido coger un taxi.

A las nueve llego a la puerta de la casa de Álvaro y mientras estoy abriendo el monedero, el portero del edificio paga la factura y me invita a salir. Cuando entramos en el vestíbulo me da las llaves de casa de Álvaro.

—El señor Álvaro llamó para comunicarme que se iba a retrasar un poco y le pide que le espere en su apartamento.

Y pienso qué es lo que debe de entender este hombre por apartamento, porque si viera mi piso, hablaría de trastero entonces.

Me acompaña hasta el ascensor, entro y marco la tecla del ático.

Cuando llego al rellano, me da apuro abrir la puerta, pero decido hacerlo. Entro y me quedo igual de maravillada que la primera vez. Veo que Magda ha dejado la mesa preparada y un papel con las instrucciones de las cosas que faltan. Decido ponerme manos a la obra para cuando llegue Álvaro.

Enciendo el horno y espero a que se caliente, así que paseo por el comedor.

Me gustan las fotos que tiene y me llama la atención la de una chica. Es guapísima, muy diferente a mí y tengo miedo de que sea alguien especial para él.

Al fondo encuentro una puerta corredera que da a una terraza. Me quedo maravillada cuando la abro y veo que hay una pequeña piscina en medio y unas vistas espectaculares de Barcelona.

Sobre las diez menos cuarto de la noche, mientras observo cómo se calienta el pollo, escucho la puerta y por el pasillo aparece Álvaro.

—Hola, ¡qué bien huele! Siento lo del retraso...

En cuanto me ve, se para en seco y dice:

—*Uau...* Estás preciosa.

Y se acerca hacia mí y hace eso que me encanta... Me besa la mano.

—No importa, he aprovechado para seguir las instrucciones de Magda.

—¡Estupendo! Me ducho muy rápido y vuelvo.

—De acuerdo.

A los cinco minutos, y con el pelo aún mojado, lo tengo de nuevo a mi lado en la cocina.

Va bien vestido, aunque algo más informal que siempre, y va descalzo.

Me pregunta por la semana y en ese instante me suena el móvil.

—¡Hola, Carlos!

Veo como Álvaro frunce el ceño al escucharme.

—¿Ah, sí? Eso es genial —pausa—. No... gracias, ya sé que es muy importante que estéis los cuatro juntos estos días —pausa de nuevo—. No te preocupes, te prometo que no estaré sola. Nos vemos el día treinta y uno. Que *síiiiiiiii*... —pausa—. Feliz Navidad para ti también.

Y cuelgo.

—¿Qué pasa, nena?

—No, nada... era Carlos.

—Sí, eso ya lo sé. ¿Qué te ha dicho?

—Sabes que no se deben escuchar las conversaciones ajenas, ¿verdad? —intento regañarle para intentar desviar el tema.

—Te ha dicho que hay un cambio de planes y tú le has dicho que no importa, ¿verdad?

Tendría que haber ido a hablar al comedor, pienso.

—Sí, pero no importa, tengo otros planes.

—¿Sí?— pregunta irónico.

—Sí —e intento fundirlo con la mirada para que me deje en paz.

—Cuéntamelos —me desafía.

—Bueno, aún no los tengo, pero ya me apañaré —le digo.

—Mañana te vienes conmigo a *la Vall d'Aran* —afirma él solito aunque yo no lo tengo tan claro.

—No lo creo —le digo.

—Si no vienes, me quedo contigo —me dice.

—No seas pesado y ve a ver a tu familia, seguro que se mueren de

ganas de verte.

—Pues sí, pero les voy a llamar ahora mismo para decirles que no iré. Si no me acompañas, me quedo contigo.

Se dirige hacia su móvil, pero pienso que es un farol. Sin embargo, él se acerca para que pueda escuchar la voz de su madre que grita de felicidad al escuchar a su hijo.

—¡Hola, mamá! —pausa—. Bien... —pausa—Sí, mañana... Pero te llamaba para decirte...

Le hago un gesto para indicarle que él gana y que iré con él y su familia.

—No, mamá, no es nada malo... Es solo que vendrá una buena amiga conmigo —pausa—. Sí... solo una buena amiga —pausa—. Vale ya, mamá... Mañana lo hablamos —pausa—. Yo también. Buenas noches mamá.

Cuelga y me mira con una gran sonrisa. Entonces me dice:

—Te va a encantar mi familia. Mi madre es un poco pesada, pero te tratará bien.

—Podré soportar a otro pesado.

—¿Eso va por mí? —pregunta incrédulo mientras se ríe.

—Noooo... —miento irónicamente.

—¿Qué día volveremos? —le pregunto.

—¿Aún no nos hemos ido que ya quieres volver?

—No es eso, es que el día de Nochevieja tengo una fiesta con las chicas en casa de Angélica.

—No te preocupes, estaremos aquí si quieres. Yo empiezo a trabajar el día dos, pero podemos venir y asistir a la fiesta.

—¿Es que piensas venir conmigo?

—Pues sí, ¿tienes algún inconveniente?

Finalmente, pongo los ojos en blanco y desisto.

Mientras preparamos la cena, me cuenta cosas de su familia y yo ya estoy histérica. Cenamos el delicioso manjar que nos ha preparado Magda y nos sentamos a saborear unos turrónes en el sofá. Me siento cómoda allí.

Después de acabar con la cena y los turrónes, Álvaro quiere enseñarme el resto de la casa. Tiene tres dormitorios, todos con baño, cada uno más grande que el anterior. Su habitación es la más acogedora y, aparte del baño, tiene un enorme vestidor que me deja muerta. Está todo muy bien colocado, y yo, imagino mis cosas colocadas allí también y tiemblo. Álvaro

nota que me encanta esa parte y me dice: —Podría abrir otra puerta que diera al otro dormitorio y convertirlo en vestidor solo para ti.

Trago saliva, sonrío como una boba y le golpeo para que no diga tonterías. Espero que no note cómo se me iluminan los ojos.

Después me enseña su despacho, que tiene el tamaño de dos pisos como el mío. Tiene un estilo serio y todo está muy ordenado. Vamos, lo contrario a mi mesa de comedor que utilizo como mesa de trabajo.

Todo es amplio y moderno, pero para mi gusto, tiene demasiado aire masculino y se nota que no hay mucha vida en estas paredes.

Se ha hecho tarde y debo ir a casa.

—Tengo que marcharme, mañana estaré lista a la hora que quieras salir.

—Si quieres puedes quedarte a dormir, elige una habitación.

—No, prefiero ir a casa. Debería preparar la bolsa, imagino que hará mucho frío por allí.

—Algo más que aquí, sí. Te llevo a casa.

—No hace falta, cogeré un taxi.

—Venga, vamos.

Como siempre, es absurdo discutir con él.

Bajamos al parking y durante el camino me dice:

—Te recogeré a las nueve. Quiero que me acompañes a un sitio antes de salir de Barcelona. Luego iremos hacia el pueblo de mis padres.

—Vale.

Nos despedimos como siempre: yo le digo adiós y él me besa la mano.

Cuando entro en casa me planteo la idea de huir para que Álvaro no me encuentre mañana y pueda dormir ininterrumpidamente durante mis dos semanas de vacaciones. Me parece un plan apetecible, pero ya no estoy a tiempo.

Me levanto a las siete de la mañana, me ducho y desayuno. Después me preparo una bolsa con ropa, pero no sé que llevar. Acabo justo cuando suena el timbre de casa.

—¡Hola, nena! —dice besándome la mano y añade—. ¿Has desayunado?

—Sí, ¿y tú? —le pregunto.

Él asiente.

—¿Estás lista?

Le señalo mi equipaje.

—Perfecto. ¡Vamos!

Cuando salimos de casa nos dirigimos a una tienda gourmet. Álvaro me pide que le ayude a escoger una gran cesta para regalársela a Magda por Navidad. Me parece una excelente idea.

Elegimos una preciosa con un montón de comida buenísima y con un montón de dulces para sus hijos, ya que según me acaba de contar Álvaro, tiene dos pequeñines.

Además, saca un sobre con una invitación para cuatro personas a un buen restaurante para el día de Navidad y donde veo que también hay algo de dinero.

Álvaro quiere que, por lo menos, un día al año no tenga que ocuparse de cocinar.

Me encanta ver ese lado de Álvaro y ver lo ilusionado que está con este regalo.

Cuando acabamos de hacer la compra, un chico nos la carga en el coche y le digo a Álvaro:

—Creía que se la iban a enviar directamente.

—No, prefiero hacerlo en persona y despedirme de ella por estas vacaciones y, si hay suerte, veremos también a los dos enanos. Te apetece acompañarme, ¿no? A mí, me encantaría —dice con esa cara que sabe poner para que nunca le niegue nada.

—Claro. Magda me cuidó muy bien los días que estuvo por casa.

Después de un rato en el coche, llegamos a un barrio de las afueras de Barcelona.

Imagino lo mucho que debe de tardar cada día en llegar de su casa a la de Álvaro y me compadezco de ella, ya que conozco el transporte público de la ciudad.

Entramos en un edificio un poco deteriorado y subimos hasta el cuarto piso por la escalera, ya que no hay ascensor.

—Llama a la puerta, por favor —me pide, ya que él va cargado con la enorme cesta.

Lo hago encantada y de repente, una niña de unos seis años abre la puerta.

Me mira y mira la enorme cesta, pero a Álvaro no lo ve porque queda oculto tras la misma.

—¿Trabajas para Papá Noel? —me pregunta la niña.

A Álvaro se le escapa una risotada y entonces ella se acerca para ver quién es. Al verle, se engancha en su pierna y grita contenta:

—¡Álvaro! Mamá, es Álvaro.

De repente, aparece Magda con otro pequeño en brazos.

—¡Hola! Qué sorpresa. Pasad por favor.

Entramos en el piso, es pequeño y está lleno de cosas de niños por todas partes.

Cuando Álvaro consigue dejar la gran cesta en una mesa, coge a la pequeña en brazos y le hace cosquillas. La criatura se deja hacer y el pequeño, que está en los brazos de su madre, quiere venir conmigo. Lo cojo encantada y la niña, que aún sigue en los brazos de Álvaro dice:

—Este es mi hermano, se llama Leo y tiene tres añitos.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —le pregunto.

—Yo me llamo Alba y tengo seis años. ¿Y tú? —me pregunta muy decidida.

—Me llamo Martina.

—Álvaro, ¿es tu novia? —le pregunta directamente mirándole muy seria.

Magda, un poco abochornada, pide a Alba que, por favor, no sea tan pesadita. A lo que Álvaro contesta:

—No, solo somos buenos amigos. Aunque no me importaría que quisiera ser mi novia —añade mirándose.

Me pongo roja como un tomate, Magda sonrío como una tonta y la niña se enfurece.

—Eh, ¿qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara? —le pregunta Álvaro al ver la mala cara de la pequeña.

—Porque estoy enfada.

—¿Conmigo? —pregunta alucinado.

—Sí.

—¿Y por qué? —le dice con cariño.

—Me dijiste que cuando yo fuera mayor serías mi novio.

Jolines con la niña... Apunta maneras, pienso.

—Sí, pero creí que a ti te gustaba Rafael.

—Sí, pero no es mi novio.

—Pues eso es lo que me pasa a mí con Martina.

Parece que la acaba convenciendo aunque yo no he entendido nada.

Pasamos un rato jugando con los pequeños cuando Magda me dice flojito:

—Me alegra verte con él, se le ve tan feliz a tu lado...

—Gracias, Magda —me quedo impactada con esas palabras que salen de una mujer que lo conoce muy bien.

De repente, Álvaro se desengancha de Alba y me dice:

—Nos tenemos que ir ya, Martina, o no llegaremos a la cena de Nochebuena.

Nos despedimos y le prometemos a la pequeña que volveremos pronto, a lo que ella me dice:

—No seas su novia. Ya lo seré yo cuando sea mayor.

—Lo tendré en cuenta, Alba —le digo.

Álvaro se ríe, Magda la regaña y yo la quiero matar.

Salimos en dirección a *la Vall d'Aran*.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunto.

—¿Sabes conducir? —me mira extrañado

—Claro, no es tan difícil —digo sorprendida.

—Pero no tienes coche, ¿no?

—Pues no, en la ciudad no me hace mucha falta.

—Mejor.

—¿Mejor? —no entiendo por qué dice eso.

—No hace falta que conduzcas, ya lo hago yo —y zanja la discusión.

Él tiene esas cosas, tan rotundo como cabezón. En fin...

—¿Ponemos música? —pregunto al rato.

—Tendrás que poner la radio porque cogí el USB el otro día para cargarlo pero no he pensado en volver a traerlo aquí.

Entonces, empiezo a tocar la radio hasta que suena una canción de Carlos Baute y Marta Sánchez que me pone un poco tierna y que siempre me ha encantado.

Inevitablemente, empiezo a tararear y poco a poco comienzo a cantar.

Álvaro pone los ojos en blanco y finalmente, sonrío.

No me da vergüenza que me escuche, pero es que no lo entiendo, es escuchar esta canción y ponerme así de tonta.

*Quizá no fue coincidencia encontrarme contigo,
tal vez esto lo hizo el destino.*

Quiero dormirte de nuevo en tu pecho,

*Y después me despierten tus besos.
Tu sexto sentido sueña conmigo,
sé que pronto estaremos unidos.
Esa sonrisa traviesa que vive conmigo,
sé que pronto estaré en tu camino.
Sabes que estoy colgando en tus manos,
así que no me dejes caer.
Sabes que estoy colgando en tus manos...*

*Te envió poemas de mi puño y letra
Te envió canciones de 4.40
Te envió las fotos cenando en Marbella
Y cuando estuvimos por Venezuela
Y así me recuerdes y tengas presente
Que mi corazón está colgando en tus manos
Cuidado, cuidado
Que mi corazón está colgando en tus manos*

*No perderé la esperanza de hablar contigo
No me importa que dice el destino
Quiero tener tu fragancia conmigo
Y beberme de ti lo prohibido
Sabes que estoy colgando en tus manos
Así que no me dejes caer
Sabes que estoy colgando en tus manos*

*Te envió poemas de mí puño y letra
Te envió canciones de 4.40
Te envió las fotos cenando en Marbella
Y cuando estuvimos por Venezuela
Y así, así me recuerdes y tengas presente
Que mi corazón está colgando en tus manos*

*Cuidado, cuidado(mucho cuidado)
Cuidado, Marta yo te digo
Me tienes en tus manos
No importa que diga el destino
Quédate conmigo
Lo quiero todo de ti
Tus labios tu cariño lo prohibido*

*Te envió poemas de mi puño y letra
Te envió canciones de 4.40
Te envió las fotos cenando en Marbella
Y cuando estuvimos por Venezuela
Y así me recuerdes y tengas presente
Que mi corazón está colgando en tus manos*

*Cuidado, cuidado
Que mi corazón está colgando en tus manos*

Después, saltan las noticias y se pierde toda la magia.
Conduce un rato en silencio hasta que sale de la autovía para ir a un restaurante.

—¿Tienes hambre?

—Sí, mucha —reconozco.

—Bien, pararemos en este restaurante, me gusta venir cuando viajo hasta *la Vall d’Aran*. Te gustará.

La verdad es que el restaurante es precioso. Se trata de la típica masía de campo, restaurada y ambientada como tal y, además, la comida está exquisita.

Estoy un poco nerviosa, sé que falta poco para conocer a su familia y eso me pone histérica. Creo que Álvaro lo nota y empieza explicarme cosas de ellos, pero eso no me relaja porque veo que son una gente muy culta y muy todo. Y eso, con mi autoestima a flor de piel y rozando el suelo, no me ayuda a calmarme.

Me cuenta que su padre era juez y su madre abogada. Ahora ya están retirados y viven desde hace un par de años entre *la Vall d'Aran* en invierno y S'Agaró en verano.

También me explica que tiene una hermana mayor que él, se llama Claudia y está casada con Juan Carlos desde hace muchos años. Según me cuenta, este fue su primer novio y muy jóvenes decidieron casarse. Tienen dos hijos y viven en Girona. Claudia es abogada y su marido ingeniero de no sé qué.

Él los define como gente muy común y corriente y yo me digo que de eso nada.

Cuando llegan los postres, intento cambiar el tema de las familias, porque yo no le quiero contar nada de la mía. La verdad es que no es tan culta como la suya, pero ese no es el problema.

Retomamos el viaje y decido llamar a Carla para desearle unas felices fiestas. De pronto, se conecta el manos libres del coche porque tengo el *bluetooth* activado, y suena en todo el vehículo la voz de mi adorable sobrina que dice:

—¡Hola, tieta!

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás?

—Bien, estaba ayudando a mami a preparar la cena para esta noche. Vendrán la tía María, Rubén y el nuevo novio de mami.

—¡Qué bien, cielo!

—No, a mí me gustaría que vinieras tú y que también estuviera Álvaro —dice con tono triste.

Dios, la voy a matar, pienso.

Y a Álvaro le encanta lo que ha dicho.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, ahora no empieces. Solo te llamaba para desearte unas felices Navidades, cariño.

—Gracias, igualmente. ¿Sabes que soy la envidia del insti? He salido en la revista incluso.

—¿A sí? ¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? Pues porque conocí al mismísimo Justin Bieber. Han publicado la foto en la revista del insti.

—¡Qué bien!

Y de repente, suelta:

—¿Has vuelto a ver a Álvaro?

—Sí —digo mirándolo mientras él sonríe satisfecho.

—Está cañón y además, es súper buen tío —suelta por esa boquita.

Álvaro sonríe y asiente en silencio.

—¿Desde cuándo hablas así? —le regaña.

—Pero, ¿a que es verdad? Reconoce de una vez por todas que a ti también te gusta... Él está loco por ti —afirma rotundamente.

Esta vez, Álvaro no asiente pero sigue sonriendo.

—Vamos, Carla, déjalo ya. ¿Cómo han ido las notas? —intento cambiar de tema.

—Bien, aunque mates un poco justa. Pero es el primer trimestre, después de vacaciones me pondré las pilas y le cerraré el pico al estirado de mi profe.

—Pero bueno, Carla, ¡qué boca! —la vuelvo a regañar.

—*Tieta*, soy mayor y mi vocabulario se amplía.

Entonces, a Álvaro se le escapa una risotada.

—¿Estás con él? —me pregunta histérica. Pásamelo, porfi, que quiero saludarle.

—No... Estoy sola —miento.

—¡Qué va! A mí no me engañas. *Porfa*, déjame decirle solo hola —dice con voz zalamera.

Desisto y con un gesto le doy la palabra a él.

—¡Hola, Carla!

—¡Lo sabia! Hola, Álvaro. ¿Sabes que soy la envidia de mi insti? Han publicado mi foto con Justin —le vuelve a contar a Álvaro.

—¡Qué bien!

—¿Vas a pasar las Navidades con mi tía?

—Sí.

—A mí también me gustaría, pero eso no pasará nunca. La vas a cuidar, ¿verdad? —dice como si fuera mi madre.

—Claro que sí. Estará muy bien atendida.

Como veo que esta conversación puede empeorar todavía más, decido cortarla cuanto antes.

—Carla, cielo, dale besitos a tu hermanito. Pásalo muy bien estos días. Te llamaré pronto.

—Vale.

—Adiós, te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelga.

—No sabía que saltaría el manos libres —me disculpo.

—No importa, ha sido muy divertido.

Pongo los ojos en blanco y Álvaro añade:

—Debes de tener el *bluetooth* de tu móvil activado.

—Así es —digo mirando el móvil.

—¿Sabes? Cada vez que hablo con tu sobrina, me pregunto muchas cosas.

Ya sé por dónde va, e intento cambiar de tema.

—¿Falta mucho para llegar? —digo y al momento me doy cuenta de lo infantil que suena mi pregunta.

Creo que él opina lo mismo.

—En media hora estaremos en casa de mis padres.

Empieza a nevar y miro el paisaje maravillada.

Llegamos a una casa preciosa, muy antigua, toda de piedra y con tejado de madera.

Álvaro aparca en un garaje y con esa media sonrisa que sabe hacer, me pregunta:

—¿Preparada?

Asiento, aunque estoy temblando como un flan y me gustaría salir corriendo a mi casita.

—Puedes estar tranquila, les vas a encantar.

Salimos del coche y Álvaro me coge de la mano. Entramos en la casa y aunque se escucha mucho ruido de fondo, no vemos a nadie en el salón. Nos dirigimos hacia la cocina y allí están todos. Nos acercamos y vemos a todo el mundo moviéndose y hablando.

—¡Hola, familia! —dice Álvaro.

Nadie le escucha y yo me río.

—Familia, ¡ya hemos llegado!

Y nada.

De repente, una niña pequeña se tira a los brazos de Álvaro y todos se dan cuenta de que hemos llegado.

Se hace el silencio, hasta que Álvaro vuelve a hablar:

—¡Feliz Navidad! Ella es Martina.

—Tío, ¿es tu novia? —pregunta la pequeña.

—No, es una buena amiga —dice guiñándole el ojo.

Me presenta a sus padres, Carmen y Miguel, a su hermana Claudia, a su cuñado Juan Carlos, a sus dos sobrinos Hugo —de diez años— y

Georgina —de cinco—. También están sus dos tíos, Susana y Pascual con su hija, Noelia y una amiga de Noelia, Irene.

Todos me besan y me observan curiosos. Me siento un bicho raro. Las miradas de la prima y de la amiga me hielan un poco.

—Tomad, algo caliente —nos dice su madre acercándonos dos tazas de chocolate—. Esta recién hecho —aclara Carmen.

Aún no he abierto la boca, pues reconozco que me estoy escondiendo un poco detrás de Álvaro.

Nos sentamos en una barra que hay en la cocina y Álvaro no me suelta de la mano, cosa que agradezco. Su hermana, su madre, su tía, su prima y la amiga de esta, me miran y se acercan a mí.

Por cierto, estas dos últimas van muy arregladas y muy despampanantes para estar en casa de sus familiares, teniendo en cuenta el frío que hace en el exterior. Incluso diría que van un poco frescas.

Álvaro, al verlas venir, les dice:

—Estamos cansados del viaje, subiremos a ducharnos y a cambiarnos. ¿A qué hora queréis cenar?

—¿Podéis estar listos en una hora? —pregunta Carmen.

—Sí —asentimos los dos.

—Pues entonces, cuando estéis listos empezaremos a cenar. Nosotros también iremos a acicalarnos —dice Carmen.

Nos dirigimos hacia la tercera planta, donde hay dos habitaciones y un baño compartido.

—Elige habitación, el baño lo tendremos que compartir —me informa Álvaro.

Me encantan las dos habitaciones, tienen el techo con la forma del tejado y unas ventanas enormes, desde las que se puede ver el pequeño pueblo nevado.

Maravillada, me quedo embobada y Álvaro me saca de mis pensamientos diciendo:

—También podemos escoger una y compartirla. Por las noches hace mucho frío —dice en broma, o quizá no tan en broma, como si fuera una advertencia.

—Por ahora me quedo con esta —le doy juego mientras señalo una de las dos puertas.

Y se da cuenta porque noto cómo se iluminan sus ojos.

—¿Te duchas ahora? —me pregunta Álvaro.

—¡Vale!

—Cuando estés del baño, avísame, te espero en la habitación de al lado. Utiliza este albornoz si quieres, o no —vuelve a su ataque pícaro.

—Vale —contesto poniendo los ojos en blanco.

Me quedo sola en la habitación, que es tan grande como mi piso. Vuelvo a quedarme pensativa. Pienso en todo este día y me siento bastante bien, Álvaro está tan pendiente de mí que no deja que me bloquee, como suelo hacer.

Me meto en el baño. Hay una ducha y una bañera. Me siento tentada a meterme en la bañera, pues hace mucho que no me preparo un baño. Pero no me atrevo.

El agua está tan caliente que me da pena salir. Cuando lo hago, no veo nada porque está lleno de vaho. Me pongo el albornoz que me ha indicado Álvaro. Salgo del baño y llamo a su puerta. Me abre.

—¿Ya estás? Tenía la esperanza de que me llamaras para poder enjabonarte... la espalda —me dice.

—¡Álvaro! —le regaño.

—¿Quieres pasar? —me pregunta con otra mirada pícaro.

Yo me río, le golpeo en el brazo y salgo corriendo a mi habitación. Media hora después, Álvaro llama a mi puerta. Aparece ante mí muy guapo, con un traje precioso, pero me gusta más él.

Yo he escogido un vestido color cava, bastante largo.

—Estás impresionante —me dice—. Tenemos que regresar abajo, nos están esperando y no sé si voy a poder aguantar más tiempo quieto ante ti. Así que por tu bien, vayamos ya...

Pongo los ojos en blanco, pero su comentario me encanta, para qué engañarse.

Me tiende el brazo, se lo agarro y bajamos las tres plantas de la casa.

En el comedor, todos nos miran y la madre de Álvaro rompe a llorar. Yo me quedo alucinada y él me susurra que no es nada, que es la emoción de una madre, pero yo me siento mal. Tal vez le esté incomodando, y cuando tengo ocasión durante la noche, se lo pregunto.

—Perdona, Carmen, espero que antes no lloraras por mi culpa.

—Oh, sí, chiquilla. Claro que era por tu culpa.

Me quedo helada y ella continúa.

—Gracias a ti, he vuelto a ver a mi hijo sonreír.

Me da un vuelco el corazón al escuchar esas palabras.

—Gracias, Carmen, pero no creo que yo tenga tanto que ver con eso.

—Claro que sí, no sabes el bien que le estás haciendo a él y a todos nosotros.

Y me besa en la mejilla.

Durante la cena, me fijo en cómo la prima de Álvaro y su amiga se pasan la noche chismorreando sobre mí. Que estas dos se mofen de mí me debería dar igual, pero siento cierta vergüenza ante la inseguridad que me provocan. Intento disimular para que nadie se dé cuenta.

La cena ha sido un gran banquete, servido por una pareja que, según me ha explicado Álvaro, son internos en la casa de sus padres desde hace muy poco tiempo.

Me da pena que esa gente nos tenga que servir ese día, cuando deberían de estar también con su familia. Me entristece y siento muchísima nostalgia, al pensar en mis sobrinos y en mis padres, que ya no están. Me doy cuenta de que tengo una noche de aquellas un poco tontas.

Después de cenar, los dos pequeños se van a la cama. Tienen prisa por dormirse y que llegue Papá Noel. Los demás, nos quedamos en el salón tomando alguna que otra copa y un poco de turrón.

La prima de Álvaro se acerca a mí y entablamos una pequeña conversación.

—Hola, Martina.

—Hola, Noelia —la saludo muy educadamente.

—Una pregunta, ¿a qué te dedicas?

—Soy profesora en una escuela de primaria.

—¿De dónde eres?

—De Barcelona.

Pienso en cortar este interrogatorio cuando, de repente, me pregunta:

—¿Estás liada con mi primo?

Casi me atraganto con la preguntita y pienso que es un poco descarada, aunque educadamente le digo:

—Tu primo y yo solo somos buenos amigos.

Entonces, de reojo veo cómo su amiga Irene ronronea cerca de Álvaro explicándole algo y entiendo lo que traman estas.

Siento un poco de rabia y dejándola con la palabra en la boca, me acerco donde está Álvaro. Él, al verme llegar, me tiende la mano y me pide que me siente entre la guapa Irene y él. Eso a ninguna de las dos les hace ninguna gracia pero a mí, muchísima.

Al rato, finalmente, todos decidimos ir a la cama.

Yo subo con Álvaro, que se cuela en mi habitación. Aprovecho la ocasión para contarle la conversación con su madre.

—He hablado con tu madre y me ha dicho que hacía mucho tiempo que no te veía así. Cree que se debe a mí, pero yo ya le he dicho que no lo creo.

Pone mala cara y yo le regaño.

—¿Por qué pones esa cara?

—Porque todos nuestros familiares hablan más de la cuenta.

—¿A qué te refieres? —me imagino que lo dice por la pequeña bocazas de Carla.

—Tu sobrina también me hace creer que no me cuentas todo —confirma mis sospechas.

Pongo los ojos en blanco, pero creo que es hora de que le cuente algo de mi vida. De lo contrario, imagino que él no me va a explicar lo que aún no me ha contado. Así que no me queda más remedio que acceder y le digo:

—Pregunta.

—¿Que pregunte? No, cuéntame lo que tú quieras contarme —dice tranquilamente.

—Vale —digo con toda la seguridad que puedo y cojo fuerzas para empezar.

Nos sentamos en el suelo de la habitación y apoyamos la espalda en la cama.

—Hace dos años que rompí con mi exnovio. Estuvimos saliendo durante cinco años. Desde mis dieciocho hasta los veintitrés. Al mes de la muerte de mi padre... —se me encoge el corazón al recordarlo hoy.

—¿Tu padre falleció? —pregunta con cara triste.

—Sí, y mi madre también.

—Nena, lo siento —acierta a decir y me acaricia la cara.

—No te preocupes, lo llevo mejor, aunque siempre me entristezco al pensar que ya no están aquí —tras una breve pausa, continuo—. Mi madre murió primero, siempre fue una mujer enfermiza, la recuerdo con su bata de estar por casa. Mi padre nos sacó adelante como pudo, trabajaba limpiando los bosques cercanos a mi pueblo y llegaba muy cansado, pero siempre sacaba tiempo para mimarnos, cocinar, cuidar de mi madre y todo las demás cosas que hacía —se me escapa una sonrisa al recordar lo genial que era—. Fue un hombre muy fuerte. Pero un día, un año después de la muerte de mi

madre, cayó enfermo; cogió una neumonía muy fuerte que le obligaba a ir de casa al hospital día sí, día también. Le entraban unos ataques de tos horribles y una tarde, estando con él, murió entre mis brazos al asfixiarse.

Al recordar esto, las lágrimas me caen por la cara y no puedo parar.

—Nena, de verdad... lo siento.

Álvaro me abrazaba con todas sus fuerzas y me hace sentir protegida, como hacía tanto tiempo que no me sentía.

Al rato, me calmo y puedo continuar.

—Al mes de quedarme sola, mi exnovio me propuso irnos a vivir juntos. Como la casa de mis padres se me hacía enorme, acepté. Vivimos juntos una sola semana. Una tarde, llegué por sorpresa antes de tiempo, quería prepararle una cena especial para agradecerle todo su apoyo. Era un chico estupendo, comprensivo, atento, cariñoso. Pero lo que no supe hasta ese día, es que también era muy pero que muy infiel, pues lo pillé con otra en la cama.

—¿En serio? —pregunta incrédulo.

—Y lo mejor de todo fue que esa otra era una de mis hermanas, no la madre de Carla, sino la otra, se llama María.

—¿Qué? —exclama sorprendido ya que no se lo puede creer, aunque no me extraña, yo también tardé mucho tiempo en creérmelo.

—Además, no fue solo sexo de una tarde, sino que llevaban tres años viéndose.

—¿Qué?

Omito su pregunta.

—Todo el mundo lo sabía. Mis amigas, mi otra hermana y casi todo el pueblo, menos yo.

Me mira con ojos tristes.

—Después de enterarme, salí huyendo de mi pueblo y de toda esa gente que no fue capaz de decirme nada. Rompí con todo y empecé una nueva vida en Barcelona, donde conocí a Angélica, Emma y a Lucía. Tras muchos esfuerzos por parte de ellas, empecé a verlas como mis amigas y empecé a confiar en ellas. Luego conocí a Carlos, cada sábado salgo a correr por el parque de la Ciutadella y cuando acabo, suelo tomar algo en la terraza de su cafetería, él me veía triste y yo a él. Al final, un día nos explicamos nuestras penas y nos convertimos en muy buenos amigos. Carlos tiene dos

hijos que no ve desde hace meses porque su exmujer se los llevó a otra ciudad y no le permite visitarlos. Ahora, ella ha vuelto a Barcelona y están pasando la Nochebuena juntos y yo me alegro muchísimo por Carlos, porque se lo merece. Carlos consiguió que volviera a confiar en un hombre. Pero sabía que estaba a salvo porque no sentía nada especial por él. —Cuando le explico todo esto, no me sale ni una sola lágrima. Ya no me queda ninguna.

—Contigo todo ha sido difícil y tengo miedo a romper mi promesa —le confieso.

—¿Qué promesa? —me pregunta un poco extrañado.

—La de que ningún hombre volverá a hacerme daño.

—¡Oh! Martina, yo no quiero hacerte daño. Y también tengo miedo a iniciar una relación.

—Había escuchado algo.

—¿Algo?

—Sí, Lucía me dijo desde un principio que no solías relacionarte con chicas.

—Es cierto —confiesa.

Lo miro, quiero que me lo cuente. Y así lo hace.

—Hace tres años estuve prometido con una chica maravillosa —empieza a explicar su historia, pero siento un escalofrío al escuchar las palabras “prometido” y “chica maravillosa”.

—¿Cómo?

—Llevaba tres años saliendo con mi novia, se llamaba Paula.

—¿Cómo que se llamaba? —preguntó desconcertada.

—Seis meses antes de nuestra boda tuvo un accidente con el coche y Paula falleció dos días después...

—¿Qué? Eso es horrible —se me rompe el corazón.

—Lo fue. En ese momento, era la chica de mi vida. Nos conocimos en la universidad y empezamos a salir. Cuando acabamos la carrera, decidimos casarnos al año siguiente.

—Lo siento muchísimo —es lo único que puedo decir cuando pienso en lo mal que lo debe de haber pasado.

—Después del accidente, decidí alejarme un tiempo de aquí y me mudé a Madrid. Dos años después, ya me sentía más fuerte para regresar y estar cerca de mi familia.

Álvaro ha sido breve explicando su historia y es realmente horrible lo

que me ha contado.

Los dos lloramos abrazados, estamos tan débiles que Álvaro se levanta, me tumba en la cama y se acurruca conmigo hasta que nos quedamos dormidos.

Cuando me levanto al día siguiente, está a mi lado despierto. No estoy segura sobre si la conversación de ayer fue real, pero por su expresión, creo que sí y se me vuelve a romper el alma.

—¡Feliz Navidad! —exclama, y esta vez no me besa en la mano, sino en el cuello. Yo estremezco.

—¿Te apetece bajar y desayunar algo?

—Sí, la verdad es que tengo un poco de hambre.

—Vístete, ahora volveré a por ti.

Sigo metida en la cama durante un rato más, pensando en lo que me dijo anoche de que iba a casarse y creo que es a eso a lo que se refería su madre. Esa chica, Paula, era el amor de su vida.

Llena de inseguridad, me levanto para ducharme rápidamente y cambiarme de ropa.

A los quince minutos aparece Álvaro.

—Vamos, nos están esperando.

Me coge de la mano y llegamos al salón donde todos abren regalos. Están como locos de contentos con sus paquetes, pero yo no he comprado nada a nadie. Nunca me imaginé esta estampa.

De repente, la pequeña Georgina me acerca una bolsita.

—Pone tu nombre, mira: *Maaaaarrrrrrttttiiiiinnnaaaaa* —dice leyendo.

—Gracias —le digo.

—A mí no, a Papá Noel —me aclara.

—Ah, claro, claro.

Álvaro me mira con su bonita sonrisa.

Abro el pequeño paquete, es un collar con un colgante en forma de corazón, está pulido por un lado y tiene un pequeño diamante. Es alucinante, creo que debe de ser bastante caro, pero me encanta el detalle. Aunque no sé si debería aceptarlo, finalmente decido que sí.

—*Graciasssss...* —digo flojito, le beso en la mejilla y le digo apenada— Lo siento, pero yo no tengo ningún regalo.

—El mejor regalo es que hoy estés aquí conmigo.

El hormigueo que me entra en la barriga me hace incluso daño.

El resto del día lo pasamos comiendo y jugando con la pequeña Georgina, que está pendiente de su tío todo el rato.

Los observo y me siento mucho más tranquila en el hogar de su familia, aunque también estoy asustada con esta situación, porque no quiero que se me vaya de las manos. Desde que ya no hay secretos entre nosotros, noto como si hubiera caído el muro que nos separaba y que yo misma había construido.

Álvaro no me quita ojo en todo el día, me toca y me habla constantemente.

Irene no tiene tan buena cara hoy y la prima no se me ha vuelto a acercar.

Por la noche, después de cenar y charlar con la familia, me susurra al oído, con aquel tono imperativo tan suyo.

—Nos vamos a dormir.

Nos despedimos de sus familiares. Unos nos miran muy sonrientes y, en cambio, otras dos no tanto.

De la mano, salimos del comedor y subimos a mi habitación. Nos sentamos como la noche anterior, apoyando la espalda en la cama y de repente, Álvaro me dice:

—Ahora que conozco tu secreto, ¿podrías ser mi novia?

Me río.

Pero veo que me lo está diciendo muy en serio por esa mirada que pone.

—Mira, Álvaro, primero debería superar mis desconfianzas e inseguridades.

—Yo te ayudaré a superarlas, mientras tú también me ayudas a superar a mí el miedo a volver a enamorarme.

—El problema es que me hice una promesa a mí misma.

Noto como se tensa, me mira y añade:

—Ya sé cuál es tu promesa, pero quiero que sepas que yo no soy como ese cretino que te dejó escapar.

Me encantan las palabras que dice. Hay algo dentro de mí que no quiere seguir escuchando porque me siento hipnotizada y no puedo permitirlo, aunque finalmente, desisto y le digo:

—Además, tenemos otro problema.

—¿Sí? ¿Qué problema? —vuelve a mirarme tan serio que casi me río.

—Pues que hay una señorita por ahí que te ha pedido que no seas mi novio.

—¿Te refieres a la hija de Magda? —se ríe—. Pobre diablo el que acabe en sus manos.

—¡Álvaro! —le regaño.

Entonces, se acerca y me besa.

Y me gusta cómo me besa. Es tan suave y dulce... y me encanta su sabor. Hacía mucho tiempo que nadie tocaba mis labios después del idiota de Rubén.

Tenemos tantas ganas de besarnos que estamos así durante horas, como si fuéramos dos adolescentes. Con dolor de boca, finalmente, me dice con una cara muy pícara y que me pone a mil:

—Hoy puedes darte por satisfecha con mis besos, pero esto no va a quedar así —me avisa y me mete en la cama como el día anterior. Él vuelve a tumbarse a mi lado y yo disimulo mi excitación.

Semana 9



Me despierto cuando noto que recorren mi cuerpo con besos.

—¡Buenos días, nena!

Suspiro muy fuerte mientras abro los ojos y veo aquello que parece un maravilloso espejismo de Álvaro.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—Me muero por ir a correr —le digo.

—¿Quieres salir a correr? Te advierto de que aquí hace mucho frío —dice en un tono agradable.

—Solo saldré una hora —le digo.

—Iré contigo, no permitiré que te pierdas por estas montañas nevadas.

—Tú mismo —le digo a modo de reto.

—¿Me estás desafiando, señorita? —dice con cara vacilante.

—No, probemos a ver cuál es tu ritmo.

Nos equipamos para salir y bajamos a la planta baja de la casa, que aún está en silencio ya que nadie se ha despertado.

Empezamos a correr y me encanta la sensación del frío en la cara. Álvaro sigue el ritmo y me gusta su compañía silenciosa. Sabe que necesito esto, me deja meditar y creo que él también lo hace.

Evidentemente, se nota que él también corre, mantiene el ritmo y creo que va incluso mejor que yo, aunque no le digo nada, pues estoy segura que él ya lo sabe.

Cuando llevamos una hora, estamos exhaustos y nos paramos en una pequeña cafetería situada en la plaza del centro del pueblo. Desayunos y, entre sorbitos de café, nos devoramos a besos disimuladamente en un rincón al fondo del local.

Cuando llegamos a casa, su familia está lista para salir a esquiar. Nos han estado llamando, pero Álvaro ha dejado el teléfono en la habitación a propósito para que no nos interrumpieran en nuestro momento mañanero.

Álvaro se apunta encantado pero yo, en cambio, prefiero no ir.

—Es que yo no sé esquiar —les digo disculpándome.

—Nosotros te enseñamos —se ofrecen casi todos.

—Gracias, pero prefiero esperar aquí. Aprovecharé para descansar en la casa, si no os importa —les digo.

—¿Quieres que me quede contigo? —pregunta Álvaro.

—No, ve y pásalo bien. Yo estaré perfectamente.

—¿Seguro?

—Claro.

Entonces, la pequeña Georgina se acerca a mí.

—Yo me quiero quedar contigo, no quiero ir a esquiar. ¿Puedo? —me dice.

—Georgina, no molestes. Ven con nosotros, será divertido —dice su padre.

—Nooo, yo no quiero ir. Me quedo con ella descansado aquí.

—A mí no me molesta —digo yo.

—¿De verdad que no te importa? —pregunta Claudia, la hermana de Álvaro.

—Claro que no, haremos algo juntas y nos lo pasaremos genial, ¿verdad, Georgina?

—Graciasssss —añade y se tira a mis brazos y me abraza.

—Pues nos vamos, no se hable más. Regresaremos a la hora de comer, muchísimas gracias, hija —dice el padre de Álvaro.

Álvaro se acerca y me da un beso en la frente.

—Te veo en un rato, ¿vale? —me dice.

Y se aleja con su familia.

Noelia e Irene se quedan las últimas y dicen en voz alta para que las pueda escuchar:

—¡Qué bien! Encima tenemos canguro mientras nosotros salimos a divertirnos —dice Noelia.

—De hecho, es a lo que se dedica todo el día, a quitar los mocos a los mocosos —añade Irene, mofándose de mi profesión.

Cuando me quedo a solas con la pequeña, le pregunto:

—¿Y qué te apetece hacer?

—Pues nada... Jugar con los juguetes nuevos aquí, en casa.

—¿No te apetece salir a jugar con la nieve? Porque a mí sí.

—¿A jugar con la nieve? —pregunta un poco escéptica.

—Sí, podemos hacer una guerra de bolas o incluso un muñeco de nieve. Te advierto de que un año gané un concurso de muñecos de nieve. No

te imaginas lo monos que me quedan.

—No tanto como a mí, mi tío Álvaro siempre dice que son los más bonitos del pueblo —dice retándome.

—¡Ah!, ¿sí? Eso tendría que verlo.

—¡Hagámoslo ahora! —dice ilusionada.

Y así, consigo que la pequeña salga de casa y nos pasamos la mañana jugando hasta que llegan todos de esquiar.

Me fijo en que Irene se acerca cogida del brazo de Álvaro.

Cuando Georgina les ve llegar, se echa a los brazos de su madre y le cuenta que se lo ha pasado genial jugando conmigo.

Entonces, Irene, al pasar por mi lado, dice en un tono no muy alto para que solo lo escuche yo:

—Yo también me lo he pasado genial jugando con Álvaro.

Me hierve la sangre, la cogería allí mismo de los pelos. Pero me contengo.

Álvaro viene hacia mí tan solo verme.

—¡Hola, nena! ¿Qué tal con Georgina? —dice dándome un beso rápido en los labios sin que nadie nos vea, como si fuéramos dos críos.

—Muy bien. Es una niña fascinante.

—Pues como su tío, ¿no crees? —añade. Le golpeo en el brazo y entramos en la casa.

En el interior, todos corren a ducharse y a ponerse calentitos para después comer todos juntos.

A Georgina le pesan los ojos, pues está agotada de la mañana de juego, y yo también.

Después de la comida, Álvaro me dice:

—¿Te apetece que salgamos con el *Jeep* para que veas el maravilloso paisaje de este lugar?

—Claro —le digo.

—Papá, cogeré el coche un rato. Saldré con Martina para que pueda contemplar el paisaje.

—Claro, hijo, ningún problema.

Las dos arpías, al escucharnos, añaden:

—¡Oh! Álvaro, llévanos a nosotras, a Irene también le encantaría ver el paisaje —dice Noelia con su tono de buena niña.

Sé que a Álvaro le ha hecho la misma gracia que a mí, ninguna. Pero como no quiere ser descortés, acepta.

Al rato, estamos caminando hacia el Jeep y el primer pulso se lo marca Irene, que me cede el sitio para que yo me suba detrás con su amiguita Noelia. Pero antes de que pueda abrir la boca, Álvaro interviene.

—Martina, siéntate aquí conmigo —dice señalando el asiento del copiloto.

Irene, sin decir ni una palabra, sube detrás. A los dos segundos, empieza a parlotear como una poseída para atraer la atención de Álvaro. Confirmando que no lo conoce porque no sabe que no le gustan mucho las charlatanas.

Álvaro me acaricia la pierna de vez en cuando, cuando me explica cosas del lugar o quiere que vea algo. La verdad es que el valle es precioso, está cubierto de nieve y el radiante sol ilumina una tarde preciosa.

Decidimos regresar a casa porque ya es la hora de la cena y está muy oscuro. Yo regreso muy contenta, las dos de atrás creo que no tanto.

Por la noche, recibo una llamada de Lucía.

—¡Hola, guapa! He pasado esta tarde por tu casa y no estabas. ¿Dónde te metes?

—Estoy en *la Vall d'Aran* —le digo.

—¿Perdón? —me pregunta extrañada y es normal. Habitualmente, lo más lejos que suelo ir es al supermercado del barrio.

—Es un poco largo, ya te contaré.

—De eso nada, ¿con quién estás?

—He venido con Álvaro.

Se pone a gritar como una loca.

—¿Pero qué haces? —le digo.

—Que estás con él, tía, que lo vuestro va en serio. ¡Es genial! —ella sola se lo guisa y se lo come.

—¡Nooooo!

—¿No, qué? Estás con él pasando las Navidades, ¿y me dices que no va en serio? —me habla como si yo fuera tonta.

Omito que también está su familia, porque sé que si se lo cuento, volverá a gritar.

—Mira, no es exactamente así, ya te contaré. Tengo que dejarte, me espera para cenar —intento cortarla.

—Pásatelo bien, te lo mereces.

—Un besito —y le cuelgo antes de que siga.

Ha llegado el día de nuestra partida.

Hoy acaba el año y regresamos a Barcelona para celebrarlo con mis amigos.

Los días han pasado tranquilamente. La familia de Álvaro me ha acogido genial, excepto su prima y la amiga de esta. Pero no las culpo, seguro que Noelia le había dicho que su primo estaba cañón y soltero. Y ha aparecido igual de cañón, pero conmigo al lado.

La pequeña Georgina se entristece un poco y pregunta:

—Tío, ¿por qué os vais ya?

Álvaro y yo nos miramos y finalmente, este la coge en brazos y le dice:

—Esta noche la pasaremos con los amigos de Martina, que hace muchos días que no la ven. Además, mañana tengo que preparar las cosas para volver al trabajo.

—Pero tú trabajarás y ella no. Ella tiene vacaciones, como yo y como tienen todas las *señoras*... Que vuelva ella hasta que se acaben las vacaciones —ese tono imperativo me recuerda a alguien... Es igual que él, de mandona y de organizadora.

—Otro día volveremos —dice Álvaro mientras la baja y le besa para despedirse.

La pequeña se coge a mi pierna con fuerza.

—Quédate unos días más —dice usando de nuevo el imperativo.

Me ha cogido mucho cariño, como yo a ella. Hemos pasado mucho tiempo juntas jugando, leyendo y comiendo turrón de chocolate, que es nuestro favorito, y no quiere que me vaya.

—Prometo volver pronto —le digo.

—¿De verdad? —por fin pregunta y no impone.

—De verdad —afirmo. Entonces la beso y nos despedimos.

No estoy segura de si le estoy mintiendo a Georgina.

El resto de la familia también se despide de nosotros y la madre de Álvaro es muy clara:

—Martina, en febrero es mi aniversario de bodas con Miguel. Vamos a celebrar una gran fiesta con familiares y amigos. Por supuesto, te esperamos.

—Mamá... —dice Álvaro como regañándola.

—Mamá, ¿qué? —le desafía su madre—. Os habéis empecinado en decir que solo sois amigos, reprimiándoos de mostraros más cariñosos

delante de nosotros. Pero hijo, soy tu madre y lo noto. Entre lo que veo y que no has desecho ni una sola noche la cama de la habitación donde se suponía que estabas instalado, no creo que sean necesarios más datos...

El padre, la hermana y el cuñado de Álvaro se tronchan. Las otras dos nos miran con cierto asco.

—Mamá, eres una cotilla —es lo único que dice Álvaro y de alguna forma, confirma la hipótesis de su madre.

Yo le agradezco la invitación y la acepto encantada, aunque no estoy muy segura de si para aquel entonces, nosotros nos seguiremos viendo.

Llegamos unas horas después a Barcelona y Álvaro me dice:

—Te acerco a casa para que cojas tu ropa. Nos prepararemos en la mía.

—Mejor me dejas en mi casa y me arreglo tranquilamente. Podemos quedar a las nueve y media en casa de Angélica. Te mando la dirección a tu teléfono en un rato.

—¿Vamos a llegar por separado? —pregunta escandalizado—. Mejor te recojo a las nueve.

—Vale —no quiero discutir.

Cuando llegamos a mi casa, se detiene en doble fila y mientras me acaricia la cara, me dice con esa voz que sabe poner para que me vuelva loca:

—Coge lo que necesites para pasar la noche en mi casa.

Sé lo que significan esas palabras y me bloqueo.

Me da un beso dulce y me bajo del coche, salgo corriendo y entro en mi piso. Hacía días que no estaba en mi hogar y me siento aliviada de haber vuelto.

Aún dispongo de un rato antes de tener que arreglarme, así que decido tumbarme para descansar y meditar.

Cuando falta una hora para que me recoja Álvaro, me levanto del sofá, me ducho y me arreglo. Me pongo un vestido negro estrecho que solo tiene un tirante lleno de pedrería y me deja el otro hombro totalmente descubierto, por lo que decido, además, dejarme el pelo suelto. Me maquillo tan solo con un poco de colorete, a ver si consigo disimular esa cara de palo que tengo.

A las nueve, tan perfecto como es, Álvaro llama a mi puerta. Está impecable, enfundado en un traje precioso y me envuelve su perfume, volviéndome a hipnotizar.

Me da un beso suave en los labios y me coge de la mano para darme

la vuelta y decir:

—¡*Uuau!*, cada día estás más preciosa.

Yo le sonrío, pero no le digo que él está buenísimo y que me hace temblar de una forma que me tiene acobardada.

Finalmente, cojo la maleta de mano con las cosas para pasar la noche con Álvaro, como me ha pedido, pero no estoy segura ni de lo que he metido ni de si me va hacer falta.

A las diez llegamos a la fiesta de Angélica. Se trata de una cena tranquila hasta después de las uvas, que es cuando llegará el resto de gente y su amigo Félix, el Dj que animará la fiesta.

Cuando llegamos, ya están Lucía y Néstor, Emma y su novio Iván, dos amigas de Angélica con sus parejas y Carlos y su exmujer.

Todos nos saludamos tal y como es típico en la última noche del año, es decir, eufóricos.

Pero especialmente, estoy un rato con Carlos, que me presenta a su exmujer Mónica.

Es una chica morena muy guapa y muy seria. Solo cruzamos cuatro palabras en toda la noche, pero la verdad es que estoy un poco resentida con ella.

Néstor y Álvaro pasan gran parte de la noche charlando ya que las chicas y yo tenemos ganas de estar juntas y estas se mueren por interrogarme, así que cuando tienen ocasión, se acercan como si fueran tres leonas a punto de comerse una pequeña gacela, o al menos así me siento.

Empieza Angélica.

—Podrías haber dicho que venías acompañada, ¿no?

—Es que no sabía si vendría o no, lo siento —miento y me disculpo a la vez.

—¿Y? —dice Lucía.

—Y aquí estamos —digo haciéndome la tonta

Pero la dulce Emma no puede más y estalla.

—¡Que cuentos algo, coño!

Las tres la miramos sorprendidas, pero esperan mi respuesta.

—Pues que Álvaro escuchó que Carlos tenía plan para las Navidades y que yo pasaba de unirme, y me dijo que o me iba con él y su familia, o se quedaba conmigo.

—¿Y su familia? —pregunta Lucía incrédula.

—*Ooooohhh*, ¡qué mono! —dice Emma, ya vuelve a ser la chica

dulce y romántica que conocemos.

—Al final, como sabía que se quedaría conmigo y yo quería que estuviera con su familia, accedí. Hemos estado bien y hoy hemos vuelto.

—¿Cómo que hemos estado bien? —pregunta Angélica— ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Pues, al principio fuimos como amigos, dos días después nos besamos y hemos estado haciéndolo hasta hoy.

Todas gritan como locas emocionadas y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Y el sexo? —pregunta la descarada de Angélica.

Yo niego con la cabeza.

—¿Pero qué te pasa? ¿No estás contenta? —me pregunta Emma cuando nota mi intranquilidad.

—Es que ha sido todo muy rápido y me siento un poco agobiada.

—Martina, debes abrirte y disfrutar. Hoy empieza un nuevo año y debes comenzar también una nueva vida —me aconseja Angélica, aunque parece más una orden.

—Es que no estoy preparada —reconozco.

—¿De qué tienes miedo? —me dice Lucía, alto y claro.

Pero es Emma la que contesta.

—Pues a lo de siempre. No quiere que vuelvan a engañarle.

—Pero Álvaro no es como el impresentable de Rubén. No hay color... y se ve a leguas que está colgado por ti —le defiende Lucía.

Todas nos giramos y vemos como Álvaro no me quita el ojo de encima y tiene una mirada de querer comerme.

—Pues así estoy, esta noche quiere que la pasemos juntos en su casa, pero no sé si voy a ir.

—¿Estás loca? Tienes que ir —dice Angélica.

—Haz lo que te haga sentir bien, no te obligues tampoco —me anima Emma.

La puerta suena y llegan los demás invitados.

A las dos horas noto a Álvaro cansado y le propongo que nos marchemos. Él asiente rápidamente.

Nos despedimos de los invitados. A Carlos le doy un beso rápido, no he podido hablar mucho con él porque ha estado muy pendiente de su exmujer y no he querido molestarle, pero quedamos en vernos la próxima semana. Finalmente, las chicas me dan su último consejo cada una de ellas a la oreja.

—Escucha tu corazón —dice Emma.

—¡Ataca! —añade Angélica.

—Pásatelo bien —me dice Lucía.

Al fin, salimos de la fiesta y vamos a buscar el coche de Álvaro que está aparcado en un aparcamiento cercano. Al salir a la calle, Álvaro me besa y me coge de la mano. Caminamos unos metros más y me pregunta:

—¿Estás bien?

Le hago un gesto con los hombros que quiere decir “no lo sé”.

—¿Es por mí?

Repito otra vez el mismo gesto.

—¿Puedes hacer el favor de hablar? Me estás poniendo malo con este gesto —dice ya un poco desesperado.

—Es que no sé qué es lo que me pasa —intento explicarme—. Creo que esto avanza muy deprisa y no estoy segura.

—Esto ya lo hablamos, los dos tenemos nuestras inseguridades, pero tenemos que confiar el uno en el otro y todo irá bien.

Me dedica una media sonrisa, de esas que me hacen pensar que está guapísimo y que me lo comería a besos allí mismo en medio de la calle, pero no puedo. Hay algo en mí que me pide prudencia. No quiero volver a pasar por lo que pasé y tener que volver a huir a otro lugar. Me gusta mi vida en Barcelona, mi colegio, mis amigos y mi pisito.

—Lo siento, pero no puedo —es lo único que sale de mi boca.

Noto cómo se tensa y su mirada se vuelve más fría.

—Te llevo a casa —dice al fin.

Me lleva hasta el *parking* y no me suelta la mano hasta que llegamos al coche. Subimos y conduce en silencio hasta mi casa.

Entonces, estaciona en doble fila y me pregunta:

—¿Quieres que suba un rato?

—No, lo siento —digo, aunque me duele hacerlo.

Abro la puerta y huyo a mi piso. Cuando entro, se me cae el alma a los pies y rompo a llorar.

El día siguiente lo paso en la cama llorando, solo me levanto para comer una manzana por la mañana y un yogur por la tarde.

Me siento estúpida, el chico me encanta y me hace sentir cosas que no sentí con el que creía que era el amor de mi vida, pero no me fío y no quiero volver a sufrir.

Decido llamar a Carla para saber cómo le han ido las fiestas.

—¡*Tietaaa!*

—¡Hola, cielo!

—¿Qué haces? ¿Cómo está Álvaro? —se me llenan los ojos de lágrimas con esa pregunta, pero intento disimular como puedo.

—Pues estoy en casa tranquila y Álvaro también está bien, pero está en su casa.

—¿Y por qué no estáis juntos? No habréis discutido, ¿no? Que con lo cabezona que eres, yo ya te conozco —me regaña mi sobrina.

—Carla, por favor, no me hables así. Todo está bien, pero ya te dije que Álvaro y yo solo somos amigos —le miento, ya que nada está bien.

—¡Ah!, vale. Si todo está bien, de acuerdo. Y sobre lo de que sois amigos, también lo recuerdo, pero ya te digo yo que eso será por poco tiempo.

—Pero, Carla, ¿puedes dejar de darme consejos de madre y contarme cómo te han ido las Navidades? —digo desesperada.

—Pues bien, aunque faltabas tú... ya lo sabes.

Se me vuelven a llenar los ojos con lágrimas.

—¿Y cómo está el peque? —intento cambiar de tema.

—Pues molestando. Ya sabes, pesado como su madre.

—Pero bueno, estás muy revolucionada hoy —aunque esta vez me hace reír.

—*Tieta*, estoy estudiando con Alexia y vamos justas de tiempo porque queremos salir dentro de un rato —la sinceridad de mi sobrina me encanta.

—Pues te dejo, cielo. Llámame si necesitas algo, sino nos llamamos el próximo lunes.

—*Valeeeee... Adiosss.*

Y me cuelga.

Semana 10



El lunes por la mañana me levanto cuando escucho que llaman a la puerta. Estoy impresentable en pijama y con la cara hinchada de tanto llorar. No sé si es Álvaro y no sé si quiero que lo sea, o no.

—Pero, ¿qué pasa aquí? —pregunta Angélica.

—Sabía que pasaba algo desde que me ha llamado esta mañana Néstor para decirme que Álvaro anda con un humor de perros por la oficina —añade Lucía.

Entonces me pongo a moquear y a lloriquear otra vez.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Te ha dicho o ha hecho algo malo? —pregunta Emma.

Cuando consigo tranquilizarme, empiezo a explicarles todos mis miedos y los motivos por los que no quiero tener nada con Álvaro.

—No puedes estar siempre así, debes apostar —dice Lucía.

—No quiero volver a sufrir. Ya sabéis lo que pasó —me defiendo.

—Vas a perder a un pedazo de tío como sigas por este camino —dice Angélica.

Enfadada, contesto:

—Tal vez es lo que quiera, perderlo. Yo no lo busqué.

Como ven que estoy fatal, rápidamente cambian de tema y empiezan a cotillear sobre la fiesta de la noche de fin de año.

Al rato se van y por fin puedo relajarme a mi gusto.

Por la tarde recibo un mensaje de Álvaro.

«Me gustaría verte y hablar contigo. ¿Puedo pasar por tu casa?»

Por el tono, sé que está más tranquilo. Pero decido no contestarle.

A mitad de semana empiezo a funcionar con más normalidad, ahora solo lloro durante la mitad del día y estoy empezado a adelantar trabajo de clase, lo que me vendrá muy bien para las próximas semanas.

He quedado para comer con Carlos en su cafetería, me pongo unos tejanos y un jersey de punto y salgo dirección al parque. Por el camino, me parece ver el coche de Álvaro y me late el corazón de un modo que parece que me va a salir por la boca, pero se trata de una falsa alarma.

Cuando llego a la cafetería, Carlos está hablando por teléfono. Me siento a su lado esperando a que acabe, pero inevitablemente escucho lo que dice:

—Llegaré sobre las cuatro —pausa—. Y yo —pausa—. No, yo más —pausa—. Síiii... Besitos.

Por las dulces palabras no sé si está hablando con alguno de sus hijos, o con su exmujer.

Espero para no sacar conclusiones, ya que prefiero que me lo cuente.

—¡Hola, preciosa! —dice cuando cuelga—. Era Mónica.

—¡Uuuooo...! Qué bien Carlos, me alegro tanto.

—Esto va muy bien, Martina, pero que muy bien. Mis hijos están encantados y mis padres, y los de ella, ni te cuento. Aunque mi madre está un poco resentida, pero creo que se le pasará.

—Si tú estás feliz, es lo que cuenta.

—Gracias por tu apoyo, preciosa, sabía que tú no me juzgarías. ¿Y tú qué tal con ese pivonazo de novio que te has echado? Está tan colgado de ti que no te dejó de mirar ni un solo segundo en toda la noche.

Mi cara refleja lo que he pasado estos días y él se calla al momento.

—¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. He salido corriendo y desde que nos fuimos de la fiesta, no le he vuelto a ver.

—Pero, ¿por qué? —pregunta incrédulo.

—Por lo de siempre, Carlos. Por lo de siempre.

—No pierdas el tiempo, Martina. Las horas que estás ofuscada con tus miedos, son horas que estás desperdiciando, y te lo digo por experiencia. Date una oportunidad, te la mereces.

—Gracias Carlos, pero aún no puedo.

Me han encantado las palabras que me ha dicho Carlos, me demuestran que me quiere tanto como yo a él.

Finalmente, cambiamos de tema y hablamos de todo, menos de Álvaro.

Llego a casa un poco más despejada y más tranquila. Veo que en mi móvil hay un mensaje de Álvaro.

«Te echo de menos, necesito hablar contigo».

Vuelvo a decidir no contestarle.

A final de semana, me siento un poco mejor, por lo menos más tranquila conmigo misma.

A media tarde, decido ponerme una película romántica que he alquilado en el videoclub de la esquina. Cuando voy por la mitad y me duelen los ojos de tanto llorar, llaman a la puerta.

Primero, decido no abrir, pero la insistencia me pone histérica y abro malhumorada.

Delante de mí se planta un guapísimo Álvaro, que me observa con una mirada fría que cambia en cuanto me ve tan hecha polvo.

—Eeeeh, ¿pero qué te pasa? —me dice cogiéndome las manos.

—Álvaro, yo... —empiezo sin saber qué decirle.

Escucho un ruido tras la puerta de la señora Margarita y sé que ya está en la mirilla cotilleando por lo que me veo en la obligación de dejar pasar a Álvaro para que la otra no se entere de nuestra conversación.

Álvaro me abraza, está asustado por mi apariencia, y eso me enternece. Además, tenerlo tan cerca me permite olerle y hipnotizarme con su ser.

Me aparto un poco para que pase y volver en mí.

Le enseño la carátula de la película y veo que respira aliviado. Entiende que lloro con las ñoñerías que me gustan a mí.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes? —dice en un tono un poco desafiante.

—Álvaro, creo que no deberías haber venido.

—Quería pedirte disculpas, reconozco que todo fue demasiado deprisa, con mi familia por medio, y que te presioné para que pasaras la noche conmigo.

Me encanta que se culpabilice y me haga sentir más segura, pero sé

que lo hace porque es listo y quiere ganarme.

A mí no me salen las palabras ya que, las que tengo en mente no las puedo pronunciar. No le puedo decir que me encanta que esté aquí, que está guapísimo, que le echo de menos y un largo etc. Así que él continua:

—Te echo de menos, me he acostumbrado a tu compañía, a tus huidas, a verte sonreír este último mes. Debo decirte que ha sido uno de los mejores y más locos de mi vida y ahora me lo has quitado de golpe, y no puedo soportarlo. Me gustaba acurrucarme contigo para dormir y ahora, no encuentro ni siquiera la postura y me paso la noche en vela.

—Lo siento —es lo único que me sale.

—Estoy totalmente desesperado, me estoy volviendo loco con tu ausencia.

—Álvaro, no sigas... te pido que no sigas y que te marches.

—¿Pero tanto daño te causa mi presencia para que no quieras ni siquiera verme? —me pregunta afligido.

—Sí —miento, pues sé que le va a doler y es la única forma para que se vaya.

—Pues esa ha sido mi última intención, te pido disculpas por ello. Puedes llamarme cuando quieras, estaré atento. Me besa la mano como hacía cuando la tenía vendada y se va.

No me hace falta terminar de ver la película para seguir llorando. Sé que es una locura lo que acabo de hacer, me encanta este hombre, pero prefiero sufrir ahora y no después, como sé que pasaría.

Semana 11



El lunes vuelven las clases y la vida normal. Los niños me abrazan después de tantos días sin verles y eso justo lo que necesito.

Las chicas y yo salimos a la hora de comer.

—Martina, Néstor te pide que le hagas un poco de caso a Álvaro. Dice que está insoportable.

Y así, se inaugura la conversación “Martina y Álvaro”, que no me gusta nada.

Ante el comentario de Lucía, solo sonrío y paso del tema. Si está de mal humor, que se vaya a correr un rato.

—¿Has vuelto a verle? —pregunta Angélica.

Entonces les cuento lo de sus mensajes durante la semana y la visita del viernes.

—Ooohh —exclama Emma—. Está tan enamorado de ti.

—Eso es todo, podemos hablar de otra cosa, ¿ahora? —sugiero poniendo los ojos en blanco.

Y como ven que no me van a sacar de mis trece, pues cambian de tema.

Y lo hacen. En realidad, es Angélica la que nos cuenta un cotilleo de los buenos.

Resulta que nuestro director de la escuela, que está feliz y aparentemente casado y con tres hijos, está liado con la chica de la limpieza del turno de tarde, una rubia potente de origen rumano que no tendrá más de veinte años. Nosotras nos escandalizamos y pienso y confirmo mi propia teoría de que no te puedes fiar de ningún hombre.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunta Emma incrédula.

—Porque Luisa, la profe de cuarto, lo ha visto con sus propios ojos y

esta mañana, no ha podido aguantarlo más y me lo ha contando. Ya sabéis que está deseando que la invitemos a una de nuestras quedadas.

Luisa es una mujer de cincuenta y pico años, aunque no podría decir su edad exacta porque la verdad, tiene una apariencia neutral de entre cuarenta y pico a sesenta y pico. Además, es una chismosa y no la queremos cerca.

—Qué fuerte —decimos Lucía y yo.

El lunes acaba tranquilo.

Llamo a mi sobrina que no me atiende ni treinta segundos.

—¡Hola, *tieta*! Voy al parque, que me están esperando. Todo bien, ¿vale?

—Vale...

—Un besito.

Y me cuelga.

La semana transcurre tranquilamente. No he coincidido con Álvaro porque está de viaje, según me ha dicho Lucía, y ha añadido como información que Silvia, su compañera de trabajo, está con él.

A mí me hierva la sangre al pensar que están solos y me arrepiento de no haberle preguntado si alguna vez había existido algo entre ellos dos. Pero intento no pensar y continuar con mi vida de siempre.

El sábado salgo a correr y paso a visitar a Carlos. Me encanta verle tan feliz desde que ha vuelto su exmujer.

—Martina, ¡tengo un notición!

—Cuenta... —le pido.

—Mónica y yo hemos decidido volver a vivir juntos. Estoy tan ilusionado de volver a tener a mi familia en casa...

—Carlos, me alegro muchísimo, me hace muy feliz que estés tan bien —digo emocionada.

—Y tú, ¿cómo lo llevas? —me pregunta.

Le explico la última visita de Álvaro y me dice:

—Sinceramente, creo que estás haciendo el tonto —dice

rotundamente.

Yo también lo creo, pero no voy a ceder.

Semana 12



El lunes llega y con en él, las clases.

Antes de que entren mis pequeños al aula, veo aparecer a la pesada de Lucía, no tiene buena cara y ya sé lo que me va a decir. Seguro que viene con el cuento de que ella está mal con Néstor, porque este vuelve mal del trabajo desde que Álvaro se comporta como un perro que tiene la rabia. Estoy harta de esa serenata, por lo que la aviso antes de tiempo.

—Lucía, no me vengas con historias de Álvaro. Déjame en paz un rato.

—Martina, sí que es Álvaro, pero creo que deberías saber esto.

Me giro para poder verle la cara porque su tono me ha asustado.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Álvaro está en el hospital, ha tenido un accidente esta mañana.

—¿Cómo dices?

Me quedo helada. Me tiemblan las piernas, veo borroso y me falta el aire hasta que escucho a Lucía que me está llamando.

—Martina, Martina, por favor reacciona... Me estás asustando.

—¿Sabes dónde está? —le pregunto.

—Está en la clínica Teknon.

Al parecer, la noticia había llegado a la oficina y Néstor había llamado a Lucía para averiguar si yo lo sabía.

—Tengo que irme, avisa al director, por favor.

Salgo a la calle, escucho a los pequeños en la puerta, pero no veo nada, tan solo busco un taxi. Por suerte, aparece uno rápidamente y le pido que me lleve al hospital. En media hora estoy allí, ya que el tráfico de primera hora de Barcelona no nos ha dejado llegar antes.

Me dirijo a recepción, les digo que han ingresado a Álvaro Castillo y

que tengo que verle. Entonces, antes de darme ninguna información, me preguntan:

—¿Es usted algún familiar?

—Sí, soy su pareja —miento.

Pero parece que la chica de la recepción me cree porque empieza a explicarme lo sucedido.

—El paciente está en quirófano. No le puedo dar más información porque no se refleja nada más en el ordenador. Si espera en esta sala, avisaré a alguien para que la venga a informar.

—¿Puede avisar ya?

—Sí, ahora mismo. Vaya a sentarse.

Me siento en la sala de espera y noto que no puedo respirar bien. ¿Por qué estará en quirófano? ¿Qué tiene? ¿Qué le ha ocurrido?

Al rato, no sé cuánto porque pierdo la noción del tiempo, aparecen dos médicos.

—¿Familiares de Álvaro Castillo?

Me levanto como puedo y me acerco a ellos.

El más mayor me informa.

—Álvaro está fuera de peligro. Le hemos operado de urgencia, ha llegado con una herida muy profunda en una pierna y estaba inconsciente. Le hemos hecho pruebas y no se ven lesiones graves en ninguna otra parte el cuerpo.

Al escuchar eso, suspiro aliviada y pregunto:

—¿Qué tiene en la pierna?

—Se dañó con una parte de la carrocería del coche y eso le ha provocado una herida muy profunda y una rotura de la tibia. Aún sigue inconsciente por la medicación de la operación, pero creemos que no tardará en despertar. De lo contrario, lo haremos nosotros en unas horas.

—¿Cómo ha sucedido?

—Según nos han contado los sanitarios que le han traído hasta aquí, parece ser que el asfalto estaba resbaladizo porque un camión averiado había perdido aceite en la carretera y eso, junto con la lluvia, ha resultado ser una pista muy deslizante.

—¿Puedo verle?

—Sí. Suba a la quinta planta, habitación número setenta y siete, por este ascensor llegará también —dice el médico acompañándome al ascensor.

—Muchísimas gracias —les agradezco a los médicos.

Subo como puedo los cinco pisos y llego a la habitación setenta y siete.

Álvaro está totalmente dormido. Tiene la cara llena de moretones y el labio partido. Me da muchísima pena verlo así y rompo a llorar.

Al rato, entra una enfermera y me pregunta:

—Señorita, ¿está bien?

Asiento como puedo.

—No se preocupe, solo está dormido por la anestesia. En poco rato despertará

—Gracias —le agradezco sus palabras.

De repente, veo que entran a la habitación los padres de Álvaro, con la cara desfigurada por la angustia. Su madre se acerca a su hijo tanto como le resulta posible, está asustada. Su padre, en cambio, se acerca a mí y me da dos besos.

—Martina, ¿cómo está mi hijo?

Les explico lo que sé, lo que me han dicho los médicos antes. Pero mis lágrimas no se detienen. Carmen, se acerca a mí y me abraza muy fuerte.

Horas después, Álvaro sigue dormido pero nos han dicho que a las cinco lo despertaran.

También ha venido Claudia, la hermana de Álvaro, con Juan Carlos, su marido.

Sobre las cuatro y media, mientras estoy sentada encima de la cama de Álvaro, dándole la espalda para no dársela a su madre y a su hermana, noto que me acarician la espalda. Me giro y le veo con sus preciosos ojos abiertos.

—Hola... —me dice muy flojito.

Vuelven a caerme las lágrimas. Lo veo tan débil y dañado que me siento impotente.

—¿Cómo estás? ¿Te duele algo? —le pregunto.

—Todo —me dice.

Rápidamente, su madre y su hermana se acercan también. Le observamos y decidimos avisar a los médicos, que llegan a los pocos segundos para chequearlo.

Nos echan de la habitación hasta que acaban y luego nos informan.

—Álvaro está bien. Tendrá que estar en observación durante cuarenta y ocho horas más para que podamos acabar de hacerle algunas pruebas y

asegurarnos de que vuelve a casa estable. Ahora, déjenlo descansar todo lo que quiera.

Las tres asentimos y después de darle las gracias al médico, volvemos al lado de Álvaro, que vuelve a estar dormido.

Como todo está más tranquilo, decido llamar a Joaquín, el director del colegio, para disculparme por lo de esta mañana y le cuento una verdad a medias.

—Joaquín, soy Martina, te pido disculpas por haberme marchado esta mañana así. Es que mi novio —ahí está la mentira— ha tenido un accidente.

—Sí, ya me lo ha contado Lucía, no pasa nada. ¿Cómo está? —me pregunta.

Le cuento un poco la situación y entonces me pregunta:

—¿Necesitas algún día más?

—No, gracias. Creo que podré hablar con alguien para que me sustituya cuando yo vaya a trabajar.

—De acuerdo, pues nos vemos mañana.

Y cuelga.

Con el teléfono aún en la mano, me suena.

Veo que es Angélica.

—Cariño, ¿cómo está Álvaro?

—Hola... —y le cuento todo.

—¿Y tú cómo estás? —me pregunta.

Y es entonces cuando me vuelvo a poner a llorar.

—¿Quieres que vaya a verte al hospital?

—No, gracias. Ya están aquí los familiares de Álvaro.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Estoy hecha un lío porque no sé si debo estar aquí, seguro que Álvaro alucina y a lo mejor me echa cuando esté mejor. De hecho, es lo que me merezco después de haberle tratado así.

—Lo dudo, Martina. Estoy segura de que Álvaro desea que estés con él ahora mismo.

Suspiro aliviada por la opinión de Angélica. Finalmente, nos despedimos.

—Nos vemos mañana, cielo... Besitos —me dice.

—Gracias por llamarme. Adiós.

Cuando vuelvo a entrar en la habitación, la madre de Álvaro y su hermana están intentando organizarse para atender a Álvaro y entonces

intervengo.

—Yo me voy a quedar aquí hasta las seis de la mañana. Luego me iré a casa a ducharme y a trabajar hasta las cinco.

—Pues mamá, nosotras podemos irnos hasta mañana y hacemos el cambio —dice la hermana.

—Me parece buena idea —añado.

La madre no parece muy convencida pero acepta y me dice:

—Buscaremos un hotel cerca de aquí, ¿de acuerdo?

—No, Álvaro querrá que vayáis a su piso a pasar la noche.

—¿Y a ti no te importa? —pregunta su padre.

—Yo no vivo con él —digo en voz alta mientras pienso que ni siquiera soy nada de él.

Me levanto y les doy las llaves que me han dado hace un rato las enfermeras, junto con otras cosas que pertenecen a Álvaro.

Al fin, se van y me tumbo en el sofá para poder descansar. Estoy agotada y me como un yogur que me ha dado una de las enfermeras.

Duermo un rato y cuando despierto, veo que Álvaro está despierto también y me observa.

Me acerco a él y me siento en su cama. No puedo percibir si está muy enfadado conmigo, o no.

—Me alegra verte aquí —al escucharlo suspiro aliviada.

—Me has dado un susto terrible.

—Lo siento, nena —me mira con sus ojos tiernos.

Yo le sonrío y le cuento que sus padres y su hermana están en su casa descansando y que vendrán mañana cuando yo me marche.

—¿Vas estar entonces conmigo? —me pregunta como si fuera un niño.

—Sí, voy a cuidarte, porque me importas.

Cierra los ojos, se vuelve a dormir y yo me quedo a su lado hasta que a las seis, Carmen me despierta.

—Martina, son las seis. Debes irte.

—Buenos días.

Quedamos en que regresaré después de mi trabajo y así lo hago.

Después de un día, en que no me he podido concentrar mucho, vuelvo al hospital.

Cuando voy camino del hospital, me suena el móvil. Me sorprende

que sea de casa de mi hermana.

—¿Sí? —pregunto.

—Tieta, soy Carla.

—¡Hola, cielo!

—¿Por qué no me llamaste ayer?

Es cierto, ayer era lunes y no la llamé con todo lo de Álvaro.

Decido decirle la verdad y le cuento.

—¿Pero de verdad que está bien? —se preocupa la pequeña.

—Sí.

—Dale besos de mi parte y dile que iré a visitarle cuando mami me deje. ¿De acuerdo?

—Vale, cielo, yo se lo diré.

Cuando llego a la habitación de Álvaro, le encuentro acompañado de algunos hombres de su empresa, los cuales conozco de vista, y también esta Magda, que al verme me abraza y me dice:

—Ayer no vine porque no sabía nada, esta mañana me lo ha contado el padre de Álvaro cuando le he encontrado en su casa.

—No pasa nada, él está bien.

Le veo postrado en la cama mirándome mientras habla con los de su empresa.

Voy hasta su cama para saludarlo y él me tiende la mano, me acerco y hace que me agache para darme un beso con su labio inflamado.

Los de la empresa me saludan y se despiden de Álvaro.

Magda también se tiene que marchar y los padres de Álvaro deben regresar a casa. Por eso, quedo con Magda en que vendrá ella a las seis para que yo pueda marcharme a casa y prepararme para ir a trabajar.

Por la tarde, si todo va bien le darán el alta.

Cuando nos quedamos solos, me tumbo a su lado y le pregunto:

—¿Te duele mucho todo?

—No, solo la pierna.

—¿Has descansado hoy?

—Sí, he ido abriendo los ojos, pero como no te veía, me volvía a dormir.

Me encanta lo que me dice.

Hablamos de mi día, de los pequeños y miramos una revista juntos.

A la hora de la cena, nos traen comida para los dos, ya que Álvaro lo ha pedido durante el día.

Me encanta ese detalle y la verdad es que me lo como cómo si fuera la comida del mejor restaurante del mundo. Llevaba muchas horas sin comer, ahora que lo pienso.

Mientras comemos me dice:

—Tengo ganas de ir a casa.

—Mañana ya estaremos allí —le digo aliviándolo.

—¿Vas a venir conmigo? —pregunta con cara de contento.

—Si quieres sí, iré hasta que estés mejor.

—Es lo que más deseo.

Entonces, nos besamos y nos acabamos la cena.

Finalmente, nos tumbamos y nos dormimos enseguida en la incómoda cama de hospital, que me parece la mejor.

A las seis de la mañana, antes de que llegue Magda, me despierto y le digo a Álvaro que nos veremos luego. Como tiene el labio mejor, me da un beso más largo. Cuando entra Magda salgo pitando.

Por la tarde, cuando llego, los médicos me llaman.

—Álvaro está listo para que le demos el alta, las pruebas que le hemos hecho están perfectas. Pero por su estado, es importante que esté acompañado, por lo menos los primeros días.

—Por eso no hay problemas, estaré yo y me ayudará otra persona —pienso en Magda.

—Bien, esta es la medicación que debe tomar y las próximas visitas programadas en su domicilio. Debe estar de baja hasta que la herida esté bien.

—Me encargaré de eso.

Les agradezco todo el trabajo a los médicos y voy a buscar a Álvaro, que ya está listo para irnos.

Salimos del hospital, llamamos a un taxi y nos dirigimos a su casa. Cuando entramos Álvaro proclama:

—¡Por fin en casa!

—Deberías ir a la cama a descansar —le mando.

—¿Ya? Déjame un ratito en el sofá, prometo estar quieto —dice con cara de bueno.

Acepto, yo no soy tan tajante como él.

Se sienta a ver la tele mientras yo busco en el congelador algo para cenar. Me sorprenden los maravillosos platos que tienen congelados, elaborados por la magnífica mano de Magda.

Cenamos en el sofá y le doy su medicación. Le noto cansado y le digo:

—Ahora sí, a la cama.

Acepta sin rechistar y solo me pide que duerma con él. Acepto encantada.

La semana pasa entre dolores de Álvaro, visitas en el domicilio por parte de los médicos y otras visitas de diferentes amigos y compañeros de trabajo que pasan por su piso. Me los va presentado y me encanta ver como sus amistades le adoran y se preocupan por él.

En especial, me presenta a Raúl, un amigo argentino que conoció en Madrid durante su estancia allí. Se trata de un chico muy atractivo y me encanta como habla, con ese deje tan especial.

Cuando me quedo a solas con Raúl me dice:

—Estoy maravillado de cómo se encuentra Álvaro.

—Sí, está mejorando muchísimo y muy rápido —afirmo.

Raúl me mira riendo y añade:

—Sí, su corazón está fuerte y late muchísimo por vos.

Yo sonrío como una tonta y le escucho.

—Sé de lo que hablo, tuve que aguantar sus primeros meses de duelo y te aseguro que nunca imaginé que se recuperaría así.

Y acercándose a mí, me besa, me abraza, y añade un gracias. De repente Álvaro aparece, nos mira alucinado y con cara irónica dice:

—¿Qué está pasando aquí?

Raúl es el primero en contestar porque yo aún estoy en blanco.

—Esta chica relinda ya me enamoró tanto como a vos.

—Obvio —dice Álvaro y acercándose a mí, me da un dulce beso.

Semana 13



A la semana siguiente voy del colegio a su casa cada día.

Cada noche dormimos abrazados y como Álvaro tiene dolor en la pierna, no hemos tenido mucha intimidad, es decir, aún no hemos tenido nuestro primer encuentro sexual. Sí que nos hemos morreado y tocado, pero no lo que se dice sexo.

Debo reconocer que es algo que me preocupa porque una parte de mí se muere de ganas de hacerlo, ya que quiero tocarle y sentirle dentro de mí. Pero, por otra parte, me da muchísimo miedo volver a notar y a sentir cosas, o no sentir las quizá. Vamos, que estoy hecha un lío.

Una tarde, cuando regreso de la escuela, me encuentro en el sofá a Álvaro junto a su prima Noelia y la amiga de esta, Irene, todos muy acomodados. En cuanto me ven, les entran las prisas y se quieren ir. Quedan con Álvaro en que volverán pronto, pero a mí, casi ni me miran.

Sé que Álvaro se ha dado cuenta del rifirrafe que hay entre nosotras, pero no comentamos nada.

La siguiente tarde me encuentro con otra visita en su sofá, se trata de Silvia, su compañera de trabajo. Está sentada junto a él mirando unos papeles. Álvaro nos presenta y como nota mi reacción, me da un beso largo para darme seguridad, como si a mí eso me bastara.

Cuando se marcha, Álvaro me cuenta que ha surgido un problema en el trabajo y que ha preferido venir a comentárselo. Además, como ya se encuentra mejor y tiene muchas cosas pendientes, trabajará desde casa a partir de hoy y como consecuencia, tendré que ver más a menudo a su amiga Silvia. Pero en fin, es su casa y puede hacer lo que quiera, porque si de mí dependiera, esta no entraba ni un día más.

Los días pasan y parece que la herida y el hueso van cicatrizando, todo va a mejor y parece que va bastante rápido, por eso decido volver a mi casa.

Cuando llego después del trabajo, me preparo un poco de té y me siento junto a él en el sofá mientras acaba de leer unos contratos que debe firmar, según me cuenta. Cuando acaba, le paso su taza y aprovecho para decírselo.

—Álvaro, esta noche volveré a casa.

Él me mira encantado.

—De acuerdo. ¿Quieres que llame a un taxi y te espere mientras coges lo que te hace falta? —sugiere.

—No, creo que no me has entendido. Iré a dormir allí. Tú ya estás mucho mejor y puedes estar solo.

—Pero yo pensaba que ahora estábamos bien.

—Sí, bueno, yo quería cuidarte y ahora ya estás mejor. Esto fue lo que acordamos.

—Pero sigo necesitándote.

—No sigas —le pido.

—Joder, Martina, no puedes hacerme esto. No puedes darme una de cal y veinte de arena. Me estás volviendo loco —me grita muy enfadado.

Sé que tiene razón, pero necesito ir a mi casa, saber que tengo un sitio propio y pensar en estas últimas semanas.

—No me grites —le pido.

—Perdona... —se disculpa rápidamente.

—Pasaré la noche allí, necesito pensar.

Ya no me contesta.

Al rato decido ir a casa, le digo adiós y no me contesta. Eso me rompe el corazón porque sé que está muy enfadado. Aun así, decido irme.

Cuando llego a mi piso, me siento una extraña allí y ya echo de menos a Álvaro.

Me meto en la cama y duermo hasta el sábado al mediodía, me doy cuenta de que estaba agotada.

Me paso la tarde en el sofá y sin noticias de Álvaro.

El domingo salgo a correr y paso por la cafetería de Carlos.

—¡Eh, hola! ¿Qué haces tú por aquí un domingo? ¿Y cómo es que no estás por los barrios pijos en los que te sueles mover tanto últimamente? —me dice con guasa.

Le cuento mi última discusión con Álvaro y Carlos me regaña.

Por la tarde ya no aguanto más y decido ir a verle.

Lo encuentro en pijama sentado en su terraza.

Se sorprende al verme, lo noto en su mirada fría.

—Hola —me dice con un tono triste.

—¡Hola! —le digo sentándome a su lado—. Álvaro, yo... Perdóname, sé que te necesito y voy a intentar dejar mis miedos fuera de esta casa, si tú quieres.

—¿Que si yo quiero? Es lo que más quiero desde hace unos meses, pero tú, cabezona, no me dejas.

Me mira con esa cara dulce que sé que solo utiliza conmigo y me dice:

—¿Te vas a quedar por fin aquí?

—No, no quiero vivir contigo, aún.

Noto que se pone tenso y cambia a una mirada mucho más seria.

—No entiendo por qué no quieres quedarte conmigo.

Le miro para que entienda mis inseguridades.

—¿No te gusta vivir en este piso? ¿Quieres que miremos alguno otro?

—No, no es este piso.

—¿Y qué es?

—Prefiero continuar un tiempo teniendo mi sitio.

—Pero este puede ser tu sitio, aunque si lo prefieres, puedo ir contigo al tuyo. Aunque aquí estaríamos mucho más cómodos y mucho más cerca de nuestros trabajos.

Tiene razón, mi casa es una ratonera y esta es un lujo, y además, tan cerquita de nuestros trabajos... A cinco minutos paseando tanto para ir su oficina como para ir a mi colegio.

—No es eso.

—¿Y qué es? Dímelo de una vez, Martina —dice un poco exasperado.

—Yo quiero estar casada cuando vaya a vivir con mi pareja —¡hala!, ya se lo he dicho y he sacado la educación puritana que me inculcó mi madre.

Noto como Álvaro se queda blanco y le cambia la expresión.

—No me refiero ahora, no pongas esta cara, por favor.

—¿Y por qué no te casaste con el impresentable de tu ex antes de ir a

vivir con él? —me ataca.

—Porque acababan de morir mis padres y no estaba para celebraciones. Luego entendí que él tampoco me lo pidió porque entonces, ya hacía mucho que no me quería.

—¿Por qué necesitas casarte?

—Pues por lo mismo que tú querías casarte con Paula —esta vez ataco yo.

Ya está, ya lo he dicho y ya me estoy arrepintiendo.

—No deberías mencionar a Paula —me hiere cuando me habla así, pero creo que me he pasado.

He pensado que tal vez podría superar mis miedos y desconfianzas, pero no sé si soy capaz de superar que quisiera casarse con otra y no tenga las mismas intenciones conmigo.

—Martina, no creo que sea necesario y no es justo que me reproches el pasado.

—¿Es que soy diferente a Paula? —creo que vuelvo a meter la pata, habla mi subconsciente.

—¿Otra vez ella? —me pregunta incrédulo.

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que dice:

—Sí, Martina, sois totalmente diferentes.

No sé si eso es bueno o malo, pero sé que no me gusta.

Pongo mala cara.

Me siento triste porque me trate diferente a Paula y no quiera lo mismo conmigo.

—Paula era maravillosa. La quise muchísimo, pero ella ya no está. Y tú... tú eres muy diferente...

Vaya, no me califica, ¿pero este de qué va? Me estoy enfadando muchísimo, pero antes de que pueda abrir la boca para reprocharle esta actitud, me dice:

—Tú has llegado de manera improvisada, cuando no tenía ninguna intención de encontrar a nadie nunca más, volviéndome totalmente loco y descolocándome. Siento que pierdo la cabeza y que estoy enamorado de ti. Lo sé, porque me siento fatal cuando no estás conmigo, como este maldito fin de semana. Eres mi alegría, eres más que maravillosa, divertida y has llenado y dado sentido a mi vida solo con tu presencia. Y una cosa más... estás buenísima.

Me encanta lo que me dice y me quedo sin palabras.

Nos besamos y acabamos en su cama.

—Vigila con mi pierna ¿vale, nena? Por lo demás, haz lo que quieras.

Escuchar eso me excita muchísimo.

Le ayudo a desnudarse. Me lo pone fácil porque solo lleva el pijama puesto y no lleva calzoncillos, cosa que me hace ver rápidamente su miembro preparado para mí.

Después, yo me quito la ropa en poco más de tres segundos y me lanzo sobre él.

Nos besamos como otras noches, pero a diferencia de aquellas, esta vez nuestros sexos se tocan y están impacientes por unirse.

Ronroneamos un poquito más hasta que él, al fin, entra dentro de mí. Como sé que está lesionado, tomo la iniciativa y al ver que lo que le hago le encanta, me suelto totalmente.

No tardamos mucho en llegar al clímax, primero llega él, que me avisa, y ante su sensual susurro, le sigo yo.

Agotada y sin respiración, a los minutos me aparto de él y me doy cuenta de que no hemos tomado ninguna precaución, sé que es un chico sano y él sabe que yo también. Pero lo que me preocupa es el tema de un embarazo, ya que sería muy difícil tener un bebé ahora.

Nunca me he planteado tener un bebé desde que no estoy con Rubén pero, cuando estaba con él, siempre que me lo planteaba, quería imaginar que la noche en que me quedara embarazada sería especial porque estaríamos pensando en concebir una criatura. Así de ñoña soy, qué se le va hacer.

Álvaro, al verme pensativa pregunta:

—¿Qué pasa, nena?

Yo sonrío y no digo nada.

—¿En qué estás pensado? —insiste.

—Pues en que no hemos pensado en tomar precauciones.

Él se queda unos segundos en silencio y finalmente dice:

—No te preocupes, la próxima vez lo haremos mejor.

Y para quitar hierro al asunto, añado:

—¿Mejor aún?

Él, que entiende a qué me refiero, me ataca con cosquillas y dice:

—¡Síii... mucho mejor!

Abrazados en la cama, retomamos nuestra conversación anterior porque debemos dejar las cosas claras ahora.

Finalmente, llegamos al acuerdo de que los dos mantendremos nuestros respectivos hogares, aunque dormiremos siempre juntos, tantas veces como podamos, algunas veces en la casa de uno y otras en la casa del otro. Lo dejamos sobre la marcha.

Antes de dormirnos, Álvaro me dice:

—Martina, ¿estás despierta?

Me alarma que lo haga tan serio, después de todo lo vivido hoy.

—Sí, dime.

—No es nada, solo que te quiero, nena.

Me quedo flotando... y finalmente, puedo contestarle.

—Yo más.

A los pocos minutos, escucho la tranquila respiración de Álvaro que se ha quedado dormido.

En cambio, yo sigo pensando en lo que acabamos de hacer. Ha sido un encuentro sexual alucinante, siento que estoy en una nube y que después de compartir esta intimidad, me siento muy unida a él.

Creo que es muy bueno en la cama, pero claro, tal vez no sea muy objetiva, ya que llevo dos años de abstinencia sexual y tengo una escasa experiencia, reducida únicamente a mi exnovio Rubén.

Después de darle unas vueltas más al buen sexo que acabo de tener con este hombre que me vuelve loca... me duermo.

Semana 14



El lunes, después de algunas semanas de reclusión en casa, Álvaro regresa a la oficina con la intención de ir solo a ratos y el resto del tiempo seguir trabajando desde su casa.

Yo me levanto antes que él y me meto en la ducha. Para mi sorpresa, veo que se mete conmigo cuando me estoy aclarando el pelo.

Se ha puesto un plástico para cubrirse el vendaje, no es que sea muy erótico, pero a mí me sirve, y mucho.

Verle allí, delante de mí, totalmente desnudo, me excita muchísimo y estiro los brazos para poder tocarle todas las partes de su cuerpo.

Finalmente, tenemos el mejor sexo matutino que he tenido nunca.

Después de la ducha y de desayunar entre besos, salimos juntos de casa y llamamos a un taxi, ya que Álvaro no debe forzar su pierna aunque la oficina solo esté a cinco minutos de su ático.

Primero me dejan a mí en el colegio, y tras una despedida un poco subidita de tono, teniendo en cuenta que estoy en la puerta de mi escuela y con el taxista delante, Álvaro se marcha a su oficina.

Al mediodía, salgo a comer con las chicas para celebrar el cumpleaños de Emma.

Volvemos a ir al restaurante de La Casita donde celebramos el cumpleaños de Angélica hace unos meses y donde vi por primera vez a mi Álvaro.

Cuando llegamos, hay una larga cola para entrar y para mi sorpresa, el último de la fila es Álvaro junto con dos hombres más, que se giran al escuchar nuestras risotadas.

Álvaro me mira con cara de sorpresa y pone los ojos en blanco por lo cotorras que somos.

Me tiende una mano acercándome a él. Me da un beso en la sien y me presenta a los dos hombres que le acompañan:

—Martín y Noel, esta es Martina, mi pareja.

—Mucho gusto —dicen los dos hombres a la vez dándome la mano.

Y yo pienso que el gusto es mío de que este hombre tan guapo me presente como su pareja.

También se gira y presenta a Emma, Lucía y Angélica.

Hablándome flojito me pregunta:

—¿Cómo ha ido la mañana?

—Bien, ¿y la tuya?

—Bien, cuando acabe la comida iré para casa, te espero allí, ¿vale?

—Vale.

Me despido de él y me acerco a las chicas cuando el camarero nos hace pasar a una mesa que no está muy alejada de donde está Álvaro.

Así que me tienen que interrogar flojito.

—Qué, Martina, ¿alguna novedad, por fin? —pregunta Angélica, que lleva días riéndose de mí porque no pasamos de besos con Álvaro.

—Pues sí —digo, y me quedo tan ancha.

Mientras ellas ponen los ojos como platos, les cuento que por fin hemos hecho el amor, y dos veces.

Las locas se ponen a gritar.

Todas las mesas se giran a mirarnos. Incluso la de Álvaro, que me mira alucinado.

—¿Y cómo fue? —pregunta Emma en tono romántico.

—¿Y cómo lo hace? —pregunta en tono picante Angélica.

—¿Y cuánto duró? —pregunta Lucía con cierto tono de envidia.

Les cuento cómo fueron el primero y el segundo, pero no entro en detalles, aunque ellas me lo suplican.

Cuando falta poco para las tres, salimos corriendo hacia el colegio y me despido de Álvaro lanzándole un beso desde mi mesa. Él me dedica una media sonrisa de las suyas, que me vuelve loca, y con esa imagen, supero la tarde hasta que regreso a su casa.

Por el camino, decido llamar a Carla.

—¡Hola, *tieta*!

—¡Hola, cielo!

—Estoy encerrada en mi habitación con el enano porque ha venido la tía María y está llorando a moco tendido en el comedor con mami.

Me sorprende que María esté llorando, es la persona más fría que he conocido nunca.

—Estás con Gerard, ¿entonces?

—Sí, espera que se pone.

—Dile hola la *tieta* Martina.

El pequeño dice:

—¡Holaaaaaaa!

Me emociono al escucharlo, aún no le conozco y nunca antes hemos hablado.

—¡Hola, precioso!

—¿*Tieta*? —se vuelve a poner mi sobrina—. El ceporro ha tirado el teléfono y pensaba que se había colgado.

Y escucho cómo le regaña.

—Muy mal, no se tira el teléfono.

Como la veo liada detrás de su hermano, me despido rápido. Al colgar, ya he llegado a casa de Álvaro, ¡qué cerquita está del colegio!, me digo maravillada. Qué diferencia eso de tener una hora de transporte público a llegar en cinco minutos.

Cuando entro en su ático está trabajando en su despacho.

Me acerco a él para saludarlo:

—¡Hola!

—¡Hola, nena!

Me dice mientras se acerca para besarme apasionadamente y lo siento muy excitado, cosa que confirma con el siguiente comentario.

—Nena, creo que has despertado a la bestia... no sabes las ganas que tenía de que volvieras a casa para poder tocarte así —me acaricia un pecho y yo ya estoy mareada.

De repente, aparece Magda con un sobre que acaba de llegar y claro, nos interrumpe:

—¡Ay, perdón! Creía que estabas solo, no la he escuchado llegar, señorita Martina.

—Magda, por favor, solo Martina.

Pero no lo hace, es que ni me escucha.

Álvaro la mira con cara de fastidio por la interrupción, pero más le cambia la cara cuando le suena el teléfono.

Yo me alejo con Magda y me dice:

—Señorita Martina, tiene que decirme qué le apetece que preparare

para dejar las cenas y alguna comida congelada para la próxima semana.

—Magda, pues es que eso te lo dirá Álvaro mejor.

Álvaro, que acaba de colgar el teléfono, añade:

—Es que ella con una manzana y un yogur desnatado ya tiene bastante.

—Pero qué exagerado eres —le regaño por el comentario.

—¡Ay, señor! Eso no es manera de comer —dice Magda escandalizada—. Yo te voy a preparar unos platos ricos que te van a cambiar esa manera de comer que tienes —y con ese comentario desaparece.

Cuando Magda se va, Álvaro me dice:

—Mañana me entregan el coche nuevo.

—¿Qué coche? —pregunto porque no sé de qué habla.

—Me he comprado un BMW, te va encantar.

Me quedo un poco parada, me siento mal que me lo suelte así y no cuente con mi opinión como pareja.

Con Rubén, aunque la comparación es horrorosa, este tipo de cosas solíamos hablarlas y decidíamos juntos. Teníamos que encontrar la financiación, buenos descuentos, etc.

Pero con Álvaro todo es tan diferente... No sé si es mejor o peor, en sentido económico.

Él lo nota y me dice:

—Martina, en el accidente me quedé sin coche, quedó siniestro total, ya lo sabes.

—Lo sé Álvaro.

—¿Y por qué pones esa cara? —dice un poco exasperado.

Sé que se va a reír de mí, pero finalmente le digo:

—Pues porque no me has comentado nada.

—Te lo estoy diciendo ahora, nena.

—Sí, pero ya lo has comprado.

—¿No te gustan los BMW?

—¡Ay, Álvaro!, que no es eso —me quejo.

—Pues habla de una vez —dice casi enfadado.

—Pues que si somos pareja, estas cosas deberíamos hablarlas.

Álvaro hace una mueca como si se estuviera riendo de mí.

Ya me imaginaba que al final se burlaría de mí y eso me mosquea aún más

—¿De qué te ríes? —le digo con una mirada asesina.

—De que tienes razón, que debería habértelo consultado antes como el buen novio que soy.

—¿Te estás riendo de mí?

Mira que me estoy cabreado, pienso.

Con una megasonrisa megaseductora, me abraza:

—Que no, tonta, que tienes razón. Estoy acostumbrado a no contar con nadie y mira... mañana mismo te llevo a ver coches y me ayudas a elegir uno, ¿vale?

—No importa.

Y me río para mí misma. Qué mono, ha dicho lo que quería que dijera...

Me río de satisfacción para mí misma sin que este se dé cuenta.

El martes, cuando salgo del trabajo vuelvo a casa de Álvaro. Hemos quedado para elegir coche y estoy ilusionada porque va a ser una de las primeras cosas que vamos a hacer como pareja.

Al llegar al rellano del ático de Álvaro, pierdo el buen humor que traía ya que me encuentro en la puerta con Silvia, su querida compañera, que ha venido a recoger y a entregarle cosas a MI NOVIO, y en ese instante está esperando el ascensor.

Me mosqueo al ver que lleva la blusa desabrochada, la falda mal puesta, el pelo descolocado y la típica cara de después de un buen orgasmo.

Nos saludamos fugazmente y yo intento no arrancarle los ojos.

Cuando entro, Álvaro está hablando por teléfono y me da igual.

Le tiro primero mi carpeta con los papeles, detrás va mi bolso, él lo esquiva todo y cuando estoy a punto de tirarle el jarrón de bohemia que sé que le encanta, me coge de las manos.

—¿Qué coño te pasa? —me grita.

—¿Te has follado a la zorra de Silvia?

—Nooooo —contesta alucinado.

—¿Y me puedes contar qué hacía en el rellano con la ropa mal colocada, el pelo revuelto y la cara de haber echado un buen polvo?

—Y yo que sé. Acaba de irse, ha venido a recoger una documentación pero ni siquiera ha entrado, yo estaba hablando por teléfono. ¡Mierda, la llamada! —chilla.

Se agacha y busca desesperadamente el teléfono.

Al parecer, como se ha tenido que defender de mi ataque, lo ha tirado,

pero la llamada sigue conectada:

—¿Señor Ros? Perdone, me ha surgido un asunto, le llamo mañana y lo aclaramos —pausa—. Gracias.

Y cuelga.

Con cara de mosqueo se gira y me mira.

—¿Qué? —le digo histérica.

—No sé a qué viene este numerito.

—Ya te lo he dicho, la acabo de ver, estaba en la puerta tal cual te lo he contado.

Álvaro intenta acercarse a mí, pero yo no le dejo. Vuelvo a saber y a notar que me la han vuelto a dar y eso me ha pasado por confiar en un tío.

—Martina, no te haría eso nunca, pero nunca.

—Y una mierda, eres un mentiroso, como todos —estoy muy cabreada.

Me agacho para recoger mis cosas, que están desperdigadas por el salón, e irme. Pero Álvaro me retiene.

—Oh, no, señorita, no vas a huir.

—¡Apártate! —le digo señalándole con el dedo.

—No... Primero hablemos.

—Ya he visto lo que tenía que ver.

—No he hecho nada con Silvia, joder.

—Pues ya me explicarás.

—No, te lo va explicar ella...

Entonces, coge el teléfono y con su voz sensual dice:

—¿Silvia? Me he olvidado de darte otra documentación importante que se tiene que enviar urgentemente, regresa a mi casa —pausa—. De acuerdo.

Mientras escucho su tonito me hierve la sangre, y mucho.

Cuelga y le miro alucinada.

No sé lo que pretende, pero yo aquí no pienso quedarme.

Pero antes de que me dé tiempo de acabar de recoger todas las hojas que hay desperdigadas por el salón, suena el timbre.

Álvaro se dirige a la puerta.

—¡Hola, Álvaro! —dice la muy zorra con voz zalamera.

—Pasa —le pide.

Cuando entra, me ve de pie con muy mala cara.

—¿Me puedes explicar por qué estabas en la puerta de mi casa medio

desnuda?

Ella sonríe.

—¡Contesta! —insiste Álvaro.

—Ya lo sabes, Álvaro.

—¿Qué cojones estás insinuando? —dice Álvaro en un tono bastante duro.

La expresión de Álvaro se endurece de tal forma que, en ese mismo instante, sé que no me está mintiendo.

Ella también se da cuenta de su cabreo y retrocede.

—Lo siento, yo...

—¿Tú qué? —la increpa Álvaro.

—Yo... quería darle celos a Martina.

Álvaro me mira y yo asiento con la cabeza. No quiero que esto vaya a más.

—Vete —le pide.

Entonces ella se da la vuelta y desaparece.

Nos quedamos solos y Álvaro se acerca a mí. Sigue con cara de mosqueado y me dice:

—Espero que sea la última vez que desconfías de mí.

Coge su teléfono y llama a Pablo, su colega del trabajo, y le escucho decir:

—Prepara el despido de Silvia —pausa—. Sí, improcedente, me da lo mismo —pausa—. Dale lo que le toca y nada más. Ya te contaré.

Cuelga y me deja sola en el comedor.

Voy detrás de él y le pido disculpas, he caído en la trampa de esa zorra y le he demostrado que no confío en él.

—Álvaro, he picado, pero es lógico, aún me estoy curando —le miro con cara de penita.

Entonces, y como no sabe estar enfado conmigo, me mira ya con su bonita cara y me besa:

—Te perdono, pero no lo vuelvas hacer.

Yo asiento.

—¿Hacemos las paces en la cama?

—¡Álvaro! —le pego en el brazo y lo regaño, pero acabamos allí.

A finales de semana le entregan el coche nuevo que hemos elegido.

Yo me he encargado de escoger modelo y color. Él, del tema de motor,

ruedas, llantas y esas cosas, que yo no entiendo nada. Es más, creo que me podrían entregar el vehículo totalmente hueco o con motor de cartón-piedra y estaría igual de contenta.

En mi opinión, y para tratarse de un coche, me parece bastante caro, pero a él le parece lo contrario.

Finalmente, hemos pasado una semana tranquila. Dormimos la mayoría de días en su ático porque la verdad es que se está muy bien.

El fin de semana vamos a pasear juntos ya que Álvaro aún no tiene la pierna al cien por cien y no podemos salir a correr. Pasamos a ver a Carlos, que nos mira alucinados de lo pegajosos que somos, pero yo también alucino con lo bien que está con Mónica, la que era su exmujer y ahora se han convertido en dos locos enamorados dándose otra oportunidad.

Parece que su relación va a tope y no se separan ni un segundo el uno del otro. Vuelven a vivir los cuatro juntos y Mónica ha vuelto a trabajar con él, ayudándole con la cocina de su cafetería.

Nosotros, Álvaro y yo, estamos genial juntos, no discutimos casi nada, aunque algún encuentro tenemos, pero creo que son provocados por Álvaro con la finalidad de que nos reconciliemos en la cama.

Tampoco nos separamos mucho, solo para ir a trabajar. Álvaro aun no viaja por trabajo, sé que lo está retrasando y temo que luego sea de golpe.

Semana 15



Estamos a mediados de febrero y tenemos la fiesta de aniversario de los padres de Álvaro. Yo me he comprado un precioso vestido rojo a petición de mi amor.

Ese fin de semana nos desplazamos a *la Vall d'Aran* y nos alojamos en la habitación donde lo hicimos la primera vez, bueno, en realidad era la mía, pero Álvaro no me dejó ni un momento.

Para mi desgracia, en la habitación de al lado, y compartiendo baño con ellas, está la querida prima Noelia y su amiguísima Irene, que se alegran muchísimo de ver a Álvaro, aunque no tanto a mí.

El sábado, la casa se llena de familiares y amigos de todos los lugares del mundo. Me alegra ver que están tan surtidos de amigos. Dice mucho de la familia, ya que deben ser muy buenas personas y eso se refleja con este maravilloso ambiente.

Todos los invitados quieren saludarme y se muestran encantados de conocerme. Algunos me explican anécdotas realmente divertidas del trasto de Álvaro, me lo imagino de pequeño y me entran ganas de comérmelo.

Entre los invitados, y para mi gran sorpresa, están los padres de Paula, la que fue la anterior novia de Álvaro, y también está su hermana Beatriz, embarazada de seis meses.

Álvaro me los presenta y me siento profundamente triste e incómoda, pero sus padres se muestran muy amables conmigo, aunque creo notar que Beatriz no tanto. Me imagino que debe verme como una sustituta de su hermana y eso le debe doler. Prefiero no tenerle en cuenta esa mirada que me echa.

Ella agradece los regalos para su bebé que Álvaro le ha enviado hace unos días, según escucho. Eso no me gusta, no el hecho que le envíe regalos a su bebé, sino porque Álvaro no me ha comentado nada.

Álvaro se da cuenta de que he escuchado el comentario y me mira. En ese instante no digo nada, pero de esto vamos hablar, ¡y tanto que vamos hablar!

La que realmente está feliz al verme es Georgina, la pequeña sobrina de Álvaro, que se pasa parte del día enganchada entre mi pierna y la de su tío, asustada de ver a tanta gente en casa de sus abuelos. Creo que le doy tranquilidad y no se aparta de nosotros hasta que se hace tarde y la llevamos a la cama.

El domingo, la casa se queda más tranquila, tan solo hay gente de una empresa de limpieza recogiendo lo de la fiesta y algunos pocos familiares más.

Álvaro ha salido a despedirse de unos amigos cuando la prima y la amiga me ven sola en la cocina y vienen directas hacia mí. Yo me preparo, porque ya sé que no quieren nada bueno, pero lo que realmente no me espero es lo que me dicen:

—Pues parece que mi primo sigue entreteniéndose contigo —afirma Noelia.

—Claro, como está lesionado necesita una chacha —ataca Irene.

—Mirad, guapas, me parecen súper divertidas vuestras mofas hacia mí —me defiendo y me río, aunque estoy a punto de escupirles y decirles: guarras, os odio.

—Sí, ríe, nosotras también nos reímos cuando Álvaro nos contó que te querías casar con él —dice Irene.

—Olvidalo bonita, él solo pasa el rato contigo y lo sé, porque además de que nos lo ha dicho, soy su prima y le conozco muy bien.

Yo me quedo blanca, «¿qué Álvaro ha dicho qué?»

Estoy alucinada. Me acuerdo de la conversación que tuvimos aquel día en su terraza en que yo saqué mi lado más clásico y le dije que me gustaría casarme con él antes de vivir juntos.

Pero, ¿por qué le cuenta este idiota nada a estas dos garrulas? Me estoy cabreando mucho y esto, sumado al regalito de su excuñada embarazada, me está matando.

Las dos brujas malas se dan cuenta de que estoy descompuesta y con cara de susto, se alejan de mí. Saben que me han tocado y que me han hundido a la vez.

Hecha una fiera subo a la habitación, rompería media casa por el camino, pero sé que la familia de Álvaro no tiene la culpa de tener un hijo gilipollas, aunque más gilipollas soy yo por haber confiado en él.

Recojo mis cosas y sin que nadie me vea, me voy caminando hasta el centro del pueblo donde sé que hay una parada de taxis.

A las tres horas estoy de nuevo en mi casa donde empiezo a llorar y llorar hasta que me duelen los ojos y me quedo dormida en el sofá.

Cuando me despierto y abro los ojos, me duele muchísimo la cabeza y veo que Álvaro está sentado delante de mí, con cara de enfadado.

Yo alucino, ahora va ser él el ofendido. Mira, mejor, pienso yo, a ver si de una vez por todas se larga para siempre.

Me incorporo para pedirle que se largue, pero la cabeza me va a estallar.

Así que mucho más flojo de lo que me gustaría le digo:

—¡Fuera de mi casa!

Él entorna los ojos pero no dice nada.

—Álvaro, no hagas que lo repita, quiero que te marches y no vuelvas nunca más.

—No lo vuelvas a repetir porque no me voy a ir hasta que no me des una explicación de por qué coño te has ido de casa de mis padres sin decir nada. ¿Sabes el rato que me has hecho pasar? Me has asustado, pensaba que te podía haber pasado algo.

—Sí, me podría haber comido un oso —me mofo de él.

Y como veo que no le hace ninguna gracia, añado:

—Yo no te debo ninguna explicación, ¡fuera yaaaaa! —por fin me sale un grito decente, pero él ni se inmuta.

—Es obvio que ha pasado algo y me lo vas a contar, ¡ahoraaaa! —me ordena.

No abro la boca y lo mato con la mirada

—Sé que escuchaste que le envié unos regalos a la hermana de Paula y que te molestó.

Me recuerda ese detalle, que en este momento lo tenía olvidado, y vuelve a aumentar mi cabreo.

—No te dije nada porque pensé que te molestaría y no quería... —no

sabe cómo terminar la frase.

—Entonces, me mientes y así es mejor, ¿no?

Toma ya, te he pillado. ¿Ahora qué, listillo? Pienso yo.

—Me equivoqué. Lo siento, te lo tendría que haber dicho —se calla unos segundos, para mi gusto bastante eternos, y añade—, pero sé que no estás tan enfadada por esto, sé que hay algo más, pero también estoy seguro de que yo no tengo nada que ver y quiero que me lo expliques yaaaaaaa —me vuelve a mandar.

Uy, qué mal va. A mí exigiéndome este, por aquí no, guapetón.

Suspiro y le digo:

—Ahora no, vete y ya te llamaré.

—No lo vas hacer, solo quieres que me vaya y salirte así con la tuya.

Mira cómo me conoce ya este... y para mi sorpresa, me dice con su mirada fría:

—Si me voy sin una explicación de aquí, no quiero que me vuelvas a llamar nunca más. Estoy harto de todas tus huidas y de todas tus desconfianzas.

Me quedo muda al ver su rotundidad, pero ahora me da lo mismo. Solo quiero que se vaya, por bocazas.

Espera dos minutos.

Sigue mirándome con esa mirada suya que me hiela, pero estoy tan enfadada que hago lo mismo: le miro con mi peor cara.

Finalmente, con cara de mucho mosqueo y ofendido, se levanta, coge su chaqueta y se va.

Es el colmo, se hace el idiota y el ofendido.

—¡Que te den! —grito, aunque ya no creo que me escuche.

Semana 16



El lunes empiezo la semana con un dolor de cabeza terrible, les digo a las chicas que no pregunten y que me dejen tranquila.

Consigo llegar por la tarde a casa y llamar a mi sobrina, que está un poco alterada.

—¡Hola, *tieta*!

—¡Hola, cielo! ¿Qué me cuentas?

—Tía María está en casa.

—Muy bien —me importa un pepino lo que haga esa.

—Y estará viviendo con nosotros unos días.

—¡Ah! —alarma, crisis con Rubén, me alegra saberlo.

—Bueno, tú no te preocupes, cariño, que son cosas de mayores y ellos sabrán solucionarlo.

Carla no está dispuesta a cambiar de tema y añade:

—Tía María dice que tú tenías razón, que Rubén es un cerdo y que no va a volver nunca con él.

—Eso lo dice porque está enfadada. Tú, ni caso.

Me doy cuenta de que es una gran pelea y no puedo evitar sonreír un poco para mí misma.

Como mi sobrina ve que no entro al trapo con este asunto decide cambiar de tema, pero no me gusta nada, por el cual decide hacerlo:

—¿Cómo fue la fiesta de los padres de Álvaro?

—Bien —miento, y mucho.

Como vuelve a ver que tampoco saca nada jugoso de ese tema, vuelve a cambiarlo y me cuenta cosas del chico que le gusta y que no le hace ni caso, cosa que un poco egoístamente me alegra, ya que pienso que, si no le hace caso, no sufrirá como la tonta de su tía, o sea yo.

Finalmente, nos despedimos y quedamos en llamarnos la semana que viene.

El martes estoy peor que el lunes.

Voy como un alma en pena, pero las chicas, que no entran en razón, me obligan a salir a comer con ellas. Las advierto, bueno más bien las amenazo, de que si me encuentro con Álvaro les arrancaré la cabeza una a una y me las comeré después. Se dan cuenta de mi estado inmediatamente gracias a mi sutil comentario.

Gracias a mi advertencia, deciden que vayamos a una cafetería bastante cutre donde seguro que estamos a salvo, ya que no es el estilo de Álvaro.

Entonces, empiezan las muy pesadas:

—¿Qué ha pasado? —pregunta Angélica.

Les cuento primero un poco la fiesta y lo bien que iba todo hasta el encuentro con los padres de Paula, su embarazadísima hermana Beatriz y los regalitos para su bebé, que Álvaro envió a mis espaldas.

Y empieza el primer veredicto:

—Lo hizo porque no quería molestarte —le defiende Emma.

—No debería mentir —prosigue Lucía, que se ajusta más a mi opinión.

—¿Y por eso estás así? —se burla de mí Angélica para quitarle hierro al asunto.

Entonces, continúo y añado la conversación con la querida prima y la amiga, y vuelve a haber el siguiente veredicto.

—¡Putas! —dice Emma.

—¡Malas! —añade Lucía.

—¡Qué guarras! —sentencia Angélica.

Yo estoy de acuerdo con todos los apelativos cariñosos que mis amigas les dedican a esas arpías y que son muy merecidos. Pero no dicen nada de la actitud de Álvaro y digo:

—¿Y él, qué?

—Pues seguro que ya te habrá contado que es un malentendido —dice Emma.

No respondo.

—No le has dejado ni explicarse —se da cuenta Lucía.

No respondo.

—Ni siquiera sabe por qué estás enfadada —concluye Angélica, que parece que lee mi mente.

Asiento finalmente y les acabo de explicar mi huida de casa de sus padres, que me lo encontré en mi sofá un rato después y cómo acabamos.

—Llámale —dice Emma.

—Nooooo —les digo alucinada de que ellas no me comprendan.

Y añado la última frase que Álvaro me dedicó.

—Además, me dijo que si se iba sin una explicación, no volviera a llamarle nunca más... Aunque también os digo una cosa, tampoco pienso hacerlo, nunca —digo rotundamente.

—Se merece saber qué te pasó y seguro que tiene una explicación —dice Angélica.

—¡Nooooo! Y debemos marcharnos ya, es muy tarde —suspiro de alivio y pienso que estoy salvada por la campana.

Nos levantamos y salimos corriendo para acabar nuestra jornada laboral.

El miércoles, las plastas no me atosigan ya que tenemos claustro y no podemos salir a comer fuera y por tanto, no pueden despellejarme.

El viernes salgo con los niños de mi clase de paseo por el barrio, vamos a visitar algunos comercios para ver cómo trabajan.

Al pasar por la Rambla de Sarriá, vemos a unos chicos bailando *brake dance*.

Tanto los niños como yo nos quedamos encantados y, embobados, observamos a la pareja que baila.

Nos quedamos un buen rato disfrutando y viendo cómo se mueven. Es un baile súper divertido aunque, de repente, la diversión se acaba.

De frente, caminando por la acera, veo a Álvaro con su compañero Pablo.

Al verle, se me acelera el corazón y me tiembla todo. Está guapísimo con ese traje azul marino que lleva y con esos andares tan seguros.

Por suerte, ninguno de los dos parecen verme, pero de repente, Álvaro levanta la vista un solo segundo y con su mirada fría, me mira y continua

hablando.

Me quedo helada al ver esa mirada que tiene, que me hace enfadar mucho y lo pagan mis pequeños, que les pido que hagan una fila para regresar a la escuela.

El fin de semana pasa mal, muy mal.

Tengo momentos de debilidad, ya que llamaría a Álvaro inmediatamente. Otros momentos son de enfado, conmigo y con el bocazas este; y otros, que son la mayoría de los momentos, en los que no paro de llorar. Al final, me estoy quietecita y no hago nada hasta que llega el lunes.

Semana 17



Paso una semana triste, pero sobre todo, enfadada.

Aún no comprendo por qué Álvaro tuvo que contarles a su prima Noelia y a su amiga Irene, nuestra conversación privada sobre lo de que yo quería casarme.

Después de unos días sin él, el dolor por no verle y por no poder tocarle, saborearle, olerle... no remite, pero sé que algún día dejará de doler así.

Una tarde, salgo una hora después que todos los de la escuela porque me quedo preparando una actividad para mi clase.

Decido caminar tranquilamente hasta los ferrocarriles, aun sabiendo que puedo encontrarme a Álvaro, pero me da lo mismo. Tal vez incluso me gustaría. Qué le vamos hacer, soy así de masoquista.

Al pasar por una cafetería cercana a la escuela, para mi sorpresa, veo en el interior a Angélica con un hombre.

Lo primero que pienso es que ya está con algún ligue nuevo y me alegro por ella. Pero de repente, noto cómo se rompe algo dentro de mí, ya que sé perfectamente quién es el hombre que está con ella y que me da la espalda, tan solo necesito un segundo para asimilar que está con Álvaro.

Me hierve la sangre, me duele el alma, se me nubla la vista...

Me parece horrible que les haya faltado tiempo al uno y al otro para encontrarse, me estoy poniendo mala por segundos.

Enfadada más conmigo que con ellos, pienso en que aquello era obvio. Ya sabía yo que no podía confiar en ninguna otra mujer más, que por muy amiga que me jurara ser, siempre que un hombre entrara en mi vida esto cambiaría. Y así ha sido otra vez, y Álvaro me ha vuelto a fallar.

La cara se me inunda de lágrimas y esta vez tengo razón doble: por

él, porque me enamoré y por ella, porque pensé que valía la pena como amiga.

Un señor mayor, al verme en ese estado, se acerca asustado y me pregunta:

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Entre lágrimas asiento.

—¿Quiere sentarse? —me señala unas sillas de la terraza de la misma cafetería donde están esos dos.

Salgo corriendo y huyo hasta mi casa.

Llego sin lágrimas y con el corazón roto.

Ahora sé que debo irme, ya no puedo seguir aquí.

El jueves a primera hora, llamo a mi trabajo y les cuento que necesito unos días personales, inventándome una excusa de asuntos familiares. No ponen ningún inconveniente, me conocen y saben que si me cojo estos días, es porque realmente los necesito.

A las nueve de la mañana cojo el metro en dirección a la estación de Sants, necesito estar sola, pensar y alejarme de aquí. Por eso, cojo el primer AVE que va lo más lejos posible y me lleva por casualidad a la ciudad de Sevilla.

Cuando llego a esa preciosa ciudad del sur, solo busco una habitación barata de hotel, donde me encierro a pensar y a llorar. Me siento como hace dos años atrás, es decir, igual de traicionada y de dolida.

Decido dejar el móvil desconectado, sé que Angélica me llamará tarde o temprano fingiendo preocupación, por lo que no tengo intención de encenderlo ni un momento.

Después de unas horas de estar en esa habitación de hotel de Sevilla y harta de llorar, decido salir a pasear.

Estar en un lugar tan diferente a mi ciudad me tranquiliza, sé que estoy a salvo de todo y de todos.

Paso el viernes, el sábado y el domingo con la misma actitud. Y aún no he decidido qué quiero hacer con mi vida.

Sé que tendré que cambiar de ciudad y Sevilla me parece ideal, pero me apena estar a tanta distancia de lo único que me importa en esta vida, que es Carla. También tendré que buscar otra escuela para trabajar, un nuevo piso, etcétera. Pero estoy tan espesa que no puedo decidir nada.

Semana 18



El lunes, desde un teléfono público, ya que me niego a encender mi móvil, llamo al colegio para informales de que aún no puedo regresar. El director de la escuela se impacienta porque no le cuento nada y me pide que hable con Angélica un momento, pues le ha solicitado que si llamo, se lo pase.

—Joaquín, ahora no puedo. Volveré a llamar pronto.

Y cuelgo.

Sé que no es la mejor manera de tratar a mi superior, pero ahora no estoy para modales.

Por la tarde, vuelvo a ir al mismo teléfono público desde el que llamé esta mañana a mi escuela y decido llamar a mi pequeña sobrina. Sé que es lunes y que estará pendiente de que la llame.

No le voy a contar nada y espero que esté lo suficientemente ocupada como para tratar de colgarme lo antes posible.

—¿*Tieta*? —la escucho decir de forma alterada.

—Hola cie... —me corta.

—¿Dónde estás? Te he llamado mil veces —se me rompe el alma. Sé que algo está pasando.

—¿Qué ocurre? —pregunto asustada.

—Todo está fatal.

—¿Pero qué pasa, cielo?

—Tía María está en el hospital y mami está destrozada.

—¿Pero, qué ha pasado?

—Ven, por favor —me suplica mi pequeña entre llantos.

—Voy para allá, tardaré unas horas, pero intentaré llegar lo antes posible.

Veo borroso y deseo salir ya.

Cuelgo y salgo corriendo hacia el hotel, recojo mis cosas y me voy a la estación. Cojo un tren hasta Madrid y en Madrid, consigo subir al último AVE del día con destino a Barcelona.

Cuando llego, son más de las dos de la madrugada y cojo un taxi hasta el pueblo que abandoné hace dos años y que juré no volver a pisar nunca más.

Sobre las tres y media, el taxi me deja en la puerta de la casa de mi hermana mayor.

Por suerte, no han echado la llave y puedo entrar. Me dirijo hacia el salón donde veo que hay luz.

Acurrucados en el sofá duermen mis dos angelitos. Carla abraza a su hermano Gerard. Al ver a mi pequeño sobrino me emociono, es la primera vez que le toco su bonita cara.

Me tapo la boca porque con mis sollozos, les acabaré despertando.

También lloro porque mi sobrina me ha necesitado y yo he estado escondida en la otra punta del país. Me doy cuenta de que soy una gran irresponsable. Finalmente, cuando consigo dejar de llorar, me tumbo en el sofá como puedo con ellos y me quedo dormida rápidamente.

Por la mañana, un ataque de besos de mi sobrina y las risotadas del pequeño Gerard, me despiertan.

Me hacen sonreír pero también me hacen ver que esto no es una pesadilla, sino que es la pura realidad.

Cuando tengo un momento a solas con Carla, le digo:

—Carla, cuéntame por favor cómo está la tía María y qué ha pasado.

—Está ingresada en el hospital desde el jueves. No sé qué ha pasado exactamente, pero sé que está muy grave —al escuchar lo de grave me asusto.

—Cielo, ¡lo siento! —decido contarle toda la verdad.

Y le cuento:

—Me enfadé con Álvaro y con todo el mundo y me fui a Sevilla para pensar. Nunca imaginé que pasaría esto. ¿Me perdonas? —le digo entre sollozos.

—Claro, yo ya sé que eres la mejor *tieta* del mundo y que algo tenía que pasar para que no te localizara.

Me abraza para consolarme y me da mucha fuerza.

De repente, me sigue contando:

—Álvaro me llamó y me tranquilizó explicándome un poco la historia.

¿Ha dicho Álvaro, o es mi obsesión que hace que escuche su nombre? Me pregunto a mí misma.

Carla sigue contándome:

—Luego, como vio que yo estaba tan agobiada por cuidar del enano y por ver a la tía María y a mami así, vino a vernos.

¿Está hablando de Álvaro, mi Álvaro? Decido salir de dudas y le pregunto:

—¿Cómo que Álvaro te llamó? ¿Y dices que vino a veros? —pregunto confusa.

—Es que... ¿sabes qué pasó? —me pregunta.

Entonces me explica:

—Como no podía localizarte en tu móvil, llamé a tu colegio y dejé mi número para que me llamaran si sabían algo de ti. Álvaro me contó que Angélica le había llamado y le dio mi teléfono.

¡Ah!, claro, Angélica... ¡Cómo no!, está claro que ahora son mucho más que amigos, pienso yo rabiosa.

—¿Y vino aquí? —pregunto incrédula.

—Sí, estuvo conmigo y luego se fue a visitar a mami y a tía María al hospital. También me ha llamado cada día para saber cómo estábamos y si habías llegado ya.

Al rato, Carla se marcha al instituto y yo llevo a Gerard a la guardería.

Por el camino, la gente me saluda y se alegran de que haya vuelto al pueblo.

La verdad es que está todo tal y como lo recordaba. Las casas son las mismas, por suerte, aquí no llegó el boom inmobiliario con tanto fervor y se mantiene el encanto de sus calles. Parece que no ha pasado el tiempo y veo a la misma gente, que está igual, y que hace las mismas cosas.

Veo de lejos a Paco en su furgoneta repartiendo el pan, a Elisa con el correo, a Charlie recogiendo las mesas de la terraza... Seguramente, el tiempo se detuvo aquí cuando me fui.

Después, decido ir a ver a mis hermanas al hospital para poder comprobar cómo se encuentran y saber qué ha ocurrido.

Mientras voy de camino, me digo a mí misma que esta situación no va a cambiar nada, que estoy aquí por mis sobrinos y no por ellas. Ellas me hicieron mucho daño y eso no puedo olvidarlo.

María se metió durante años en la cama con mi novio. Lara lo sabía y no me contó nunca nada.

Cuando llego a las puertas del hospital, el corazón no para de taladrarme y la cabeza me duele muchísimo. Pero afronto todos mis enfados y, tras preguntar en recepción por la habitación de María, decido subir.

Lara es la primera que me ve y se levanta rápidamente llorando para abrazarme, aunque yo le respondo de una forma fría.

Después, María se da cuenta de mi presencia y con lágrimas en los ojos, morados y encharcados en sangre, me dice:

—Lo siento, ¡perdóname!

A mí no me salen las palabras y me muestro fría, pero dentro de mí brota un amor descomunal, el amor que nuestros padres nos ofrecieron y nos enseñaron. Recuerdo en ese mismo instante a mis padres y aquella frase que decía mi madre cuando nos veía discutir: *Debéis quereros, sois hermanas y eso nunca cambiará.*

Y, ante las caras destrozadas de mis hermanas, sin darme cuenta y siendo mi subconsciente el que actúa, le digo:

—Está todo perdonado, María.

Entonces lloramos las tres, hasta que viene una enfermera muy preocupada a preguntarnos:

—Señoras, ¿qué les pasa?

Lara dice:

—Es que hacía muchísimo tiempo que no estábamos las tres juntas.

Y la enfermera se anima y nos cuenta que ella también tiene dos hermanas más y que son lo más maravilloso que tiene y claro, esa historia no nos anima a que dejemos de llorar y seguimos llorando un poco más.

Al rato, cuando estamos más calmadas, Lara me cuenta lo sucedido.

Al parecer, María, harta de las continuas infidelidades de Rubén, había decidido dejarlo. Una tarde, María había ido a recoger algunas cosas a la casa que compartía con el idiota de Rubén y este había decidido que María debía volver con él, por las buenas o por las malas y claro, María se negó rotundamente.

Ante el rechazo de mi hermana, primero le suplicó, pero después, más desesperado, la abofeteó. Ella no se quedó quieta y le soltó un buen par de golpes, pero este volvió a abofetearla y la empujó, con tan mala pata que María, cayó y se dio un golpe en la cabeza con la escalera y quedó inconsciente.

Para más inri, este majadero escapó de allí sin socorrer a María y fueron los vecinos quienes avisaron a la policía, asustados por los golpes y gritos que se habían escuchado.

Me quedo perpleja por la noticia, no sabía que Rubén estaba tan mal de la cabeza como para dejarla en el suelo tirada y no ayudarla.

Cuando estoy un poco más calmada y ya he asimilado lo ocurrido, me doy cuenta de que ya no me duele tanto la cabeza y el corazón funciona a un ritmo normal.

Sinceramente, me siento mucho mejor ahora que estoy con mis hermanas, me imagino lo contenta que se pondrá Carla y me lleno de felicidad.

De pronto, Lara dice:

—Gracias por enviar a tu novio.

Prefiero no contar que ya no es nada mío y contesto:

—La verdad es que ha venido él por propia decisión.

—Es un encanto, nos ha ayudado mucho con la operación de Lara.

Me quedo pensando, no sé a qué se refieren y entonces, María dice bromeando:

—Prometo no acercarme a él.

Le sonrío y en el fondo deseo que cumpla su promesa.

Cuando salgo de mis pensamientos, les pregunto:

—¿Cómo que os ha ayudado con la operación de Lara?

—Ya sabes cómo está todo con el tema de la crisis. No podían operarla en el hospital que nos toca. Entonces, él llegó y se hizo cargo del traslado hasta aquí y de que pudiéramos estar en esta habitación. Además, también se ha hecho cargo de lo económico, nosotras no nos podemos permitirnos todo esto.

Pongo cara de extrañada y María añade:

—Creíamos que tú lo sabías.

Alucino, me gusta lo que me cuentan y el corazón me late muy fuerte al pensar en Álvaro.

Decido cambiar de tema y pregunto por el cabrón de Rubén.

—¿Qué pasó con Rubén?

—La policía le está buscando desde el jueves.

—¿No está detenido? —pregunto incrédula.

—Desapareció y no le han vuelto a ver.

Proceso toda la información y pienso dónde se puede haber metido

este inconsciente.

Cuando llega la hora de ir a buscar a mi sobrino a la guardería, me marcho y luego volvemos a casa, donde está Carla.

Al entrar, escucho a Carla hablando por teléfono y diciéndole a la persona con la que habla lo siguiente:

—Sí, llegó ayer —pausa—. Que sí, pesado, que mi *tieta* Martina está bien —pausa—. ¿Mi tía María? También mejor, pero eso te lo puede contar mi *tieta* Martina, que acaba de entrar. ¿Te la paso? —pausa—. Oh, vale... Adiós.

La observo y con cara triste me dice:

—Lo siento, era Álvaro, pero ha tenido que colgar.

Ya me imaginaba que era él, lo que no me esperaba era que colgara solo saber que estaba aquí presente.

—No importa, cielo —le miento y pienso que debe de estar muy enfadado conmigo y no quiere ni hablarme, pero claro, ya tiene la compañía de Angélica.

Paso la tarde con mis sobrinos, el pequeño Gerard me tiene loca.

Mientras jugamos me suena el móvil.

—Martina, tía... Por fin coges el puto móvil, ¿cómo estás? —pregunta Lucía.

—Hola, Lucía. ¡Todo bien! —me alegra su llamada.

—Qué alegría escucharte, estoy aquí con Emma. Cuéntanos.

Vaya, no hay rastro de Angélica... pero no me importa. Ni siquiera voy a preguntar por ella, aunque me imagino con quién debe de estar.

—La semana que viene volveré a la escuela y os lo cuento. No os preocupéis, estoy en el pueblo con mis sobrinos.

—¿De verdad? —se sorprenden.

—Sí, las cosas han cambiado mucho, ya os cuento. Ahora tengo que dejaros, que estoy con los niños.

—Vale... Besitos de parte de las dos.

Y cuelgan.

Me alegra recibir la llamada de ellas, parece que estaban un poco preocupadas.

Por la noche, pienso un poco en Álvaro y en dónde puede estar el cabrón de Rubén.

Al día siguiente, cuando dejo a Gerard en la guardería y regreso a casa, me llevo una terrible sorpresa. Me encuentro a Rubén sentado en el

sillón de mi hermana.

Me quedo en medio de la sala sin saber qué hacer.

—¡Hola, caramelito! —me saluda el muy idiota.

Me llama caramelito como cuando estábamos juntos, que era el apelativo cariñoso que utilizaba conmigo. Yo le llamaba campeón porque a él le encantaba, aunque no tuviera mucho sentido.

Y ante mi inamovilidad, continúa hablando.

—Te he estado observando estos días. Me alegra que hayas vuelto. Estás más guapa que nunca.

De repente, y con toda la fuerza que me sale, me tiro encima de él y le digo:

—¡Hijo de puta!

Él me coge con fuerza los dos brazos y me quedo inmovilizada.

—Yo también me alegro de verte —dice el asqueroso.

—Suéltame... —le pido.

—Si te estás quieta.

Entonces, dejo de forcejear y noto como va haciendo menos fuerza.

En cuanto me suelta, vuelvo a atacarle y le doy un puñetazo con todas mis fuerzas en el ojo izquierdo. Él me maldice y me da un bofetón que me hace sangrar el labio, lo noto por el sabor salado que hay en mi boca.

Vuelvo al ataque pero rápidamente me coge la mano, con tanta fuerza que me duele muchísimo y escucho un ruido raro. No tengo más remedio que dejar de moverme e intentar no pegarle.

—Martina, te quiero mucho, nunca he dejado de quererte. No tenías que haberme abandonado. Yo no quería a María, solo me lo pasaba bien con ella en la cama. Te quería a ti, pero te fuiste y me tuve que quedar con tu hermana.

Yo solo pienso que está realmente loco y que está peor de lo que recordaba. Pero finalmente, le pregunto:

—¿Qué quieres? ¿A qué has venido?

—Tienes que volver conmigo, siempre te he echado de menos. Recuperemos el tiempo perdido. Vayámonos lejos.

—Rubén, nunca volveré contigo y no te vuelvas a acercar a mi hermana María.

—¿Ahora defiendes a tu hermana? —me ataca—. Eres igual de puta que ella —me dice perdiendo la calma.

De repente, se escucha el ruido de la puerta.

Asustado, sale corriendo por la puerta de la cocina.

—¡Tieta! ¿Qué te ha pasado? ¿Te sangra el labio?

—No pasa nada, cielo. Estoy bien —me duele muchísimo el labio, noto como se está inflamando, la mano también duele pero sobre todo, me duele el alma.

—¿También ha sido Rubén? —me sorprende la pregunta.

Pero como no le quiero mentir, asiento.

—¿Pero qué le pasa a este tío? —dice Carla que no comprende nada.

Vamos al baño a limpiarme.

Me pongo hielo en la mano y en el labio, y le pido una cosa a Carla:

—Carla, prométeme que si vuelves hablar con Álvaro, no le vas a contar nada de esto.

—Vale.

La verdad es que tal vez a Álvaro no le importe, pero por si acaso.

Y añado:

—Ni tampoco a mami, ni a la tía María.

—Vale.

Al día siguiente, decido pasar por el médico para que me den un vistazo a la mano.

Les cuento que en esta misma mano tuve un esguince hace unos meses. Me dicen que es solo el golpe y que no se ve nada dañado en las placas que me hacen. Me la vendan y me dan un antiinflamatorio.

Después de salir del médico, decido pasar por comisaría para pedirles que detengan de una vez por todas a Rubén, que continúa merodeando por el pueblo.

Les cuento la visita que me hizo ayer y les enseño las lesiones, que son bastante evidentes. Me preguntan si quiero denunciarle, sopeso la idea pero, finalmente, decido no hacerlo, prefiero que pague por lo que le ha hecho a mi hermana.

Después de salir de la comisaría me voy al hospital a ver a Lara y a María.

Cuando me ven entrar en la habitación, las dos se asustan al ver mi labio inflamado y mi mano vendada.

Les miento y les cuento que me he caído en la ducha de casa. Parece que se lo creen y no insisten en preguntar más.

Veo que María parece estar mucho mejor y sobre todo, está más animada.

Lara me cuenta —cuando salimos de la habitación a por un poco de agua— que no para de hablar de lo feliz que está desde que hemos hecho las paces. La verdad es que yo también estoy feliz por eso, pero no por otras cosas que ya sabía que iban a pasar y que han pasado. Recuerdo apenada mi situación con Álvaro y Angélica.

El viernes llamo a la escuela para decirles que el lunes me vuelvo a incorporar.

—¡Hola, Joaquín! Soy Martina. Quería informarte de que el lunes vuelvo a incorporarme. Gracias por tu paciencia.

—Martina, qué alegría escucharte. ¿Ya está todo bien?

—Sí, casi todo.

—Me tenías preocupado.

—El lunes te cuento un poco lo sucedido.

—De acuerdo, me alegro de que vuelvas ya. Tus niños te echan demasiado de menos.

—Y yo a ellos. Hasta el lunes. Adiós.

El sábado intento pasar un día tranquilo con mis sobrinos. Y lo consigo hasta que aparece Angélica, con su cara angelical de preocupada y buena amiga, pero a mí no me la va a dar.

—¡Hola! —dice acercándose a mí.

—Hola —le digo con poco entusiasmo.

—¿Por qué no atiendes a mis llamadas? —me pregunta molesta.

—He estado ocupada.

—¿Qué te pasa? —dice enfadada al notar mi pasotismo hacia ella.

—A mí nada, ¿y a ti? —ataco.

—Absolutamente nada, he venido a verte porque me tenías preocupada. Además, he hablado con Álvaro y me contó lo de tu hermana.

Algo dentro de mí se enfada mucho al escuchar el nombre de Álvaro en la boca de Angélica y si pensarlo, le digo:

—¿Y cómo os va?

—¿Que cómo nos va el qué? —dice haciéndose la tonta.

—Mira, Angélica, no hace falta que disimules, os vi —se lo suelto directamente, para que no se ande con tonterías conmigo.

—¿Pero qué estás diciendo? —sigue con el rollo de hacer ver que no entiende nada.

—No finjas, sé que estáis juntos. Sabía que pasaría, que él me fallaría, lo que no tenía claro es que fuera contigo.

—Te estás equivocando mucho —dice enfadada.

—Pues cuéntamelo tú, a ver qué es lo que me tienes que decir —la desafío.

—Me imagino que esto viene porque debiste vernos aquel miércoles en el que quedé con él.

Asiento.

—Pues que sepas, que lo que pasó fue esto —dice en un tono bastante desafiante para mi gusto—. Al salir del colegio me encontré con Álvaro. Quería que le explicara qué sabía yo de tu escapada de *la Vall d’Aran*.

—Cualquier excusa es buena para empezar, ¿no?

—Martina, ¿pero qué estás diciendo? Yo no me iría con Álvaro nunca, pero es que él tampoco querría. Está loco por ti, pero tú estás empeñada en no creerle y en echarlo todo a perder.

—¡Ya!

—¡No, ya no! Es así... Le vi fatal, estaba desesperado, por eso accedí a ir con él a esa cafetería, y ¿sabes qué?

Espera unos segundos y añade:

—Le conté toda la verdad.

La miro con cara de “¿tú de qué vas?” y sigue:

—Le conté todo... Lo que te dijeron su prima y su amiga. Y le conté todo porque él quiere recuperarte —me cuenta un poco histérica.

—Lo nuestro está acabado y él no quiere recuperarme, ni siquiera quiere hablar conmigo —digo mientras recuerdo que colgó el teléfono cuando Carla quería pasármelo.

—Eres una burra, si no quiere hablar contigo es porque te lo mereces. Tú, y solo tú, le has dejado escapar.

No me gusta lo que me dice.

—Cuando tu sobrina llamó a la escuela me preocupé muchísimo. Lo hablé con él... y vi cómo se le desfiguró la cara al saber que no te localizaban.

Me quedo en silencio.

—Me duele que te marcharas porque me vieras con él y dudaras de mí.

Sé que no me está mintiendo y debo disculparme:

—Lo siento Angélica. Soy una desconfiada y venía de una semana

súper dura, ya lo sabes.

—Tienes que llamar a Álvaro, se lo merece.

—No, no se lo merece.

—¿Por qué dices eso?

—Él les contó a su prima y a su amiga una conversación privada. Ya sabes, aquello de que yo me quería casar con él.

—De eso también hablamos.

Me da igual lo que tenga que decirme, es un bocazas y me dolió.

—Él me contó que eso no era cierto, que estas debían de haberlo escuchado cuando él hablaba con su hermana de vuestra relación y de cómo la enfocaba en el futuro. Y que sí que mencionó lo de casaros más adelante, porque sabía que para ti era importante.

—¡Ah! Y para él no, ¿no? —le ataco.

—Deja de quejarte. Se casaría contigo, eso es lo que estaba contándole a su hermana, pero aquellas arpías tergiversaron todo.

Sopeso todo lo que me está contando Angélica.

—¿Lo llamarás ahora que sabes toda la verdad? —me dice Angélica casi suplicándome.

Me quedo pensando y le digo:

—Lo haré, pero antes di que me perdonas.

Tras unos segundos responde.

—Te perdono, cabezota.

Y nos abrazamos, la verdad es que la he echado mucho de menos.

Más tranquila, me pregunta:

—¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Por qué llevas la mano vendada?

Le cuento la visita de Rubén y todo lo que le ha hecho a mi hermana.

—Será cabrón —acaba sentenciándolo.

Una vez aclarado todo, disfrutamos del sábado con mis sobrinos. Vamos al parque, a merendar... El pequeño Gerard está encantado de que tanto Carla, como Angélica y yo estemos pendientes de él. Disfruta de nuestra compañía y nosotras nos lo comemos.

El domingo me despido de mis hermanas y de mis sobrinos hasta el próximo fin de semana.

Semana 19



El lunes regreso a la escuela y me reencuentro con mis pequeños, que me abrazan con tanta fuerza que hacen que me caiga en medio de la clase.

Sigo con el labio un poco inflamado, con una herida bastante fea y con la mano vendada.

A la hora de comer, las chicas tienen muchas ganas de estar conmigo pero, sobre todo, de sonsacarme cosas.

Cuando estamos comiendo, Emma empieza diciendo:

—Te hemos echado de menos.

Qué dulce es, pienso yo.

—Y yo —digo de corazón, bueno a Emma y a Lucía sí, a Angélica también la echaba de menos pero la odiaba demasiado en esos momentos.

—¿Nos vas a contar dónde te habías metido? —dice Lucía.

Y les cuento todo: mi enfado, lo de la cafetería, el viaje a Sevilla, el regreso escopeteado por la llamada de Carla, las paces con mis hermanas y la visita que me hizo Rubén.

Como ven el papel de Álvaro me dicen:

—¿Le vas a llamar?

—Sí —les digo segura.

—Menos mal, Néstor se pondrá contento porque volverá la paz a la oficina —confiesa Lucía.

—¡Lucía! —la regañamos las tres.

—¿Qué? Es la verdad, Néstor siempre se está quejando de lo insoportable que se pone Álvaro cuando no está contigo. Y mira, él sabe que somos amigas y se me queja a mí, qué le vamos hacer.

Nos reímos finalmente.

Lucía es incorregible.

Por la tarde acabo agotada.

Cuando llego a casa decido llamar primero a Carla y luego a Álvaro.

A este último quiero agradecerle lo que ha hecho por mis hermanas y por mi sobrina, independientemente de lo que haya pasado entre nosotros.

También quiero escucharle para saber cómo está. Es decir, saber si está muy enfadado conmigo.

Llamo nerviosa, pero no me coge el teléfono.

A los cinco minutos hago otro intento, pero nada... no me contesta.

Ante la duda, el martes pregunto a Lucía:

—¿Sabes si Álvaro está de viaje? Ayer le llamé por la tarde dos veces y no me lo cogió, ni siquiera me devolvió la llamada.

—Pues no lo sé, ayer Néstor no me explicó nada de su trabajo.

—También puede ser que no quiera hablar conmigo.

—No lo creo. Tú no te preocupes, luego llamo a Néstor y le pregunto —me dice Lucía animándome.

A las cinco, salimos de la escuela para regresar a casa y Lucía me confirma que ha hablado con Néstor y que le ha dicho que Álvaro no se ha marchado de viaje.

Por eso, y porque no sé qué me pasa, decido pasar por su casa.

Cuando estoy llegando al edificio de Álvaro me pongo muy nerviosa, pero decido llegar hasta el final y subo.

Me encuentro con el portero, que me saluda muy educadamente, como siempre.

Subo hasta el piso de Álvaro, aún tengo las llaves de su casa en mi llavero pero ya no puedo usarlas, es más, debería devolvérselas si esto continua así.

Llamo a la puerta y a los treinta segundos se abre.

Magda se pone loca de contenta al verme.

—Señorita Martina, qué alegría verle. ¿Quiere pasar? Aunque Álvaro no está... —me advierte.

—Sí, claro que paso.

Nos vamos a la cocina donde está preparando algunos platos para congelar.

Me da un poco de pena sentirme tan intrusa en esta casa y me imagino a Álvaro moviéndose por aquí esta misma mañana. Inevitablemente, me quedo embobada pensando en él.

Magda me saca de mi tontería diciéndome:

—Álvaro me dijo que discutieron.

—Así es —le digo sinceramente.

—¿Y no pueden arreglarlo? Él la echa mucho de menos, ya sabe que le conozco muy bien. Va por la casa como un alma en pena. Si le viera...

Como no quiero que me martirice más con comentarios de lo genial que es Álvaro, la interrumpo rápidamente.

—He venido porque quería hablar con él. Ayer le llamé pero no me cogió el teléfono y he pensado que quizás estaría aquí trabajando.

—Últimamente no está mucho por aquí y suele llegar muy tarde. La verdad es que tampoco cena mucho, porque me encuentro las sobras de mis platos preparados casi enteras. Y me da una pena tirar comida... —dice Magda con su naturalidad habitual.

Escuchar sus palabras me da esperanzas, quizá sí que quiera volver conmigo. Tal vez, cuando lo localice podamos hablar, pienso.

Continuamos hablando un rato más y le pido a Magda que le diga a Álvaro que me llame.

El miércoles, como veo que no ha hecho caso a mis dos llamadas del lunes y al recado que le dejé a Magda, decido volver a llamarlo a las seis, a las siete y a las nueve de la noche. No me lo coge y no me llama después.

El jueves vuelvo a insistir, este cabezón no me va a dejar a mí con la palabra en la boca.

Le llamo y no me lo coge, como ya es habitual. Acto seguido, le envío un mensaje al móvil:

«¿Podemos hablar? Martina».

Decido firmar el mensaje, por si acaso ya no se acuerda de mí.

Tampoco recibo respuesta, le vuelvo a llamar una hora después y tampoco lo coge.

Empiezo a estar un poco mosqueada.

El viernes, las chicas y yo salimos a comer a un restaurante nuevo que abrieron la semana pasada en el barrio y que está teniendo mucho éxito.

Al entrar, me encuentro con una gran sorpresa, en una mesa que hay junto a una ventana está el desaparecido.

Álvaro está con varios colegas de su trabajo que conozco de vista. Sin pensarlo, y siguiendo mi instinto, me dirijo hacia él. Las chicas me miran alucinadas, pero ya estoy harta de que me ignore.

—¡Hola! ¿Podemos hablar un momento? —le digo.

—Ahora no, Martina —me dice.

—Sí, ahora sí, Álvaro.

—Ya te llamaré —me dice atacándome, ya que es lo mismo que le dije yo la última vez.

Entonces, y no sé por qué lo hago, le tiro su vaso de agua en los pantalones.

—¡Joder, Martina! —dice levantándose.

Sus colegas ponen una cara de susto muy parecida a la de Emma, Lucía y Angélica.

—Ahora que ya estas de pie, ¡salgamos!

Y cogiéndolo de la mano lo arrastro hacia la calle.

Sentirlo tan cerca después de tantos días hace que se me ponga la piel de gallina.

Al salir, nos ponemos a un lado de la calle para no molestar a los que pasan.

Cuando lo tengo delante, le digo:

—Podrías contestar a mis llamadas.

—Podría —dice.

—Solo quería agradecerte lo bien que te has portado con mis hermanas y con Carla.

—Sí, ya lo veo —dice mirándose el pantalón empapado.

Me muerdo el labio porque es verdad que no se nota con este gesto que acabo de tener con él pero, de hecho, me ha obligado a hacerlo porque no quería salir a hablar conmigo.

De repente, se da cuenta de mi herida en el labio y me pregunta:

—¿Qué te ha pasado en el labio?

Intento cambiar de tema.

—Gracias por todo, tenía que decírtelo.

Él vuelve al ataque.

—¡Que me expliques qué te ha pasado en el labio!

—Me encontré con Rubén —no sé por qué le digo la verdad.

—¿Te hizo esto ese hijo de puta? —su cara de furia me alarma.

—Yo también le di —me defiende e intento calmarlo.

—¿Y la mano? —pregunta al darse cuenta de mi venda.

—También.

—Este gilipollas me las va a pagar.

—Ya está detenido.

—¿Le has denunciado?

—Sí —le miento.

Se ablanda y me coge la mano vendada.

Creo que va a hacer aquello que me gustaba tanto cuando me hice daño al tropezar con él... besarla. Pero no lo hace. Me entristezco y me desilusiono.

—¿Te duele mucho?

Asiento.

Esta vez y porque me interesa, exagero.

Pone cara tierna, pero cinco segundos después. Vuelve a mostrarse frío y me dice:

—¿Esto es todo lo que me tenías que decir?

Yo le diría que me perdone, que le quiero, que le echo mucho de menos... Pero mi boca está sellada y no dice nada. Solo asiento.

—De acuerdo. Tengo que volver a entrar.

Y sin más, me deja plantada en la calle y vuelve a meterse en el restaurante.

Yo entro detrás, busco la mesa de las chicas y observo cómo Álvaro les dice algo a sus colegas y se marcha.

Por la tarde, cuando estoy llegando a casa, el móvil me suena. Deseo que sea Álvaro, pero es un número que no conozco.

—¿Sí?

—¿Martina? Soy Javier Ruiz, ¿te acuerdas de mí? Fui el médico que te llevó lo de la mano.

—Sí, Javier, claro que me acuerdo.

—Te llamo para que vengas a verme y pueda echarle un vistazo a esa mano. Álvaro me ha comentado que la vuelves a llevar vendada.

Yo me quedo alucinada, no entiendo que Álvaro le haya pedido a Javier que me llame para que chequee mi mano.

—Gracias Javier, pero mi mano ya está mejor.

—Pero sería mejor que vinieras y le echáramos un vistazo, será solo

un momento.

Un poco borde con Javier, y pagando mi mosqueo con él, le digo:

—Mira, Javier, dile a Álvaro que no necesito que me busque ningún médico. Y que si quiere hablar conmigo, que me llame.

Irritada, cuelgo.

A los diez minutos, recibo otra llamada. Es Álvaro.

Como sé lo que quiere no se lo cojo, insiste varias veces. Pero no lo cojo.

De repente y mientras suena el móvil, llaman a mi puerta.

Con el teléfono en la mano y con su cara seria, encuentro a Álvaro delante de mí.

Entra y va directo hacia mi teléfono. Él cuelga el suyo y el ruido del mío cesa.

—¿Qué? —le grito.

—¿Por qué no puedes ir a ver a Javier? Esta mañana me has dicho que te dolía la mano.

Yo pienso: te lo he dicho para llamar tu atención, no para que me mandaras a un médico. Pero no se lo digo.

—Pues ya no me duele.

—No has denunciado a Rubén —afirma Álvaro, no sé cómo se ha podido enterar.

—No —confieso.

—¿Por qué?

—Porque lo que me hizo no me importa, me importa lo que le ha hecho a María.

No dice nada.

—¿Y tú por qué lo sabes? —le pregunto.

—Le pedí a mi hermana que llevara el caso de María y hoy le he contado lo de tu denuncia. No la ha localizado, evidentemente.

—No hace falta que le pidas nada a tu hermana, ya me encargaré yo de que María tenga un abogado.

Álvaro pone los ojos en blanco y dice:

—No te voy a dejar elegir. Mi hermana es muy buena y hará que ese gilipollas pague por lo que os hizo.

Como sé que no sirve de nada discutir con él, desisto.

Con cara de mosqueo me vuelve a regañar.

—No vuelvas a interrumpirme nunca más en una reunión de trabajo y

menos aún, a verterme agua en la entrepierna.

—No tengo intención de molestarte nunca más si tú también me dejas en paz —miento para defenderme de su regañina y le señalo la puerta invitándole a que se vaya.

Pero ni se digna a dirigir la mirada hacia la puerta, es más, parece más relajado y se sienta en mi sofá.

Decido que puede ser un buen momento para darle una explicación por mi huida de *la Vall d'Aran* y le digo con toda mi cautela:

—Álvaro, creo que te debo una explicación por lo que pasó en casa de tus padres. Aunque ya sé que estás al corriente —recuerdo que Angélica le informó.

—No hace falta que me cuentes nada.

Me extraña esa actitud, pero arriesgándome, le digo:

—¿Me vas a perdonar?

—Sí.

Y ronroneando un poco, me acerco a él para hacer unas maravillosas paces, pero lo único que hago es el ridículo. Álvaro me mira como si fuera un mono y, ante esa actitud, le digo:

—¿Me vas a besar?

—No.

—¿No?

—No.

¿Me está diciendo que no quiere besarme?

No me lo creo por lo que le vuelvo a preguntar:

—¿No?

—Que no, Martina, lo nuestro ya está bien así.

—¿Ya está bien así? —parezco boba, pero es que no entiendo que esto esté bien así.

—Sí, es mejor que dejemos esto como está.

Me quedo muda y asiento.

No quiero darle el gusto de que vea lo que me fastidia lo que me está diciendo.

Me observa y creo que tiene cara de pícaro, pero no me deja verla bien con esa máscara que se pone.

De golpe, se levanta y me dice:

—Me voy. Mañana iré a llevarle a tu hermana unos papeles que debe firmar para la denuncia de Rubén y además, también quiero pasar a saludar

a Carla. ¿Piensas ir a visitarlas?

Asiento.

—Si quieres, puedes venir conmigo.

Vuelvo asentar.

—Te recojo a las nueve de la mañana.

Y sin más, se va hacia la puerta.

Me siento triste, dice que lo nuestro ya está bien así. Pero a mí así no me gusta nada y no me parece que nada esté bien así.

El sábado, tan puntual como siempre, Álvaro me recoge para ir a hasta el pueblo de mis hermanas.

Se me hace difícil tener la tentación tan cerca y no poder ni tocar ni probar nada de él.

Primero visitamos a María en el hospital y Álvaro le hace firmar algo que su hermana le ha dado.

Al parecer, Claudia ya ha visitado a María en alguna ocasión para hablar del tema de la denuncia contra Rubén.

Después nos vamos a casa de Lara y pasamos parte del sábado con mis sobrinos.

Carla está encantada con la compañía del guapo de Álvaro, incluso le pide, con cara de niña buena, que la acompañe a la biblioteca a recoger algo. Yo sé que lo que realmente quiere es fardar de acompañante por el pueblo.

Ella sabe que no estamos juntos y además, nuestro comportamiento nos delata.

Me sorprende que no me increpe con algún comentario de que soy una cabezona, que tengo que volver con él, etcétera. Tal vez, esté detectando que Álvaro ya no siente tanto por mí como antes.

Realmente pasamos un día agradable, pero antes de la cena decidimos regresar a la ciudad.

De vuelta a casa, deseo que Álvaro me proponga que vayamos a cenar. Pero eso no ocurre, me deja en la puerta de casa en doble fila.

—Ya hemos llegado —anuncia como si yo no me hubiese dado cuenta. La verdad es que hemos vuelto casi en silencio, yo rezando a cualquier dios para que me invitara a cenar y él, tal vez, pensado en su plan de después, que desconozco cuál es.

—Buenas noches —me dice como diciendo “baja del coche, ya”.

Yo pienso un poco triste en que no quiero que me dé las buenas noches, sino que me haga pasar una buena noche.

Finalmente le contesto:

—Buenas noches —digo, y me bajo del coche sin el más mínimo gesto de cariño recibido por su parte.

Subo a casa y me meto en la cama, ya no tengo ganas de cenar.

El domingo voy entendiendo que Álvaro ya se ha cansado de mí. Tal vez la arpía de su prima y la amiga tuvieran razón y Álvaro solo quería un pasatiempo.

Semana 20



El lunes decido plantearme la vida de otra manera o, de lo contrario, este dolor en la barriga causado por los nervios que me provoca Álvaro no se va a ir nunca. Así pues, decido aceptar que Álvaro pasa de mí y que yo debo volver a retomar mi vida tranquila de hace unos meses atrás.

Con este pensamiento sobrevivo el lunes, el martes y hasta el miércoles. Pero el jueves, la cosa va decayendo y no me siento tan segura.

No hay rastro de Álvaro por el barrio y me planteo alguna excusa para verlo. Pero el jueves no se me ocurre nada que sea una buena idea y que no parezca un plan desesperado. El viernes tampoco se me ocurre ningún maravilloso plan.

Llega el fin de semana y, como estoy tan floja de ánimos, decido no ir a ver a mis sobrinos y a mis hermanas; la cosa ya está mejor y mi compañía deprime a cualquiera.

Sé que María ya está en casa de Lara. Está estable y solo le van haciendo chequeos. Así que, prefiero quedarme en casa descansando.

El sábado, cabizbaja, decido salir a correr y ya de paso, ir a ver a Carlos. Hemos hablado estos días por teléfono, porque estaba preocupado al no verme por allí.

Solo verme, se asusta de mi estado:

—Pero bueno, ¡vaya cara traes!

Le cuento mejor lo que ya le he contado por teléfono estos días y que estoy así porque estoy asumiendo que Álvaro ya no quiere estar conmigo.

—No me lo creo, Álvaro no puede estar cansado de ti, estaba muy enamorado y eso no se acaba así como así. Sino mírame a mí, a pesar de los pesares con Mónica, yo siempre he estado enamorado de ella —me dice Carlos.

Después de un rato hablando de mi desamor me dice:

—Esta tarde te vienes a casa para conocer a mis niños.

—No quiero que se asusten con mi cara de palo.

—No seas tonta —y como no tengo otro plan mejor, decido aceptar.

Pasamos una tarde idílica, los niños y Mónica han preparado un estupendo pastel que nos comemos para merendar y los niños son un encanto.

Lo que más me gusta es la noticia que me dan los cuatro.

—Martina, tenemos que contarte algo —anuncia Carlos.

Por la cara que ponen sé que es algo bueno.

—¿El qué? —pregunto intrigada.

—Vamos a tener un hermanito —me dice el pequeño.

—No, una hermanita —corrige su hermana.

Parece ser que hay preferencias.

—¡Ahhh! —grito, me pongo a saltar de alegría y abrazo a los cuatro.

—Eso no es todo —dice Mónica.

—¿Hay algo más? —pregunto un poco asustada.

—Sí —dice Carlos—. Nos gustaría que tú fueras la madrina del nene o la nena que venga.

—Nene.

—Nena.

Sigue la batalla entre los hijos de Carlos.

Y sin más, me pongo a llorar como una tonta, pero de felicidad.

Acepto encantada.

Semana 21



El lunes, cuando salimos a comer con las chicas, les cuento la noticia del nuevo bebé de Carlos.

—Un poco precipitado, ¿no? —dice Lucía.

—Es maravillo, un bebé siempre trae felicidad —dice la dulce Emma.

—¿Será de Carlos? —pregunta la bruta de Angélica.

Una vez aclaramos estas cuestiones, quedamos en que iremos las cuatro a hacerle una visita para felicitarle.

Cuando salimos del restaurante, como siempre justas de tiempo para empezar las clases de las tres, vemos pasar a Álvaro con una despampanante mujer de pelo largo rizado y moreno, enfundada en un precioso traje rojo.

Me hierve la sangre.

Él se da cuenta de nuestra presencia y cuando llegan a nuestra altura se paran.

Me mira un segundo y dice:

—¡Hola!

—¡Hola! —dicen Emma, Lucía y Angélica. Yo me he quedado muda.

—Sofía... Estas son Lucía, Emma, Angélica... —hace una breve pausa—, y Martina.

—¡Encantada! —dice la despampanante mujer.

—Igualmente —mienten mis amigas y yo sigo muda.

—Tenemos que irnos. Hasta otra —dice Álvaro con cara de satisfacción. Será gilipollas, fanfarroneando de tía.

Emma rompe el silencio que nos ha dejado esta aparición.

—¿Quién será esta?

—No os preocupéis que yo le pregunto a Néstor quién es esta lagarta —dice nuestra infiltrada en la oficina de Álvaro, que es Lucía.

Yo no quiero comentar nada porque si hablo, se me van a escapar las lágrimas.

Paso la tarde mal y el martes igual.

Lucía me cuenta que Néstor le ha dicho que la despampanante mujer estuvo en el despacho de Álvaro durante mucho rato, pero que no sabe quién es y cree que no es de la empresa.

Sé que son malas noticias, pero a ver si así empiezo ya a entender que este capullo pasa de mí.

El miércoles salgo a comer con las chicas y Lucía nos cuenta que no está bien con Néstor casi desde que se casaron.

En cierto modo ya lo sabíamos, siempre nos explica las incesantes broncas que mantienen por chorradas, según mi punto de vista. Que si no recoge la cocina, que si se queda dormido en el sofá, que si no hacen tanto el amor...

Me entristece la noticia e intento animarla, pero yo, especialmente, no soy la alegría de la huerta últimamente.

De repente, Angélica cambia de tema:

—¿Queréis dos entradas para el circo del sol?

—Yo no, tal y como estoy con Néstor, no voy con él ni a la puerta de casa —dice Lucía un poco triste.

—¿Y por qué no vas? Me han dicho que este último espectáculo es precioso y muy romántico —dice Emma.

—Es que compró las entradas Félix, pero este fin de semana nos vamos a Ibiza porque le han contratado para pinchar en una discoteca muy buena, y es una gran oportunidad para él.

A mí, al escuchar entradas, espectáculo y romántico, se me enciende una lucecita y les digo:

—Yo me las quedo.

—¿Tú? —preguntan las tres extrañadas ya que saben que, desde que no estoy con Álvaro, he vuelto a mis fines de semana tranquilos, o según ellas, fines de semana aburridos.

—Sí, intentaré que me acompañe Álvaro.

Las tres sonríen, les encanta la idea y se acercan para escuchar lo que he pensado y ayudarme a perfeccionar mi plan.

Por la noche, antes de poner el plan en marcha, aviso a Carla para que

sea mi cómplice.

—¿Tú crees que aceptará? —le pido opinión a mi sobrina.

—Estoy segura —me tranquiliza mi pequeña.

Después, cuando ya me veo tranquila y segura, decido llamar a Álvaro, pero como últimamente hace, no coge el teléfono.

Tal vez esté ocupado con la guapa Sofía. Pero al rato, me devuelve la llamada.

—Dime, Martina.

—¡Hola, Álvaro! Es que resulta... mira es que...

—¿Martina, qué pasa?

—Pues que tenía dos entradas para el circo del sol para ir con Carla, pero resulta que no puede venir... —miento.

—¿Y? —pregunta.

—Y me preguntaba si te apetecería venir a ti.

Buf, soplo... Ya está, ya lo he dicho.

Se queda en silencio unos segundos.

—Sí, me apetece.

Buf, vuelvo a soplar... ha aceptado. ¡No me lo creo!

—Será a las diez, este viernes —le confirmo.

—Vale, te recojo en tu casa a las nueve.

—Vale.

Y cuelga.

Ha estado un poco soso, pero yo estoy como loca de contenta.

El jueves estoy feliz y el viernes más... Sé que había decidido aceptar que Álvaro pasara de mí, pero me doy esta última oportunidad.

A las nueve, puntual como siempre, Álvaro llama a mi puerta.

Al verle, me derrito literalmente, ¡qué guapo está!

—¡Hola! ¿Lista? —me pregunta.

Asiento y nos vamos.

Vemos el espectáculo y realmente es cierto lo que nos dijo Emma sobre lo romántica y maravillosa que es esta función.

Después, cuando acaba el número, nos vamos a cenar algo a una terraza de un hotel cercano al circo y comemos unos pinchos.

Estamos muy relajados y a gusto.

Solo me faltaría poder tocarle y esta noche sería perfecta.

Hablamos de todo un poco, igual que cuando estábamos juntos, hasta que decidimos volver a casa.

Yo desearía que me llevara a la suya, que me dijera que me quiere y que no quiere que me separe de él. Pero lo que pasa en la realidad es muy diferente.

Me lleva a casa y ante mi cara de póker me dice:

—Martina, me ha gustado verte y estar contigo, pero es mejor que dejemos las cosas tal y como están.

Ya no aguanto más y le digo:

—A mí no me parece que las cosas estén bien tal y como están. Yo quiero cambiar esto. Quiero que volvamos a estar bien como antes.

—No puede ser, volverías a huir.

—Que no... Estos días me he dado cuenta de muchas cosas y lo que menos quiero es huir.

Álvaro me mira con cara dulce... deseo que afloje y vuelva conmigo... Deseo que me bese.

—Lo siento, no puede ser —dice Álvaro.

Pongo mala cara, es tan cabezón que sé que no le voy a convencer.

Tal vez ya tiene otra amiga, tal vez esa tal Sofía.

Así que, enfadada, me bajo del coche y le doy un portazo, pero antes le digo:

—¡Imbécil!

Gracias a esta cita paso un fin de semana triste, muy triste.

Le doy vueltas a todo lo referente a Álvaro y empiezo a pensar seriamente en que es posible que pase de mí porque haya otra persona. Ya se sabe lo que dicen: un clavo quita otro clavo, y creo que está pasando. O tal vez, porque simplemente ya se haya cansado de mí.

Semana 22



El lunes sigo igual.

A la hora de la comida, salgo a comer con las chicas porque quieren interrogarme sobre mi cita del viernes con Álvaro, pero saben que no hay mucho que contar porque mi cara me delata de antemano.

Les cuento lo del maravilloso espectáculo, lo a gusto que estuvimos toda la velada, la cena y la despedida... con mi palabrota incluida.

—¿Pero por qué le insultas? —le defiende Emma.

—Porque estoy cansada de que no quiera confiar en mí. No voy a huir más y él no se lo cree —le digo impotente.

Seguimos hablando un rato más hasta que regresamos a la escuela. Bueno, hablan ellas dándome su opinión referente a mi no-relación, yo solo escucho.

Por la tarde llamo a mi sobrina Carla, como cada lunes.

—¡Tieta!

—¡Hola, cielo!

—Cuéntame cómo fue con Álvaro —es lo primero que me dice, empiezo a pensar que se está convirtiendo en una pequeña bruja también.

Y como si se tratase de una amiga más, le cuento también lo del maravilloso espectáculo, lo a gusto que estuvimos en la velada, la cena y la despedida. En este caso no le cuento lo de mi palabrota final, no quiero que aprenda esas cosas de mí y tampoco quiero que sepa que digo esas cosas.

—Y eso es todo... él no confía en mí. Cree que voy a volver a huir —acabo mi historia.

—Pues convéncele —me dice Carla convencida.

—No puedo, cielo, no es tan fácil —le digo resignada.

Finalmente, cambiamos de tema. Hablamos de la recuperación de

María y me pasa al pequeño Gerard que me dice “hola” un segundo para volver a pasarle el teléfono a su hermana.

De madrugada sigo despierta, ya que no consigo pegar ojo.

Pienso en Álvaro una y otra vez.

Me duele que no pueda confiar en mí y que siempre crea que voy a huir.

Le doy vueltas y vueltas.

Pero de repente, como si todo encajara, comprendo muchas cosas y pienso en ello durante el resto de la noche. Finalmente, creo que lo comprendo todo.

Veo como empieza a salir el sol, son solo las cinco y poco de la mañana y no puedo más.

Me levanto, me visto y salgo.

Cojo un taxi y llego a mi destino.

Estoy nerviosa, pero me siento muy segura de mí misma, es más, creo que nunca antes he estado tan segura en mi vida.

Llamo a la puerta.

No me abren, pero insisto.

De repente, la puerta se abre y ante mí está mi guapo Álvaro, con solo unos pantalones de pijama y se me hace la boca agua solo de verlo.

—¡Martina! —dice mi nombre con ese tono tan sexual.

—Tengo que hablar contigo —digo sin esperar a que me invite a pasar. Llego hasta su salón y me siento en el sofá con total seguridad.

Él me sigue hasta allí y me mira con cara de asombro.

Son poco más de las seis de la mañana y acabo de entrar en su casa.

Le indico con unos golpecitos en el sofá que se siente a mi lado. Un poco desconcertado, finalmente accede y se sienta junto a mí.

Entonces le digo:

—Sabes que las cosas no están bien así, aunque te empeñes en repetírmelo.

Me mira, pero no dice nada. Creo que quiere que siga hablando.

—He aprendido la lección —le confirmo.

—¿Qué lección? —me pregunta.

—He entendido que es muy difícil que no confíen en ti, una y otra vez.

Se le dibuja una media sonrisa, nota que le he pillado. Entonces sé que voy por buen camino.

—Desespera mucho —digo un poco de guasa y un poco en serio.

Después añado:

—Siento todas mis huidas, pero no me vuelvas hacer pasar por eso nunca más. Has sido muy malo conmigo.

—Pues más que lo voy a ser ahora mismo.

Y acercándose a mí, dice:

—Ven aquí, nena.

Y con un rápido movimiento, me coge por la cintura y me atrapa. Me mira con esa mirada suya que me hiela por fuera y me arde por dentro. Me da un beso en el cuello y poco a poco, como si me oliera, llega hasta mi boca y la devora. No tengo más remedio que dejarme llevar, aunque mi primera intención hubiera sido la de castigarle un poco. Pero finalmente, desisto.

—*Mmm*, cuánto echaba de menos esto —me susurra.

Y sigue tocándome y devorándome con su boca, que me encanta.

No llegamos a su cama, el sofá nos va genial para hacer las paces como nos merecemos.

En medio de nuestro encuentro me vuelve a susurrar:

—Te quiero, nena.

Me da tal vuelco la barriga que me duele escucharlo. Como puedo, le contesto:

—Y yo más.

Nuestro reencuentro sexual no puede durar mucho porque he de ir a la escuela y Álvaro a su oficina.

Nos despedimos después de desayunar nuestros besos.

Salgo de su casa, feliz como una perdiz y me paso la mañana sonriendo.

Las chicas me miran alucinadas y a la hora del patio intentan que les cuente lo que me pasa, pero les digo que se esperen a la hora de comer que estoy muy ocupada. Decido hacerlas sufrir un poco, porque sé que se pondrán como locas de contentas cuando les cuente la gran noticia.

A la hora de comer explotan las tres.

—¿Has hecho las paces con Álvaro? —empieza Emma con una sonrisa en la cara.

—¿Cuándo? —pregunta Angélica.

—¿Dónde? —dice Lucía.

Están ansiosas por saberlo pero me doy cuenta de que están un poco

raras. La que realmente está ilusionada con mis respuestas es Emma. Lucía está como ausente y Angélica, pensativa.

Decido no darle mucha importancia a lo que pienso y les cuento que ayer entendí que Álvaro me estaba castigando para que comprendiera lo difícil que es que no confiara en él.

Como ya me he dado cuenta antes, Emma es la única que está contentísima con lo que les cuento.

Lucía está muy rara y Angélica también.

No aguanto más y les digo a las dos:

—¿Pero qué os pasa?

—Nada —dicen las dos intentando disimular.

—Venga va... contad —les pido, ya que es evidente que pasa algo.

Es Angélica la que empieza a explicarnos:

—Bueno, la verdad es que a Félix le han ofrecido un trabajo en Ibiza... y se trata de una buena oferta para él.

—¿Y estás triste porque se va a Ibiza? —pregunta Emma comprensiva.

—No... Estoy triste porque me voy con él.

—¿Quéeeee? —decimos las tres a la vez.

—Vendré a veros, pero es que me apetece irme con él. He hablado con el director de la escuela y dice que hay posibilidades de que pueda trabajar en otra como la nuestra, en Ibiza.

—¿Pero de cara al próximo curso? —le pregunto.

—No, me voy en dos semanas. El tiempo justo para recoger mis cosas y arreglar la documentación.

Yo me siento muy triste, no me gustan las despedidas, sé que aunque se diga que nos veremos y que quedaremos, nada volverá a ser igual que nuestro día a día.

Sé que la voy a echar muchísimo de menos, pero la entiendo... y hoy más que nunca, después de mi reconciliación. Yo también me iría con Álvaro a cualquier sitio del mundo.

De repente, Lucía, que ha estado callada todo el rato, habla:

—Yo también os tengo que contar algo —dice al fin.

La miramos asustadas.

—Néstor y yo nos vamos a separar un tiempo.

Ante nuestra cara de asombro añade:

—Ya sabéis que llevamos un tiempo fatal, lo hemos hablado y hemos

decidido concedernos un tiempo para pensar.

—Oh, lo siento Lucía —le digo apenada.

—Es que parece que desde que nos casamos todo ha cambiado, y ha sido a peor —hace una pausa, me imagino que para coger fuerzas—. Le he propuesto separarnos un tiempo y parece que a él le ha gustado la idea porque no ha opuesto resistencia.

Intentamos consolarla y animarla como podemos ante esta mala noticia.

Después nos toca volver a la escuela para pasar la tarde con nuestros pequeños.

Cuando salgo del colegio, siento que estoy agotada.

Primero, porque no he dormido nada entre pensar en Álvaro e ir a su casa. Y después, por las dos noticias que nos han dado Angélica y Lucía, que me han dejado alucinada.

Por suerte, cuando miro mi móvil veo un mensaje de Álvaro que me hace sonreír, simplemente por el hecho de ver que ha pensado en mí en algún momento de su día.

«¡Hola nena! Estaré en casa trabajando, ¿te vienes?»

Le contesto:

«Sí, voy para allá».

Cuando llego, Magda ya se va a su casa y nos encontramos en la puerta. Solo verme, me abraza.

—Álvaro me ha dicho que la estaba esperando. Sabía que esto se arreglaría. Ahora sean buenos y hagan que esto funcione —me pide Magda desde el corazón.

—Lo seremos, Magda.

Y tras otro abrazo, nos despedimos.

Entro en el apartamento de Álvaro y me dirijo a su despacho, pero está hablando por teléfono.

Le lanzo un beso al aire desde la puerta y me voy a su salón para esperarle.

Me estiro en el sofá y me quedo dormida en dos segundos.

Cuando me despierto, Álvaro está trabajando con su ordenador a mi lado.

—¡Hola, bella durmiente! —me dice.

—Álvaro, he tenido un día horrible —le digo haciendo pucheros.

—¿Qué ha pasado? —me dice dejando su portátil a un lado del sofá y abrazándome.

Le cuento las dos noticias, la de Angélica y la de Lucía. Y mientras le cuento todo, se me caen las lágrimas, me entristece muchísimo que Angélica se vaya tan lejos. También me entristece que Lucía se vaya a separar de Néstor, con lo bien que me cae el chico. Bueno, cuando no era un plasta con aquello de que debía volver con Álvaro para que se calmara el ambiente por la oficina.

Álvaro me abraza y me consuela.

Cómo me gusta estar así con él, le he echado tanto de menos.

Cuando me tranquilizo, decidimos cenar algo y nos metemos en la cama.

No estoy de humor para lo que quiere Álvaro y le pido que solo me abrace. Por suerte, lo hace encantado y lo hace muy bien.

Pero antes de dormirme, no puedo aguantar más y le pregunto:

—¿Se puede saber quién es Sofía?

Él me mira alucinado ante aquella pregunta que no esperaba, pero dice:

—Sofía es una amiga.

—Sí, eso ya me lo imagino —quiero más información—. Pero, ¿qué tipo de amiga? —le digo en un tono un poco elevado para que empiece a hablar clarito.

—Que no... No es mi amiga.

No estoy entendiendo nada y empiezo a cabrearme.

Como ve mi expresión, me explica:

—Sofía es mi prima.

—Vaya otra prima —le digo recordando a la arpía de Noelia.

—Sí, pero no tiene nada que ver con Noelia, es más, para que estés más tranquila, es prima por parte de mi padre y no de mi madre. Por lo tanto, no comparten sangre y no puede ser tan mala.

Me hace reír su explicación.

—Por cierto, hablé con Noelia y con su amiga después de que me enterara de lo que pasó con ellas en casa de mis padres. Me contaron que me escucharon hablar con Claudia sobre nuestra conversación y la importancia de casarnos. Y que decidieron inventarse que yo mismo les conté eso.

—Sí, se inventaron eso y alguna cosa más también —recuerdo lo malas que fueron conmigo—. No importa Álvaro, solo abrázame un ratito

más.

2 semanas más tarde...



Los días van pasando y con Álvaro todo está muy bien.
Nos vemos cada día, menos los días que está de viaje, que es cuando aprovecho para estar en mi piso, que ahora me resulta un lugar extraño.

Angélica ya está preparando todo para marcharse a Ibiza en unos días.
Está loca de contenta y ya tiene una entrevista con un director de una escuela. Me alegra saber que retomará su vida dónde y con quién ella quiere estar.

Lucía se ha ido a vivir con su hermana mayor, ya que Néstor se ha quedado en el piso. Parece que es una separación temporal y lo llevan más o menos bien. Aunque Lucía tiene días muy duros.

Según me ha contado Álvaro, que se encuentra a Néstor por la oficina, parece que este no lo lleva tampoco mucho mejor. Tiene una cara larga que arrastra todo el día.

Mi hermana María ya está totalmente recuperada y está preparando el juicio contra Rubén con Claudia. Este fin de semana, nos vamos a reunir con ellas para ayudarlas con algo relacionado con el juicio, según me ha comentado Álvaro.

Por eso, este me ha propuesto que vayamos a pasar la noche del viernes a un hotel cerca de Girona, para así ya estar el sábado allí, que es donde tiene el despacho Claudia.

Yo he aceptado encantada, me apetece un montón una novecita romántica y tranquila.

El viernes por la tarde, cuando acabamos de trabajar salimos de Barcelona y nos vamos a un pequeño pueblo muy cercano a Girona.

Llegamos a un hotel que ha reservado Álvaro. Es un hotel pequeño, apartado de todo y por suerte, hoy somos los únicos huéspedes.

Nuestra habitación es preciosa y tiene un jacuzzi dentro. Así que, después de cenar algo, nos metemos un rato dentro del agua y claro, una cosa lleva a la otra y nos pasamos hasta la madrugada haciendo el amor.

El sábado nos toca levantarnos pronto porque hemos quedado en Girona con María y con Claudia.

Cuando salgo de la ducha, Álvaro me ha traído el desayuno a la habitación y nos lo comemos entre besos.

Al salir de la habitación escucho mucho ruido.

—Se acabó la calma, ya no somos los únicos huéspedes —le digo con cara de pena.

—¡Y que lo digas! —dice Álvaro.

No le entiendo muy bien y le digo:

—¿Cómo?

—No, nada, cosas mías.

Sigo sin entenderlo hasta que llego al *hall* del hotel, donde veo a mi hermana María junto a Lara, Carla y mi pequeño Gerard.

Me quedo paralizada.

No entiendo qué hacen ellas allí. Mi sobrina, al verme salta sobre mí.

—¡*Tieta!*

—¡Hola, cielo! ¿Qué hacéis aquí?

—Pues como tía María ha quedado con Claudia, hemos venido a acompañarla.

No estoy entendiendo nada.

De repente, por la puerta veo entrar Claudia con su marido Juan Carlos y sus dos hijos: Hugo y Georgina, que al verme sale corriendo hacia mí.

—¡Hola, preciosa! —le digo dándole un beso.

—¡Hola, tía Martina!

Me sorprende que me llame así, pero me encanta y veo como a Álvaro también le gusta porque se le dibuja una media sonrisa de esas suyas.

Incrédula por lo que veo, vuelvo a preguntar qué hacen todos allí.

—Como teníamos que trabajar María y yo, decidimos que sería bueno tener a parte de nuestra familia cerca —me dice Claudia.

—¿Tú sabías que habíamos quedado aquí? —le pregunto a Álvaro alucinada.

—Sí.

—Y, ¿por qué no me lo habías dicho? —le pregunto incrédula.

—Se me había pasado —dice, y sé que me está mintiendo, pero me da igual porque el hecho de tener a toda mi familia y parte de la de Álvaro me alegra muchísimo.

Todos deciden ir a instalarse en las habitaciones y nos volvemos a reunir un rato después debajo de la pérgola del jardín del pequeño hotel.

El jardín es muy silvestre y tiene ese aire de campo que me encanta.

Mientras charlo con mis hermanas me doy cuenta que están muy contentas.

Mis sobrinos están con los de Álvaro y parece que se llevan bien.

Mi chico junto a su hermana y su cuñado se toma una cerveza la mar de relajado.

Pero de repente, una nueva sorpresa.

Aparecen los padres de Álvaro y todos se levantan para saludarles, y yo también lo hago.

—Hijo, ¡qué hotel más bonito! —le dice su madre.

—Sabía que os gustaría.

Como ven mi cara de perpleja, el padre de Álvaro, me dice:

—Sabíamos que os ibais a reunir y no queríamos faltar.

Y cuando no me puedo sentir más feliz por tener a toda mi familia y a toda la familia de Álvaro juntas y que haya esta buena conexión entre ellas... Para rematarlo, aparecen mis cuatro amigos: Lucía, Angélica, Emma y Carlos.

Y es cuando realmente me doy cuenta de que definitivamente, esto debe de ser sueño del que aún no me he despertado.

Pero gracias a los achuchones de mis amigos, me doy cuenta de que no es así, que estoy muy despierta y que estamos todos juntos.

Sacándome de mis pensamientos, Angélica me dice:

—Queríamos ver cómo te desenvuelves con tus dos familias juntas.

Debo decirte que en realidad, venimos a cotillear.

Me hace reír aquel comentario tan loco como ella.

No me dan mucho margen y me llevan al mismo comedor en el que cenamos ayer por la noche Álvaro y yo.

El salón está diferente porque han montado una enorme mesa para que podamos comer todos juntos.

Todos se sientan y los observo como en una nube.

Álvaro de repente me susurra al oído:

—¿Te gusta la sorpresa?

—Claro, me encanta —y le doy un dulce beso, que es abucheado por los invitados con comentarios tipo: “id a un hotel”, “que hay niños delante”...

Cuando nos apartamos Álvaro me susurra con su sensual voz:

—Te quiero.

Y yo con cara de tonta le respondo con un “yo más”.

La comida está exquisita y pasamos todos un rato muy agradable.

A media tarde la gente está agotada y se retiran a las habitaciones para echarse un sueñecito.

Cuando yo me meto en la mía con Álvaro, salto encima de él en la cama, me lo como a besos y le digo:

—Gracias por esta maravillosa sorpresa.

—Sabía que querías estar con tu familia y que te apetecía también despedirte de Angélica. Me pareció una buena excusa para reunirlos a todos.

—Lo ha sido.

Nosotros, a diferencia de los demás, no tenemos tiempo para dormir, estamos ocupados en tocarnos y comernos.

A la hora de la cena, entramos en el comedor y parece otro cada vez que entro.

La mesa está preparada para todos, que ya están sentados.

Hay muchísimas velas, rosas rojas y corazones por todos sitios.

Entro alucinada, me parece precioso para una cena romántica pero creo que hay mucha gente delante.

Álvaro me arrastra hasta mi silla, pero no deja que me siente.

Todos están en silencio y me empiezo asustar, pero por suerte, Álvaro empieza a hablar pronto:

—Martina, he querido traer a toda mi familia, a la tuya y a tus amigos, para que sean testigos de lo que te tengo que decir.

Noto que está temblando y lo veo un poco pálido.

Le aprieto las manos para que note que estoy con él, que sea lo que sea estoy a su lado.

—Quiero pedirte que te cases conmigo —me dice de sopetón.

De repente, las tornas se intercambian y soy yo ahora la que está temblando y pálida.

Él me mira con esa mirada que solo utiliza conmigo, los demás están en silencio e incluso creo que ninguno de ellos respira hasta que puedo decir:

—Sí, claro que quiero.

Veo como empieza a tener más color en la cara y me besa primero en mi mano como siempre hace y después en mis labios con mucha pasión, me olvido de todos los que están allí y que aplauden como locos.

Cuando volvemos en nosotros mismos, todos se acercan a besarnos y a felicitarnos.

Mis brujas están hechas un paño de lágrimas.

Carla está contentísima y me dice:

—Si es que ya sabía yo que estabais hechos el uno para el otro, solo veros el día del concierto supe que estabais locamente enamorados.

Cuando me siento en mi sitio, justo encima de mi plato hay una pequeña cajita.

Los asistentes ven que reparo en ella y se vuelve hacer el silencio.

La cojo con cuidado, la abro y alucino con el anillo con *pedrolo* incluido. Leo que en su interior pone el nombre de mi amor.

—Oh, gracias, es precioso, Álvaro.

Inevitablemente, nos volvemos a besar hasta que lo miro y le digo:

—Te quiero.

Con una gran sonrisa, que pocas veces le he visto, me dice:

—Yo más.

Y así, entre besos, familiares, amigos y anillo... empieza una nueva historia.

Agradecimientos

No me puedo creer que esté escribiendo esta última parte de mi primera novela titulada ¡Cógetelo!

Me aventuré a escribir esta novela porque siempre me había rondado la idea, y tras un período duro de mi vida necesitaba evadirme de todo y de todos. Escribir fue mi bálsamo sanador y consiguió el efecto deseado de paz en mi interior.

Estoy contenta con el resultado, a pesar de que me ha constado decidirme a compartirla. Pero deseo hacerlo y quiero continuar con otras nuevas historias.

Espero que la disfrutéis y que me hagáis llegar vuestras opiniones en la página de Amazon o a través de mi Facebook o Twitter.

Deseo que os haya proporcionado unas pocas horas de escape y disfrute. Si es así, todo esto habrá merecido la pena.

<http://www.facebook.com/sandra.parejogomez>

https://twitter.com/sandra_parejo

SANDRA PAREJO



Nací en Santa María de Palautordera el 7 de noviembre de 1984.

Soñadora desde niña y gran lectora desde muy joven. Me he convertido en una fanática devoradora de libros de todos los géneros, pero especialmente del género romántico.

Vivo en Sant Pere de Vilamajor, un precioso y tranquilo pueblecito cerca de Barcelona, en compañía de mi chico.

Soy maestra de Educación Primaria, pero gracias a la situación de nuestro país, no ejerzo. Sobrevivo gracias a un negocio familiar que me da para pagar las facturas y seguir comprando libros.

